

FUENTES

SAN ATANASIO: *VIDA DE SAN ANTONIO*

SEGUNDA PARTE: 2^{DA} SECCIÓN: CAPÍTULOS 44-48¹

El desierto se convierte en una ciudad de monjes

A modo de colofón de las palabras pronunciadas por san Antonio se nos ofrece ahora una enumeración de los efectos producidos por ellas en los oyentes:

- deseo de la virtud;
- superación de la negligencia;
- abandono de la presunción (o soberbia, según la traducción latina);
- desprecio por las astucias de los demonios;
- aumento de las moradas (ermitas) de monjes.

En dichas ermitas (*monasterios*) habitaban monjes que:

- salmodiaban;
- hacían *lectio divina*;
- ayunaban;
- oraban;

1 Para los capítulos precedentes, cf. *Cuadernos Monásticos* ns. 220 (2022), pp. 59-162; y 221 (2022), pp. 231-324.

- estaban alegres en la esperanza de los bienes futuros;
- trabajaban para hacer limosna;
- vivían en la caridad y la concordia.

Esa lista nos presenta las prácticas fundamentales del monacato cristiano. Y sobre ellas se fundamenta el cambio del desierto en una región en que se rinde culto a Dios y se vive en la justicia².

El tema particular de los tributos/impuestos lo hallamos también en la *Carta a los monjes* de san Serapión de Thmuis³, y pareciera ser un tópico significativo de la literatura de esta época, además de una cuestión muy grave en el período de la Antigüedad tardía⁴.

44.1. Todos se alegraban al oír estas palabras de Antonio. En unos crecía el deseo de la virtud; los negligentes eran animados; en otros cesaba la presunción. Todos se decidieron a despreciar las astucias de los demonios, admirados de la gracia que el Señor concedió a Antonio para discernir los espíritus⁵.

44.1. Tratando Antonio estas cosas, todos se alegraban; y en algunos aumentaba el deseo de la virtud deífica; otros, en cambio, con el ánimo abatido

2 Cf. *Homilias sobre el libro de los Números*, 17,4,9; SCh 442, p. 298 (texto citado en la introducción al § 41).

3 "... No están sometidos a los servicios públicos o civiles ni la mano del recaudador de impuestos golpea la puerta de alguno de ustedes para que pague el tributo..." (§ 7; PG 40,933 A). Esta epístola no es por todos reconocida como escrita por Serapión (+ después de 362).

4 Cf. J. Fernández Ubiña, *Poder, pobreza y sociedad en la antigüedad tardía*, en *Tiempo y Espacio*, nº 11-12 (2001-2002), pp. 33-57, especialmente, pp. 41-43. Cf. asimismo: Basilio de Cesarea, *Epístola* 284: "... Como considero que es mi deber preocuparme por los monjes, en tanto que me es posible, escribo a tu perfecta comprensión para pedir que estén exentos de las contribuciones quienes desde hace largo tiempo han renunciado al mundo y han mortificado su cuerpo, al extremo de no poder ser útiles para el Estado en ningún servicio, ni pecuniario ni corporal. Porque viven según la profesión que han hecho, no tienen ni dinero ni cuerpo: se han despojado del primero para repartirlo a los desposeídos, y han usado el segundo en el ayuno y la oración. Sé que tendrás consideración por encima de todo ante hombres que viven así, y querrás conseguir por ti mismo ayudas capaces, por su vida evangélica, para apaciguar al Señor" (ed. Yves Courtonne, *Saint Basile. Lettres*, t. III, Paris, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1966, p. 155); la carta está dirigida al recaudador de impuestos, y fue escrita durante su episcopado.

5 Cf. 1 Co 12,10.

conseguían consuelo; en otros, era refrenada la soberbia. Todos estaban persuadidos a despreciar el demonio y sus insidias, admirando la gracia del Señor que había dado a Antonio el discernimiento de los espíritus.

44.1-6. Después que Antonio terminó de hablar, todos estaban alegres y en unos ardía el deseo de virtud, en otros la fe débil se reanimaba, las opiniones falsas eran expulsadas de las mentes de otros más. Y a la vez todos, despreciando ya las insidias de los demonios, admiraban en Antonio la gracia tan grande de discernir los espíritus, la cual había recibido al concedérsela del Señor.

44.2. En las montañas los monasterios (o: ermitas) eran como carpas llenas de coros divinos⁶, que salmodiaban, leían la Escritura⁷, ayunaban, rezaban, se regocijaban en la esperanza de los bienes futuros, trabajaban para poder hacer limosnas, vivían en amor y concordia recíprocos.

44.2. Las casas de los monjes en las montañas eran como tabernáculos llenos de coros divinos: salmodiando con la esperanza de los bienes futuros, realizando obras de misericordia, practicando la castidad y el amor en armonía unos con otros.

44.6-9. Así pues, las moradas de monjes en el monte eran como tabernáculos, llenos de coros divinos que cantaban salmos, leían, oraban. Y el discurso de aquel había inspirado en las mentes de todos, un deseo muy ardiente de ayunar y de hacer vigiliás.

44.3. Se podía ver verdaderamente como una región consagrada al culto de Dios y a la justicia⁸.

44.3. Y este verdaderamente era el aspecto de aquel lugar, como una región singular (o: especial), apta para el servicio de Dios y la justicia.

44.9-13. Por la avidez de la esperanza futura, parecían habitar alguna región infinita y una ciudad de piedad y justicia, separada del trato con el mundo;

6 Cf. Lc 16,9: moradas eternas.

7 Lit.: el gusto por las palabras (*philologoynton*).

8 Idéntica abalanza encontramos en una carta de san Jerónimo: "... Un desierto más ameno que cualquier ciudad; ... despoblados de habitantes, los lugares estaban como invadidos, igual que un paraíso, por ejércitos de santos..." (*Epístola 2*, a Teodosio y demás anacoretas; año 374; trad. en: BAC 710, p. 13). Cf. SCh 400, p. 255, nota 1.

esforzándose, en constante afán, por la caridad mutua y por brindar obras de misericordia a los necesitados.

44.4. Nadie había allí que sufriera injusticia ni molestado por los que exigen los tributos⁹, sino que sólo había una multitud de ascetas que tenían como única preocupación la virtud. De modo que, quien viera los monasterios y todo el ejército de monjes, (podía) exclamar y decir: “¡Qué bellas tus moradas, Jacob, y tus carpas, Israel! Son como colinas umbrosas, como un paraíso junto a un río, como carpas plantadas por el Señor, como cedros junto a las aguas”¹⁰.

44.4. Porque allí ninguno era tratado injustamente, ni molestado por los que exigen los tributos, sino que allí solo había una multitud de esforzados (o: ascetas) (que querían vivir) según Dios; y un solo pensamiento estaba en todos: la virtud deífica. De modo que viendo todas las casas en aquel mismo lugar y un tal ejército de monjes, podía decir en alta voz y con admiración lo que está escrito en el libro de los *Números*: “¡Qué hermosas son tus casas, Jacob, tus carpas, Israel! Como colinas umbrosas, como carpas que plantó el Señor, como encinas cerca de las aguas”.

44.13-19. ¿Quién, al contemplar una multitud tan grande de monjes, quién, al ver aquella viril asamblea de concordia en la cual no había nadie que dañara, ninguna calumnia de murmuradores, sino una multitud de hombres templados y un certamen de servicios, quién no rompería a decir enseguida?: “¡Qué buenas son tus moradas, Jacob! ¡Tus tiendas, oh Israel, son como bosques con sombra, como un jardín a la vera de los arroyos, como tiendas que fueron plantadas por el Señor, como cedros cerca de las aguas!”.

La preocupación por la salud del alma

Este párrafo retoma el relato de la vida y costumbres de *abba* Antonio:

- vivía apartado – alejado;
- intensificaba su ascesis;
- anhelaba las moradas eternas;

9 Cf. Jb 3,18; 39,7 (ambos textos según la versión de la LXX).

10 Nm 24,5-6.

- reflexionaba sobre la brevedad de la vida presente;
 - meditaba en las realidades espirituales, sin desatender por completo aquellas corporales;
 - habitualmente comía solo, aunque en ocasiones, por caridad, aceptaba hacerlo con los hermanos;
 - privilegiaba el cuidado del alma por encima del cuerpo, siguiendo las enseñanzas de Cristo.
-

45.1. Antonio, según su costumbre, vivía en la *anacoresis* en su monasterio, e intensificaba su ascesis; cada día suspiraba imaginando las mansiones celestiales¹¹, las deseaba y consideraba la brevedad de la vida humana.

45.1. Según su costumbre, san Antonio vivía solo en un lugar solitario, e intensificaba su esfuerzo deífico. Cada día gemía pensando en las moradas celestiales y deseándolas.

45.2a. También consideraba la vida cotidiana de los santos.

45.1-4. Mientras se producían estos hechos con los que cada día crecía el afán por la vida santa, Antonio, acordándose de las moradas puestas en el cielo y despreciando la vacuidad de la vida presente, vivía separado de los hermanos, como si todo lo que ya había hecho fuese poco.

45.2. Cuando iba a comer y a dormir, o (atender) otras exigencias del cuerpo, se avergonzaba pensando en la parte espiritual del alma.

45.2b. Y comenzando a comer y dormir, y otras necesidades del cuerpo, se avergonzaba pensando sobre cuál fuera la naturaleza espiritual de su alma¹².

45.4-7. Y, al obligarlo la condición humana u otras necesidades de la naturaleza a complacer su cuerpo con alimento o con el sueño, lo atacaba un admirable pudor porque los módicos límites de la carne restringían la libertad tan grande del alma.

11 Cf. Jn 14,2.

12 *Animae suae intellectu.*

45.3. Muchas veces, cuando se ponía a comer con otros monjes, al recordar el alimento espiritual¹³, se excusaba y se alejaba de ellos, sintiéndose avergonzado de que otros le vieran comer.

45.3. A menudo cuando iba a comer con muchos otros monjes, recordando el alimento espiritual, se excusaba y se iba lejos a solas; estimando que se habría avergonzado si lo vieran comiendo.

45.7-9. Pues, sentado con los hermanos, frecuentemente se sustraía de la comida que había sido servida debido al recuerdo del alimento espiritual.

45.4. Porque su cuerpo lo necesitaba, comía solo, pero muchas veces con sus hermanos. Se avergonzaba, pero sentía confianza por el beneficio que aportaba la conversación¹⁴.

45.4. Sin embargo, comía por la necesidad del cuerpo, solo, o a menudo con los hermanos, con vergüenza por estas cosas, pero tenía confianza en las palabras.

45.9-10. Sin embargo, comía, como todo hombre, unas veces solo, otras con los hermanos.

45.5. «Es necesario, decía, prestar más atención al alma que al cuerpo, y conceder al cuerpo poco tiempo por su necesidad; en cambio, dedicar al alma todo el tiempo y buscar el beneficio de ésta,

45.5a. Puesto que procuraba alguna ganancia a los oyentes, y decía que es necesario prestar más atención al alma que al cuerpo; y con el cuerpo ser indulgente por un breve tiempo a causa de sus necesidades, pero todo el tiempo libre y la ganancia que se encuentren hay que darlos al descanso del alma,

45.10-14. Y, haciéndolo con admirable vergüenza –como dije antes–, aconsejaba que al alma había que prestarle mucha atención, pues decía que por una parte no debía matarse totalmente al cuerpo para que su operación no se disolviera en contra de la voluntad del Creador.

45.6. para que ella no sea arrastrada por los placeres del cuerpo, sino que el cuerpo sea cada vez más esclavo suyo¹⁵.

13 Cf. 1 Co 10,3.

14 Cf. Ef 6,20; 1 Ts 2,2.

15 Cf. 1 Co 9,27.

45.5b. de modo que esta ganancia sustraiga el alma de los deseos del cuerpo, y no se los permita.

45.6. Sino que más bien el cuerpo debe reducirse a ser esclavo del alma.

45.14-17. Por otra parte, debido a esto debía consagrarse todo esfuerzo al alma para que no fuera arrojada a las tinieblas eternas del infierno, superada por los vicios del cuerpo, y más aún para que, reivindicando para sí la autoridad concedida sobre la carne, elevara su domicilio al tercer cielo como el apóstol Pablo¹⁶.

45.7. Estas son, en efecto, las palabras del Salvador: *No se preocupen por su alma, qué comerán, ni por su cuerpo, con qué se vestirán. Y no busquen qué comer o qué beber, y no se atormenten, porque las gentes del mundo buscan todo esto. Pero su Padre sabe que necesitan todas estas cosas; busquen más bien su Reino y todo esto se les dará por añadidura¹⁷*».

45.7. Esto había dicho el Señor: “No piense el alma qué comerá, o el cuerpo con qué se vestirá, ni se preocupen ustedes por la comida. Porque todas estas cosas las buscan las gentes del mundo. Pero su Padre sabe que ustedes necesitan estas cosas. Busquen más bien su reino, y todas esas cosas les serán dadas”.

45.17-22. Y afirmaba que este es el precepto del Señor en el que dice: “No se preocupen por su vida, por qué comerán, ni por el cuerpo, con qué lo vestirán”¹⁸, y “no busquen qué comer o beber, porque esto buscan los paganos. Su Padre sabe que necesitan todo esto. Busquen primero el reino de Dios y todo esto se les añadirá”.

Antonio asiste a los mártires durante la persecución de Maximino¹⁹

Corría el año 311, cuando Antonio decidió abandonar su retiro para presentarse en Alejandría, a fin de acompañar a quienes habían sido conducidos

16 Cf. 2 Co 12,2.

17 Lc 12,22. 29-31; cf. Mt 6,31-33.

18 Lc 12,22.

19 Maximino Daia, César a partir del año 305, gobernaba Siria, Palestina y Egipto. En el año 308 prosiguió con la persecución contra los cristianos que había desencadenado Diocleciano en 303 y que se extendió hasta 311, pero en 313 fue vencido por Licinio; cf. SCh 400, p. 259, nota 1.

allí para su ejecución. Estamos en la última etapa de la persecución contra los cristianos. Y como estaba prohibido auto entregarse a las autoridades²⁰, el santo *abba* se dedicó a servir, asistir y exhortar a quienes esperaban el momento de su ejecución.

Sin embargo, el Señor no le concedió a Antonio la gracia del martirio. Al decir de su biógrafo lo preservó para el bien de sus contemporáneos y de las generaciones sucesivas; para ser maestro de la ascesis conforme a lo que había aprendido en las Sagradas Escrituras, para que muchos viendo su conducta lo imitaran.

46.1. Algún tiempo después, sobrevino contra la Iglesia la persecución en tiempos de Maximino. Como los santos mártires fueron llevados a Alejandría, Antonio dejó su monasterio y los siguió, diciendo: “Vayamos, para luchar, si somos llamados, o para ver a los que luchan”.

46.1. Después de esto la Iglesia padeció persecución, lo cual sucedió en tiempos de Diocleciano y Maximiano; y (cuando) los mártires santos fueron conducidos a Alejandría para la consumación de su martirio, Antonio dejó su casa y los siguió diciendo: “Vamos también nosotros por dos motivos: para que, si somos llamados, sostengamos la lucha; pero si no lo somos, veremos a los que luchan por la verdad”.

46.1-5. Transcurridos así estos hechos, cuando la terriblemente despiadada persecución de Maximino devastaba la Iglesia con frenético furor, conducidos hasta Alejandría los santos mártires, él mismo también, abandonado el monasterio, siguió a las futuras víctimas de Cristo diciendo: “Marchemos hacia los gloriosos triunfos de los hermanos, de modo que nosotros mismos vayamos junto con ellos o que contemplemos a otros mientras batallan”.

46.2. Deseaba el martirio, pero no quería entregarse a sí mismo²¹; servía a los confesores en las minas y en las cárceles. Ante el tribunal mostraba

20 Cf. Pedro de Alejandría, *Epístola Canónica*, canon 9 (“Sobre los que por sí mismos se entregan al combate”); ed. Périclès-Pierre Joannou, *Discipline générale Antique*, t. II, Grottaferrata (Roma), Tipografía Italo-Oriental “S. Nilo”, 1963, pp. 42-47; ver asimismo Annick Martin, *Athanase d’Alexandrie et l’Église d’Égypte au IV^e siècle*, Roma, École Française de Rome – Palais Farnèse, 1996, pp. 237-238 (Collection de l’École Française de Rome – 216).

21 El texto más claro, a mi parecer, sobre la necesidad de no entregarse voluntariamente a los

gran celo; exhortaba al combate a los que eran llamados a la lucha²² y, cuando daban testimonio, los asistía y los acompañaba hasta el final.

46.2. Y tenía el deseo del martirio, pero no quería entregarse. Sin embargo, servía a los confesores en las minas, en las cárceles y, asistiendo a los juicios, exhortaba con sus discursos a quienes eran llamados a la lucha, para que tuvieran una voluntad dispuesta al martirio.

46.3a. Sostenía a los que habían recibido la sentencia hasta que consumaban el martirio.

46.5-11. Y en verdad ya era un mártir por su amor, pero como no quería entregarse por su propia iniciativa y asistía a los confesores alojados en las minas o en los calabozos, exhortaba con gran preocupación y libertad a los que iban ante el juez para que no negasen al Señor sometidos por el terror de los

perseguidores nos lo ofrece Clemente de Alejandría (+ hacia 215/16) en *Stromata* IV,10,76-77: «... “Cuando los persigan en una ciudad, huyan a otra” (Mt 10,23). No recomienda huir como si la persecución fuera algo malo, ni ordena evitar la muerte huyendo por temor a ella. Por el contrario, no quiere que nosotros nos hagamos causantes ni cómplices de mal alguno con nadie; ni con nosotros mismos, (ni) para con el perseguidor o el verdugo. Porque de cierta forma manda evitar (la confrontación); pero el que desobedece es un arrogante y un temerario. Pero si el que mata a un “hombre de Dios” (1 Tm 6,11; 2 Tm 3,17; cf. 1 S 2,27; 1 R 13,1) peca contra Dios, también el que se presenta a sí mismo ante el tribunal se hace reo de quien le mata. Ahora bien, ése será el que no trata de evitar la persecución, puesto que se entrega temerariamente él mismo para ser arrestado. Éste, en lo que a él atañe, se hace cómplice en la maldad del perseguidor; pero si también la excita aún más, es plenamente la causa, provocando a la fiera salvaje. Del mismo modo, si quien (es) una causa de lucha, de castigo, de odio o de acusación, engendra un pretexto para la persecución. Por eso se nos ha ordenado no aferrarnos a ninguna cosa de las de esta vida, sino que a quien nos quite el manto le demos también la capa (cf. Lc 6,29), para que no solo permanezcamos libres de pasiones, sino también para que, al no oponer resistencia a quienes nos acusan, (no) les enfurezcamos contra nosotros mismos, y por nuestra causa les incitemos a la blasfemia contra el Nombre (cf. 1 P 4,16)» (ed. y trad. en la Colección *Fuentes Patristicas* n° 15, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 2003, pp. 158-159). Cf. M. A. Mateo Donet, *La ejecución de los mártires en el Imperio romano*, Murcia, Universidad de Murcia, 2016, p. 10, nota 14 (Publicaciones del CEPOAT, n° 1), con indicaciones bibliográficas. Notar que la versión latina anónima añade Diocleciano y sustituye a Maximino Daia (César en Oriente del 305 al 309, y Augusto del 309 al 313) por Maximiano (§ 46.1), que junto con Diocleciano fue Augusto del 268 al 305. La intervención de Antonio en Alejandría, aunque posiblemente cierta, no parece haber tenido mucho relieve, ya que su nombre no aparece en las *Actas* de Pedro de Alejandría ni en otras *Actas* que se refieren a la persecución de ese periodo (cf. Vita, p. 231, 2 y 5).

22 Lit.: fervor, celo (*prothymian*).

impíos. Y alegrándose por los ya coronados con la sentencia, como si él mismo hubiese vencido, los seguía hasta el lugar de la feliz sangre.

46.3. Y así el juez, al ver el coraje de Antonio y de los que estaban con él, ordenó que ningún monje se acercara al tribunal ni permaneciera en la ciudad.

46.3b. Viendo el juez en Antonio, y en los que estaban con él, el ardor y la confianza en esta obra, sin ningún temor humano, ordenó que ninguno de los monjes accediera al juzgado o al tribunal de los jueces, ni tampoco habitara en la ciudad.

46.11-13. Por esta causa el juez, perturbado por la constancia de Antonio y sus compañeros, ordenó que absolutamente ninguno de los monjes observara el juicio o apareciera en la ciudad.

46.4. Entonces aquel día todos los otros monjes se escondieron, pero Antonio no se preocupó de esta orden. Por el contrario, lavó su túnica, y al día siguiente se colocó en un lugar elevado para hacerse ver manifiestamente por el prefecto.

46.4. Los otros (monjes) se escondieron aquel día; Antonio, en cambio, como si no diera importancia a la orden, más bien lavó su túnica de lino²³, y al otro día se mostró al juez en un lugar alto frente al tribunal.

46.13-18. Y, ciertamente, a todos les plugo esconderse aquel día; mas Antonio, impávido, sin hacer caso de la autoridad del perseguidor, lavó su capa²⁴. Y durante el día, ubicado de pie en un lugar eminente y ceñido con su vestimenta resplandeciente, brillando con el deseo del martirio provocaba con su presencia al juez que procedía.

46.5. Todos quedaron admirados, y el prefecto lo vio al pasar detrás de la audiencia, pero Antonio permanecía sin ningún temor, mostrando el celo de los cristianos.

23 *Lavit colobium suum lineum*: el traductor anónimo conoce ya el término *colobium*, vocablo que luego será específico para indicar la vestimenta de los monjes (Vita, pp. 232-233, 19-20).

24 En latín *ependytem*. Vestimenta para cubrirse, confeccionada por los monjes egipcios con piel, o con piel de cabra o con lana de oveja; en este caso se llamaba *melote* (Du Cange, *et al.*, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, Niort, L. Favre, 1883-1887).

46.5. Y todos quedaron admirados por esto; y el juez mismo lo vio pasando por allí poco tiempo después, pero Antonio se mantenía sin ningún temor, mostrando la pronta voluntad de los cristianos.

46.18-19. Y nos mostraba que en los cristianos el ánimo que despreciaba las penas y la muerte perseveraba.

46.6. Deseaba, como ya he dicho, ser mártir. Y se entristecía porque no podía dar testimonio. Pero el Señor lo guardaba para el bien nuestro y de otros, para que fuera maestro de muchos en la ascesis que había aprendido de las Escrituras.

46.6. Puesto que deseaba, como ya he dicho, y había hecho voto de testimoniar la propia fe, y estaba como triste porque no había podido testimoniarla. Pero era el Señor quien lo cuidaba para nuestra utilidad y la de otros, para que, como un buen maestro, enseñara a muchos el esfuerzo deífico que él mismo había aprendido de las Escrituras.

46.19-23. Mucho se entristecía porque, al que quería sufrir por el nombre de Cristo, no se le concedía el martirio. Pero el Señor, que preparaba al maestro para su rebaño, conservó a Antonio para que el modo de vida de los monjes se consolidara –tal como aconteció– no solo con la oración de aquel sino también al contemplarlo.

46.7. Porque muchos solo con ver su forma de vida, se esforzaban por imitar su conducta. Como era su costumbre, asistía a los confesores, y como si estuviera encadenado con ellos²⁵, se esforzaba por servirlos.

46.7. Porque muchos solo viendo su modo de vida²⁶, se apresuraban a imitarlo. Entonces, de nuevo, según su costumbre, atendía a los confesores, como si estuviera atado con ellos, se esforzaba en su servicio.

46.23-25. Sin embargo, nunca se separó de las huellas de los confesores, aún más, atado a ellos por una ansiosa preocupación y por los vínculos de la caridad, sufría más la cárcel excluido de ella.

25 Cf. Hb 13,3.

26 *Conversationis ordinem.*

Antonio regresa a su ermita

Este párrafo ilustra cómo era la ascesis de Antonio, que había retomado con intensidad al regresar a su ermita: ayuno, austeridad en la vestimenta, evitaba bañar su cuerpo y así no se mostraba desnudo²⁷. Por encima de cualquier otra motivación o influencia cultural (o anticultural) hay que ver en tales actitudes la imitación de san Juan Bautista (cf. Mt 3,4); y de Cristo mismo, quien, llevado por el Espíritu Santo, permaneció en el desierto cuarenta días y cuarenta noches (cf. Mt 4,1 ss.). Se trata de lo que podríamos denominar “un evangelismo radical”; es decir, vivir el Evangelio conforme a todas sus exigencias.

Aunque Antonio no sufrió el martirio de sangre, vivió el martirio interior, incruento, o martirio “blanco”, combatiendo el buen combate de la fe (cf. 1 Tm 6,12). Este tema es explicitado por san Jerónimo en su elogio fúnebre de Paula: “No solo la efusión de la sangre se considera confesión de la fe: el servicio inmaculado de un alma fiel es también martirio. Aquella corona está tejida de rosas y violetas; ésta, de azucenas. Por eso en el *Cantar de los Cantares* se escribe: *Mi amado es blanco y colorado* (Ct 5,10), quien tanto en la paz como en la guerra da el mismo premio a los que vencen”²⁸.

47.1. Cuando cesó la persecución y el bienaventurado obispo Pedro sufrió el martirio²⁹, Antonio partió y se retiró de nuevo a su monasterio. Y

27 Cf. J. M. Blázquez Martínez, *El monacato de los siglos IV, V y VI como contracultura civil y religiosa*, en: M. J. Hidalgo (Ed.), *La Historia en el contexto de las ciencias humanas y sociales. Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1989, pp. 97-121, sobre todo pp. 109 ss.

28 *Epístola* 108,31, escrita en 404, y dedicada a Eustoquia (BAC 731, p. 309). Cf. A. Cain, *Jerome's Epitaph on Paula. A Commentary on the Epitaphium Sanctae Paulae*, Oxford, University Press, 2013, pp. 461 ss., en donde se trata el tema del monje y el martirio (con bibliografía).

29 El 25 de noviembre de 311 (o: ¿24 de noviembre de 312?). Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, 9,6,2: “... Pedro, que presidía brillantemente las Iglesias de Alejandría –un modelo divino de obispos por su vida virtuosa y por su estudio asiduo de las Sagradas Escrituras–, fue arrestado sin ningún motivo y sin que tal cosa pudiera esperarse, de repente y sin razón, como por orden de Maximino, y fue decapitado. Y junto con él, sufrieron la misma pena otros muchos obispos de Egipto” (trad. en *Eusebio de Cesarea. Historia Eclesiástica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2002, p. 564 [BAC 612]); cf. también 7,32,31 de esta misma HE; y Sch 400, p. 263, nota 1.

allí vivía día tras día un martirio interior³⁰, combatiendo las batallas de la fe³¹. También, en efecto, obraba con mucha ascesis y con gran rigurosidad.

47.1. Después que se aplacó la persecución, y el obispo Pedro, de santa memoria, testimonió su fe³², Antonio volvió de nuevo a aquella casa solitaria; y estaba allí dando testimonio cotidianamente de la (propia) conciencia, y combatiendo la batalla de la fe. Porque también practicaba la ascesis con mayor esfuerzo e intensidad.

47.1-4. Después que se disipó el torbellino de la persecución, coronado ya el bienaventurado obispo Pedro por la gloria del martirio, volvió a su antigua morada y servía en un martirio cotidiano de fe y conciencia, perfeccionándose con ayunos y vigiliias más fuertes.

47.2. Ayunaba siempre; su vestido era por dentro de pelos³³ y por fuera de piel, que usó hasta el final de su vida. No bañó su cuerpo para limpiarlo, ni se lavó los pies, ni el agua los tocó a no ser por necesidad.

47.2. En efecto, siempre ayunaba, y su misma vestimenta era de pelos³⁴ por dentro, y por fuera de piel. Hasta el final de su vida observó esto.

47.4-5. Usaba por dentro una vestimenta de cilicio, por arriba una piel.

47.3. Nadie jamás lo vio desnudo, nadie vio el cuerpo de Antonio desnudo, hasta que tras su muerte fue sepultado.

47.3. Nunca lavó su cuerpo con agua, ni sus pies, que no tocaron el agua excepto por necesidad; y nadie vio jamás su cuerpo desnudo, sino cuando fue sepultado después de la muerte.

47.5-8. Sin lavar nunca su cuerpo, ni quitar nunca la suciedad de sus pies, a no ser cuando la necesidad lo obligaba a pasar por el agua. Finalmente, nadie vio nunca el cuerpo desnudo de Antonio antes que muriera.

30 Cf. 2 Co 1,12 (*el testimonio de nuestra conciencia*); ver SCh 400, p. 263, nota 2.

31 Cf. 1 Tm 6,12. Es significativa la importancia de las *Cartas pastorales* en la VA, que luego se mantendrá como una nota saliente de los escritos monásticos.

32 Lit.: dijo testimonio: *martyrium dixit*.

33 O: hecho de pelos, o de crin (*trichinos*).

34 *Sacceum*: hecha de un lienzo toscó.

Primera curación realizada por Antonio

Con la narración del primer milagro realizado por Antonio se concluye la segunda parte de la *Vita*.

Es evidente la intención de Atanasio en este párrafo: mostrar que el santo no realizó la curación por su propia fuerza, sino merced a la invocación del nombre de Cristo, que Antonio recomendó que hiciera el padre de la enferma.

Otras sanaciones se realizaban sin que Antonio se hiciera presente, puesto que no abría la puerta de su celda; era por la fe y la oración de quienes acudían a solicitar su ayuda que el Señor les sanaba. “Esta era una experiencia muy similar a la de orar junto a la tumba de un mártir y ser curado, y los cristianos del tiempo de san Antonio ya habían comenzado a tratar a los grandes ascetas como iguales en poder y dignidad a los mártires”³⁵.

48.1. Antonio se retiró (del mundo) e hizo el propósito de no salir durante un cierto tiempo ni recibir a nadie, (pero) un tal Martiniano³⁶, jefe de los soldados, vino a verlo y lo importunaba³⁷; porque su hija era atormentada por un demonio.

48.1. Así, (Antonio) se retiró, y por mucho tiempo no quiso ni salir ni recibir a nadie; (pero) un cierto Martín, jefe de los soldados, lo molestaba. Porque su hija era atormentada por el demonio.

48.1-4. Cierta vez, cuando ya se había apartado de la vista de todos y, habiendo cerrado el monasterio, no recibía absolutamente a nadie, Martiniano, jefe militar cuya hija era sacudida por los ataques de un espíritu inmundo.

35 E. E. Malone, *The Monk and the Martyr*, en B. Steidle (Ed.), *Antonius Magnus Eremita. 356-1956. Studia ad antiquum monachismum spectantia*, Roma, Pontificium Institutum S. Anselmi, 1956, p. 216 (Studia Anselmiana, 38). Ver asimismo la nota en SCh 400, p. 267, nota 1, sobre el paralelismo con la práctica antigua de la *incubatio* o incubación.

36 Personaje desconocido.

37 Traducción un tanto amplia. Lit.: viniendo, llegaba de entre la multitud...

48.2. Como permaneció durante mucho tiempo golpeando la puerta, rogándole que saliera y pidiera a Dios por su hija, pero Antonio no quería abrir, asomándose por arriba dijo: “Hombre, ¿por qué me gritas? Yo soy un hombre como tú³⁸. Si crees en Cristo, a quien sirvo³⁹, ve y ora a Dios, como crees, y esto sucederá⁴⁰”.

48.2. Cuando, entonces, por mucho tiempo aquel permaneció golpeando la puerta, y rogando para que viniera y rezara al Señor por su hija, Antonio no quiso abrir, sino que observando desde arriba dijo: “Hombre, ¿por qué me gritas? Yo también soy un hombre como tú. Pero si crees en Cristo, a quien sirvo, ve y, según tu fe, reza a Dios, y se te dará”.

48.4-9. Golpeando la puerta suplicaba que socorriera a su niña, que saliera y rogara a Dios por la hija. Entonces él no quiso abrir bajo ningún concepto, sino que mirando desde arriba dijo: “Hombre, ¿por qué pides mi auxilio? Yo soy mortal y compañero de tu fragilidad. Pero si crees en Cristo, a quien sirvo, ve, ora a Dios en la medida de tu fe y se sanará”.

48.3. Rápidamente éste creyó e invocando a Cristo partió, y su hija fue purificada del demonio. Por medio de Antonio, hizo muchos otros prodigios el Señor, que dice: *Pidan y se les dará*⁴¹.

48.3. Aquel, creyendo e invocando a Cristo, se fue en seguida, y su hija quedó liberada del demonio. También hizo otros muchos (prodigios), por medio de su siervo (Antonio), el Señor que dice: “Pidan y se les dará”.

48.9-13. Al punto aquel, creyendo, se fue y, tras invocar a Jesús, recobró a su hija incólume. Muchos otros milagros obró también el Señor por su intermedio y con razón: pues el que prometió en el Evangelio: “Pidan y se les dará”, una vez que halló quien mereciera recibir Su poder, no se lo negó.

48.4. Aunque Antonio no abría la puerta, muchos enfermos se contentaban con dormir fuera del monasterio. Los que creían y oraban sinceramente, quedaban purificados.

38 Cf. Hch 10,26; 14,15.

39 Cf. Rm 1,9.

40 Cf. Mt 8,13; 15,28.

41 Mt 7,7; Lc 11,9.

48.4. Puesto que Antonio no abría la puerta, muchos endemoniados quedaban purificados con solo dormir fuera de su casa, creyendo y orando diligentemente.

48.13-15. En efecto, muchos afligidos, durmiendo delante de la entrada cerrada de su monasterio, se purificaban con fieles súplicas a Cristo por su intermedio.

TERCERA PARTE: CAPÍTULOS 49-88

Antonio busca una mayor soledad

La tercera parte de la *Vita Antonii* nos muestra al biografiado preocupado y ansioso por la pérdida de su espacio de retiro, a causa de su fama de santidad, que se había propagado; a lo cual se sumaba la noticia, sin duda ya muy extendida, de su poder taumatúrgico.

Justamente son estas dos dificultades a las que busca poner remedio Antonio cambiando de lugar. Los monjes de los primeros siglos serán muy reticentes al abandono de la propia celda o monasterio, salvo razones de fuerza mayor, como sería el caso presente⁴².

En la realización de su propósito, de vivir en la mayor soledad posible, Antonio encontrará una ayuda eficaz en la Providencia divina, que lo guiará hacia la que será su morada principal hasta el fin de sus días: la así llamada “Montaña interior”.



42 Cf. Evagrio Póntico, *Bases de la vida monástica*, 5: “Si la celda en que habitas es de muy fácil acceso, huye y no la mantengas, no te dejes retener por el amor a ella. Haz todo, obra en todo de forma que puedas vivir en la *hesiquía* y la calma, y esfuerzate por establecerte en la voluntad de Dios y en la lucha contra los invisibles” (trad. en: *Cuadernos Monásticos* n. 211 [2019], pp. 552-553).

La tradición ha localizado ese lugar a poco más de treinta kilómetros al oeste del Mar Rojo. El nombre de la montaña es Colzim, que se ubica 120 kilómetros del Nilo y a 161 kilómetros del Cairo. Allí se encuentra hasta nuestros días el Monasterio Deir Mar Antonios⁴³. San Jerónimo en su *Vida de Hilarión* nos ofrece la siguiente descripción del lugar:

«Una montaña rocosa y elevada se extiende por alrededor de mil pasos; a sus pies brotan aguas, algunas de ellas se sumergen en la arena; otras, corriendo hacia abajo, forman un riachuelo en cuyas orillas crecen innumerables palmeras que tornan el lugar muy agradable y acogedor... “Aquí, decían los discípulos de Antonio, solía salmodiar, orar, trabajar, aquí descansaba cuando estaba fatigado. Estas viñas y estos arbustos los plantó él; este espacio lo dispuso con sus propias manos; este estanque para regar la pequeña huerta lo construyó él mismo, con mucho esfuerzo; esta azada le sirvió durante muchos años para labrar la tierra...”»⁴⁴.

49.1. Cuando se vio importunado⁴⁵ por muchos y que no le dejaban retirarse según su propósito, como quería, temiendo enorgullecerse por lo que el Señor hacía por su intermedio, o que alguno lo estimara mejor de lo que era⁴⁶, reflexionó y decidió partir a la Tebaida superior donde no lo conocían. Los hermanos le dieron unos panes, y él se sentó a la orilla del río para ver si pasaba una nave, embarcarse y subir con ellos.

49.1. Cuando vio que muchos lo molestaban, y no le permitían retirarse como quería, temiendo gloriarse por lo que el Señor hacía por su intermedio, o que alguno lo estimase más de lo que era, pensó, y de inmediato quiso ir a la Tebaida superior, hacia aquellos que no lo conocían; recibió panes de los hermanos, y se sentó junto a la orilla del río, mirando por si acaso pasaba una nave en la que pudiera ir.

43 Cf. SCh 400, p. 44.

44 Jerónimo, *Vida de Hilarión*, 21.2. 4; SCh 508, pp. 270-273. “La descripción tiene más de doctrina monástica que de veracidad topográfica: con esta imagen Jerónimo transmite el ideal monástico del retorno al paraíso... El párrafo describe la *conversatio hieronimiana*: salmodia, oración, trabajo; ninguna ascesis desmesurada... La descripción del trabajo de Antonio es propia de Jerónimo” (SCh 508, p. 271, notas 8 y 10; p. 272, nota 1).

45 Lit.: atormentado (*ochloymenon*).

46 Cf. 2 Co 12,6.

49.1-6. Esta multitud de visitantes que le quitaba la deseada soledad llegó a ser un fastidio para él. Así pues, temiendo que la copiosa concesión de signos ensoberbeciera su espíritu u obligara a los otros a valorarlo más de lo que realmente veían, decidió marchar a la Tebaida superior, en donde nadie lo reconocería. Y tras recibir unos panes de los hermanos, se sentaba sobre la orilla del río observando el tránsito de una embarcación.

49.2. Mientras pensaba esto, le vino una voz de lo alto: “Antonio, ¿a dónde te diriges y por qué?”

49.2. Mientras pensaba estas cosas, una cierta voz desde lo alto vino hacia él diciendo: “Antonio, ¿dónde vas y por qué?”

49.6-8. Cuando pensaba en tales cosas, una voz se dirigió a él desde arriba: “Antonio, ¿adónde marchas y por qué?”

49.3. Él no se turbó, sino que, como acostumbrado a esas frecuentes llamadas, la escuchó y respondió diciendo: “Porque la multitud no me permite vivir tranquilo, por esto quiero partir hacia la Tebaida superior, por causa (de las gentes) de aquí, que me molestan continuamente, y sobre todo porque me piden cosas que sobrepasan mi poder”

49.3. Y él, no turbado, sino como si tuviera la costumbre de ser llamado a menudo así, escuchando, respondió diciendo: “Porque las turbas no me permiten estar tranquilo, por eso quiero ir a la Tebaida superior, por causa de las infinitas molestias de los hombres que están aquí, en especial porque exigen de mí cosas que superan mi fuerza”.

49.8-11. Y él sin temor, como si reconociera la voz acostumbrada del que hablaba, respondió: “Puesto que las multitudes no me dejan descansar, por eso consideré muy bueno ir a la Tebaida superior, principalmente porque se me reclaman cosas que exceden la debilidad de mi virtud”

49.4. Y (la voz) le dijo: “Tanto si subes a la Tebaida, o como piensas, bajas a la Bucolia, tendrás que soportar una fatiga mayor y doble. Pero si quieres verdaderamente vivir en soledad, dirígete ahora al desierto interior”⁴⁷.

47 Cf. 1 R 19,13-15.

49.4. Pero la voz le dijo: “Si, como piensas, subes a la Tebaida o descienes a la Bucolia, soportarás un trabajo más amplio y duplicado. En cambio, si verdaderamente quieres apartarte y estar en silencio, ve ahora al desierto interior”.

49.11-14. Y la voz le dijo: “Si fueras a la Tebaida y, como crees, a la Bucolia⁴⁸, soportarás un trabajo doblemente mayor. Mas si verdaderamente quieres descansar, ve ahora al desierto más profundo”.

49.5. Y Antonio preguntó: “¿Quién me mostrará el camino?, porque yo no lo conozco”, en seguida (la voz) le mostró a unos sarracenos que iban a emprender aquel camino.

49.5. Y diciendo Antonio: “¿Quién me mostrará el camino? Porque yo lo desconozco”, en seguida la voz le mostró unos sarracenos que se disponían a ir por aquel camino.

49.14-17. Y al decir Antonio: “¿Y quién me podrá mostrar un lugar sin sendas? Pues soy ignorante de los lugares”, al instante el que hablaba le señaló unos sarracenos que solían ir a Egipto para comerciar.

49.6. Antonio se les acercó, pensaba partir con ellos al desierto. Y ellos, como por mandato de la providencia, lo acogieron con buen ánimo.

49.6. Antonio, acercándoseles, les rogó entrar con ellos en el desierto. Y ellos, como por una orden de Dios, lo recibieron de buena gana.

49.18-20. Antonio, acercándose, les rogó que lo llevaran con ellos al desierto. Nadie opuso resistencia, sino que, recibéndolo como un compañero enviado por Dios, acogieron su presencia.

49.7. Después de tres días y tres noches de camino con ellos, llegó a una montaña muy alta. Al pie de la montaña había un agua clarísima, dulce y fresca; alrededor había una llanura y algunas palmeras abandonadas.

49.7. Después de caminar tres días y tres noches con ellos, llegó a una montaña muy alta, que tenía debajo agua límpida, dulce y muy fría. Alrededor de la montaña había una llanura y unos pocos árboles de palmeras, olvidados en el tiempo.

48 Tebaida, región del Alto Egipto; Bucolia, zona de pastoreo en el Bajo Egipto. Desconcierta el uso de “y” (latín *et*) entre los dos elementos. También es posible interpretar “hacia la Tebaida... y a labores de pastoreo”.

49.20-24. Y tras hacer un viaje de tres días y tres noches, encontró un monte muy alto, a cuyos pies había una fuente de agua dulce y una llanura no grande que rodeaba todo el monte, sembrada con muy pocas palmeras, y estas descuidadas.

Antonio en la Montaña Interior

El texto de la VA nos ofrece una visión algo idealizada de la forma en que Antonio se estableció en su nueva locación.

Desde el mismo inicio se sintió como en su casa, era ése el lugar que buscaba, que anhelaba. Tuvo, eso sí, que amenizarlo, por así decir, a fin de procurarse el alimento necesario, sin depender de ayudas foráneas. E incluso, conforme a las normas de la hospitalidad que los monjes cristianos honraron desde el inicio del monacato, llegó a disponer de alimentos especiales (legumbres) para ofrecer a sus ocasionales habitantes.

Es conveniente hacer aquí un breve paréntesis para aclarar de qué *normas* se trata. Son los preceptos o modelos del Antiguo Testamento: ante todo, la hospitalidad de Abraham en la teofanía de Mambré (Gn 18,1 ss.); y en el Nuevo Testamento: el mandato del Señor Jesús (cf. Mt 25,35. 43); y su ejemplo, cuando alimenta a las multitudes que lo seguían (cf. Mt 14,13 ss.; Mc 6,31-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-13); como asimismo las amistades del Señor que lo hospedan y comparten la mesa con Él (cf. Lc 10,38-42; Jn 12,1 ss.). Estos textos y otros muchos que se podrían agregar nos indican la fuente en la que bebían los primeros monjes para sostener su práctica de la hospitalidad⁴⁹.

Hay que advertir asimismo la importancia concedida al tema del retorno al *estado paradisiaco*; de manera que el monje vive en perfecta armonía con la creación que lo rodea, a partir justamente de la santidad y pureza de su propia existencia. Así, por ejemplo, en la HM leemos:

49 Para una visión más amplia del tema cf. Pierre Miquel, art. *Hospitalité* en *Dictionnaire de Spiritualité*, t. VII, Paris, Beauchesne, 1969, cols. 808 ss.; y Michael Casey – David Tomlins, *Introducing Benedict's Rule. A program of formation*, St. Ottilien, EOS Verlag, 2006, pp. 185-191.

«En muchas ocasiones los ladrones fueron contra Amón y le quitaron sus panes y sus alimentos. Uno de los días en que salió al desierto, Amón llamó a dos grandes serpientes para ordenarles que se quedaran en el lugar y vigilaran la puerta. Cuando los ladrones vinieron, según su costumbre, y vieron la maravilla, boquiabiertos de espanto, cayeron de bruces. Y, una vez que salió, los encontró estupefactos y casi medio muertos. Tras restablecerlos, les reprochó: “Vean cuánto más salvajes son ustedes que las bestias. Pues mientras que ellas obedecen nuestras voluntades con ayuda de Dios, ustedes no temieron a Dios, ni los avergonzó la piedad de los cristianos”. Y, después de meterlos en la celda, les puso la mesa y les reprendió para que cambiasen su conducta»⁵⁰.

Esta temática la encontraremos desarrollada más de una vez en los escritos del monacato primitivo⁵¹.

50.1. Entonces, Antonio, como movido por Dios, amó el lugar; porque era aquel que le había indicado el que le había hablado a la orilla del río.

50.1. Antonio, como inspirado por Dios, amó el lugar. Puesto que era el mismo que le había indicado aquella (voz) que le habló a la orilla del río.

50.1-3. Antonio acogió como si le fuera ofrecido por Dios este lugar; este era, en efecto, el que le había mostrado quien le hablaba cuando estaba sentado a la orilla del río.

50.2. Al principio, recibiendo pan de los que habían hecho el camino con él, permaneció solo en la montaña, ningún otro estaba con él. Porque consideraba aquel lugar como su propia casa.

50.2. Al principio, recibiendo los panes de los mismos sarracenos, permaneció solo en la montaña, sin que ningún otro (estuviera) presente, porque consideraba ese lugar como la propia casa.

50 HM 9,6-7; trad. de D. Romero González e I. Muñoz Gallarte, Córdoba (España), Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades – Diputación de Córdoba, 2010, p. 107.

51 Cf. García M. Colombás, *El monacato primitivo. II. La espiritualidad*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1975, pp. 141 ss. (BAC 376).

50.3-5. Y al principio, ciertamente, tras recibir panes de sus compañeros permaneció solo en el monte, sin que ningún otro tratara con él. En efecto, ocupaba ese lugar reconociéndolo como su propia casa.

50.3. Los sarracenos al ver el fervor de Antonio, pasaban a propósito por aquel camino y le llevaban panes con alegría.

50.3. Los mismos sarracenos, viendo el ánimo de Antonio para el bien y su pronta voluntad, de propósito recorrían aquel camino y, alegres, le ofrecían panes.

50.6-7. También los sarracenos, al ver su confianza, eligiendo pasar por allí, le llevaban panes con alegría.

50.4. Las palmeras le proporcionaban un pequeño alivio. Después de esto, los hermanos, que lo recordaban como hijos a un padre, conocieron el lugar, y se preocupaban por enviarle lo necesario.

50.4. Tenía también un pobre y débil consuelo de los árboles de palmeras. Pero después los hermanos conocieron el lugar, y como lo recordaban como hijos a un padre, se preocupaban en enviarle allí lo necesario.

50.7-10. Asimismo, se confortaba con el alimento, poco pero suficiente, de las palmeras. Más adelante, los hermanos, una vez conocido el lugar, le enviaran atentamente provisiones como hijos a un padre.

50.5. Pero Antonio, viendo que algunos soportaban fatigas y molestias por llevarle el pan, queriendo ahorrar esto a los monjes, y reflexionando, pidió a los que lo visitaban⁵² una azada, un hacha y un poco de trigo.

50.5. Pero Antonio, viendo que por causa de los panes soportaban un gran trabajo y muchas incomodidades, queriendo incluso ahorrar esto a los monjes, reflexionó y rogó a uno de ellos que le visitaba, que le trajera una azada, un hacha y un poco de trigo.

50.10-13. Viendo Antonio que por causa de su alimentación se ordenaba un pesado trabajo a muchos y respetando también en esto a los monjes, pidió a uno de los que llegaban que le llevara un pequeño saco con un azadón, un hacha y granos.

52 Lit.: a los que recibía.

50.6. Cuando se los llevaron, recorrió la tierra alrededor de la montaña, y encontrando un pequeño lugar apropiado, comenzó a labrarlo, y teniendo agua en abundancia para regar, lo sembró. Y haciendo así cada año, tuvo de dónde procurarse el pan, alegre de no causar por este motivo molestias, y evitar en todas las cosas ser una carga para otros⁵³.

50.6. Y cuando los recibió, observó la planicie que estaba alrededor de la montaña, donde también encontró allí un pequeño lugar apto para el cultivo; y regaba las semillas con la abundancia de agua que tenía. Obrando así cada año tenía el pan, alegre porque con esto no era molesto para nadie, puesto que (los discípulos) querían mantenerlo libre de toda carga.

50.13-17. Cuando le acercaron esto rodeó el monte y encontró un lugar apto para cultivo, no grande, hacia el cual podía fluir el agua desviada desde arriba. Allí sembró y, elaborando después su pan anual, se alegraba porque vivía de sus propias manos, sin molestar a nadie, en el desierto.

50.7. Más tarde, viendo que, de nuevo, algunos lo visitaban, plantó también unas pocas legumbres, para que los que acudían tuvieran algún pequeño alivio después de la fatiga de ese penoso camino.

50.7. Después, viendo que muchos lo visitaban, plantó unas pocas legumbres, para que los que llegaban, luego del esfuerzo del duro y molesto camino del desierto, tuvieran algo para alivio y consuelo.

50.17-19. Pero, como nuevamente empezaran a ir algunos hasta allí también, se compadeció de su cansancio y cultivó legumbres en una pequeña parcela de tierra para que los que llegaban tras un áspero viaje se confortaran con algún alimento.

50.8. Al principio, los animales salvajes del desierto, que venían a por el agua, destrozaban a menudo las semillas y el cultivo.

50.8. Al inicio, cuando empezó a cultivar, muchas bestias que llegaban por causa de las aguas, estropeaban el cultivo y las semillas.

50.20-21. Unas bestias, que se acercaban hasta allí por el agua, devoraron esta pequeña mies y refrigerio de los hermanos.

53 Cf. 2 Co 11,9; 1 Ts 2,9; 2 Ts 3,8. La trad. literal de esta última frase sería: “porque se conserva no oneroso a los otros en todo” (cf. *Vita*, p. 237, 22-3).

50.9. Pero Antonio agarró amablemente a uno de los animales y dijo a todos los demás: “¿Por qué me hacen daño, si yo no les hago daño a ustedes? Márchense, y en el nombre del Señor no se acerquen más aquí”. Y desde entonces, como asustados por su orden, no se acercaron más al lugar⁵⁴.

50.9. Pero Antonio tomó sutilmente una de las bestias y dijo a todas: “¿Por qué me dañan, cuando yo en nada les daño? Vayan, en nombre del Señor, no vengan más en adelante”. Y temiendo su orden, las bestias no se acercaron más allí.

50.21-25. Tomando a una de ellas les dijo a todas: “¿Por qué me ofenden, en nada ofendidas por mí? Váyanse, y en el nombre del Señor: no se acerquen más aquí”. ¿Quién no creería que, después de esta advertencia, las bestias, como temerosas, nunca se acercaron allí?

Antonio nuevamente en lucha contra los demonios

La nueva morada de Antonio no lo exime de proseguir la lucha contra el Enemigo.

Al mismo tiempo advertimos algunos cambios en la ascesis del santo *abba*. Su dieta alimenticia ya no es tan estricta, y la soledad tampoco es absoluta. Ambas modificaciones se justifican por su avanzada edad. Necesita un alimento más variado y acorde a sus años, y los hermanos lo visitan con cierta frecuencia para servirlo.

El combate contra los demonios se caracteriza por el tumulto que estos provocan, al cual unen representaciones visibles, en forma de fieras salvajes. Antonio responde mostrando una confianza total en el Señor, orando de rodillas y manteniéndose inmovible y en paz. Estas cuatro actitudes son las que se nos

54 Cf. Jerónimo, *Vida de Hilarión*, 21.8: «Hace tres años, cuando una manada de asnos salvajes (*onagros*) estaba devastando el huerto, Antonio ordenó a uno de los que iban al frente que se detuviera y golpeándole los costados con su bastón le dijo: “¿Por qué comen lo que no han sembrado?”. Desde entonces, excepto las aguas que venían a beber, nunca más tocaron nada, ni frutales ni hortalizas», SCh 508, pp. 272-273; los que narran el suceso son los discípulos de Antonio, visitados por Hilarión.

quieren inculcar para enfrentar las tentaciones: confianza, oración, serenidad y paz interior.

51.1. De modo que Antonio estaba solo en la montaña interior, dedicado a la oración y a la ascesis. Los hermanos, que iban a visitarlo, le pidieron permiso y cada mes le prestaban sus servicios y le llevaban aceitunas, legumbres y aceite, porque ya era un anciano.

51.1. Así, Antonio estaba en el interior de la montaña, vacando en la oración y en el esfuerzo deífico. Pero los hermanos, que llegaron unos meses después, le rogaron que recibiera el servicio de ellos, llevándole legumbres, aceitunas y aceite. Porque ya era anciano.

51.1-5. Mientras Antonio intentaba alcanzar de ese modo lo impenetrable de los montes y el interior de los desiertos, entregado también a la oración, unos hermanos entraron y, con grandes súplicas, obtuvieron apenas por la fuerza que se dignara recibir las aceitunas, las legumbres y el aceite que le servían desde hacía unos meses y dieran algún alivio a la vejez.

51.2. Por los que iban a visitarlo sabemos cuántas luchas sostuvo en este lugar, no contra la carne y la sangre, como está escrito, sino contra sus adversarios los demonios⁵⁵.

51.2. Mientras habitaba allí, cuántas luchas sostuvo, como está escrito, no contra la carne y la sangre, sino contra los demonios enemigos; esto lo aprendimos de los que iban a verlo.

51.5-8. Cuántas luchas experimentó viviendo allí desde entonces – según lo que está escrito: “no tuvo contienda contra la carne y la sangre, sino contra principados y potestades⁵⁶” – lo sabemos verdaderamente por estos que ingresaban hasta él.

51.3. Puesto que también allí oían alboroto, voces numerosas y estrépitos de armas. De noche veían la montaña llena de chispas, y contemplaban a Antonio luchando contra seres visibles y orando contra ellos.

55 Cf. Ef 6,11-13.

56 Ef 6,12.

51.3. Oían muchos tumultos y voces, y de noche la montaña les parecía como llena de chispas; y el mismo anciano se veía como combatiendo contra seres visibles, y oraba contra ellos.

51.8-12. En efecto, relataban que allí habían visto tumultos, voces de gente y ruidos de armas, incluso el monte lleno de una multitud de demonios, y también a él que, como quien resiste abiertamente contra los enemigos, combatía fuertemente.

51.4. Los que iban a visitarlo se llenaban de valor⁵⁷, y él luchaba de rodillas y orando a Dios.

51.4. Y a los que lo visitaban se les rogaba que tuvieran confianza, mientras él realizaba (su) combate, doblando las rodillas y orando al Señor.

51.12-14. Él, sin embargo, reanimaba a los recién llegados con su exhortación y abatía con las rodillas flexionadas y con las armas de la oración a todo el ejército de Satanás.

51.5. Verdaderamente era digno de admiración que, estando solo en este desierto, no se asustara cuando los demonios lo atacaban, ni temiera la crueldad de esos animales salvajes, cuadrúpedos y reptiles⁵⁸, sino que como está escrito, realmente confiaba en el Señor como el monte Sión⁵⁹, teniendo su espíritu incommovible y en paz, de manera que los demonios más bien huían, y las bestias salvajes, como está escrito, vivían en paz con él⁶⁰.

51.5. Era verdaderamente digno de admiración, porque estando solo en el desierto, no lo turbaban ni el tumulto de los demonios⁶¹, sino que realmente, como está escrito, confiando en el Señor era como el monte Sión; y mantenía su espíritu inmóvil, sin el movimiento de la tempestad de los pecados. Por lo cual con mayor razón los demonios huían, y las bestias feroces, como está escrito en Job, estaban en paz con él.

57 O: se animaban (*paratharryno*).

58 Cf. Hch 10,12, aunque esta referencia claramente está en otro contexto.

59 Cf. Sal 124 (125),1.

60 Cf. Jb 5,23.

61 Es posible que a continuación haya una laguna en el texto de la *versio vetustissima* (cf. Vita, p. 238, 16).

51.14-20. Era digno de admiración que un único hombre en una soledad tan enorme no se espantara ante las reuniones cotidianas de demonios ni cediera a la opuesta ferocidad de tantas bestias cuadrúpedas o reptantes. Conforme a lo que cantó David: “Los que confían en el Señor son como el monte Sion”, reteniendo una inalterable y tranquila firmeza de ánimo ponía en fuga a los demonios y, como está escrito, reconciliaba consigo a las fieras.

Antonio resiste a las maquinaciones del Maligno

Antonio ya había sido puesto a prueba por el Maligno mediante visiones del mismo género que las narradas en este párrafo, y había respondido de idéntica forma (cf. VA § 9).

Las palabras que el santo pronuncia en esta ocasión se resumen en dos afirmaciones principales:

1. los demonios no tienen ni poder ni autoridad sobre él;
2. Antonio es servidor de Cristo.

Ambas declaraciones tienen su fundamento en la Sagrada Escritura: el ser humano ha sido creado por Dios, no por el demonio; y Jesucristo protege a sus fieles contra las insidias del demonio.

52.1. El diablo espiaba a Antonio, como dice David en el salmo, rechinando sus dientes contra él⁶². Pero Antonio recibía el consuelo del Salvador, permaneciendo sin daño de las astucias y variados engaños de aquel.

52.1. El diablo, como dice David en el salmo, observaba a Antonio, rechinando los dientes contra él. Pero Antonio tenía el consuelo del Salvador, permaneciendo ileso de la astucia y varias afecciones del demonio.

⁶² El pasaje combina diversos textos bíblicos: Lc 6,7; 14,1 (espiaba); Sal 34 (35),16; 36 (37),12; y Mc 9,18 (rechinando los dientes).

52.1-3. *Pero también el diablo, como dice el mencionado profeta, rechinaba con sus dientes al observarlo, y él perseveraba protegido de todas las asechanzas por el auxilio del Salvador.*

52.2. Una noche mientras velaba, el diablo lanzó contra él bestias salvajes, y casi todas las hienas del desierto, saliendo de sus cuevas, lo rodearon, y él quedó en medio.

52.2. Velando de noche, Antonio se le aparecieron bestias, y casi todas las fieras que estaban en el mismo desierto, y saliendo de sus cubículos, lo rodearon y él quedó en medio de ellas.

52.3-5. *Así pues, cierta noche, mientras dirigía insistentes súplicas al Señor en vigilia, aquel reunió tantas manadas de bestias en su monasterio que llegó a ver a todas las fieras del desierto a su alrededor.*

52.3. Cada una de ellas abrió la boca y amenazaron con morderlo; comprendiendo el engaño del Enemigo, les dijo a todas: “Si han recibido algún poder contra mí⁶³, yo estoy preparado para ser devorado por ustedes. Pero si han sido enviadas por los demonios, no tarden, márchense; porque yo soy siervo de Cristo⁶⁴”. Al oír estas palabras de Antonio, aquellas huyeron, perseguidas por su palabra como por un látigo⁶⁵.

52.3. Cada una de ellas abría su boca y quería morderlo, comprendiendo (Antonio) que era una artimaña del enemigo, dijo a todas: “Si recibieron poder contra mí, estoy preparado para ser devorado por ustedes.

52.4. Pero si han sido enviadas por los demonios, no tarden, sino que váyanse. Yo soy servidor de Cristo”. Diciendo estas palabras, las fieras huyeron, como puestas en fuga por el flagelo de la palabra.

52.5-11. *Y como estas amenazaran el cuerpo con el gesto de la mordida, captó las astucias del enemigo y dijo: “Si les ha sido dada licencia contra mí por el Señor, devoren al que les ha sido entregado. Pero si han venido aquí por impulso de los demonios, márchense cuanto antes porque soy siervo de Cristo”. Así se hizo*

63 Cf. Mt 10,1.

64 Cf. Rm 1,1; Ga 1,10; Flp 1,1.

65 Cf. Jb 5,21.

y, con la voz del que ordenaba, toda la multitud de bestias huyó como golpeada por el azote de la majestad.

Antonio vence a los demonios

Asistimos en esta sección a la victoria final de Antonio sobre los demonios. En la prosecución de la *Vita Antonii* ya no lo veremos atormentado por el Maligno, sino sanando a las personas atormentadas por éste.

Nuevamente hallamos una respuesta idéntica a la del párrafo precedente, con la que pone en fuga a la singular bestia que se le había presentado.

Sin embargo, Atanasio añade un detalle no menor: a las palabras del santo precede el signo de la señal de la cruz. Una práctica que Antonio había recomendado en su larga plática (VA §§ 13,5 y 35,2).

Aunque aparentemente de menor trascendencia, debe advertirse la contracción de Antonio al trabajo manual: un tema que es poco mencionado en la *Vita*.

53.1. Pocos días después, cuando trabajaba –porque también le preocupaba trabajar arduamente– alguien apareció en la puerta y tiró de la cuerda con la que trabajaba. Pues Antonio hacía⁶⁶ canastos y los daba a los que le visitaban a cambio de lo que le llevaban.

53.1. Después, al cabo de pocos días, cuando trabajaba –puesto que también se dedicaba al trabajo manual– llegó alguien a la puerta, y tiró la cuerda con la que (Antonio) trabajaba. Porque las canastas que cosía las daba a sus visitantes a cambio de lo que traían.

53.1-5. No habían pasado muchos días desde estos sucesos y surge otra tentación con el mismo enemigo. Mientras Antonio trabajaba –pues siempre se esforzaba por recompensar a los que acudían con algún pequeño obsequio por las cosas que le llevaran– alguien arrastró una trenza o cuerda de la cestilla que tejía.

66 Lit.: cosía, o tejía (*errapte*).

53.2. Se levantó y vio una bestia, semejante a un hombre hasta la cadera, pero que tenía piernas y pies como de asno. Antonio tan solo se signó y dijo: “Soy siervo de Cristo⁶⁷. Si has sido enviado contra mí, aquí estoy”.

53.2. Levantándose vio una bestia, semejante a un hombre hasta el muslo, pero similar a un asno en las piernas y los pies. Pero Antonio solo se signó y dijo: “Soy siervo de Cristo. Si has sido enviado contra mí, aquí estoy”.

53.5-8. *Y, levantándose ante este movimiento, vio una bestia que exhibía un aspecto humano hasta la cadera, y luego terminaba en asno. Después de esta visión, trazando la señal de la cruz en su frente, solo dijo esto: “Soy esclavo de Cristo; si has sido enviada a mí, no huyo”.*

53.3. La bestia con sus demonios huyó tan precipitadamente que cayó y murió. Pero la muerte de la bestia era la derrota⁶⁸ de los demonios; porque se esforzaban por todos los medios para sacarlo del desierto, pero no pudieron.

53.3. La bestia huyó, tan velozmente en su carrera que cayó y pareció morir. Y lo que se veía como su muerte, era la caída de los demonios. Porque trataban de hacer de todo para alejarlo del desierto, pero no tuvieron la fuerza.

53.8-13. *Sin mediar un momento, al instante el monstruo deforme huyó lo más pronto que pudo con una turba de acólitos y, precipitándose, fue destruido en medio de su carrera. Mas esta muerte del monstruo que fue expulsado y aniquilado era el fracaso general de los demonios que, esforzándose con todo su afán, no pudieron alejar a Antonio del desierto. A hechos admirables suceden otros aún más admirables.*

Antonio hace brotar agua en el desierto

Este párrafo relata la primera salida de Antonio de su nueva residencia, en la montaña interior. La efectúa a instancias de los monjes (= ermitaños) que habían quedado en su anterior morada: la así llamada montaña exterior (VA § 44).

67 Cf. Rm 1,1; Ga 1,10; Flp 1,1.

68 O: la ruina (*ptoma*).

No será, sin embargo, la última vez que deje su amada soledad para prestar un servicio eclesial.

El viaje, ya de por sí difícil, se tornó muy peligroso por la falta de agua, y es entonces cuando Antonio realizó su primer (?) milagro: hizo brotar agua en medio del desierto.

Se trata de un signo que el santo produce movido por la situación extrema en que se encontraban sus hermanos. Y lo hace con actitudes bien específicas, señaladas puntualmente por su biógrafo:

- afligido por los hermanos;
- en soledad (alejado del resto);
- de rodillas;
- con las manos extendidas (o los brazos extendidos; cf. Sal 142 [143],6).

Además, se pone de manifiesto con extrema precisión que es el Señor quien realizó el milagro.

La llegada a la montaña exterior, lugar ahora poblado de monasterios (= celdas, ermitas), provoca gran alegría entre sus moradores. Estos consideraban a Antonio como un padre, y por ello lo abrazan. Por su parte, él les comparte su propia experiencia de vida monástica, alimentándolos espiritualmente. Ello les produce un ardiente deseo de progreso en la fe, y “el consuelo por medio de la confianza mutua” (VA § 54,7). Expresión que sintetiza el sentir de Pablo respecto a los cristianos de Roma, a quienes les escribe: “*Doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, a causa de todos ustedes, porque su fe es alabada en el mundo entero. Dios, a quien tributo un culto espiritual anunciando la Buena Noticia de su Hijo, es testigo de que yo los recuerdo constantemente, pidiendo siempre en mis oraciones que pueda encontrar, si Dios quiere, la ocasión favorable para ir a visitarlos. Porque tengo un gran deseo de verlos, a fin de comunicarles algún don del Espíritu que los fortalezca, mejor dicho, a fin de que nos reconfortemos unos a otros, por la fe que tenemos en común*” (Rm 1,8-12). Se trata, en efecto, de una experiencia fundamental del monacato cristiano: fortalecerse mutuamente en la fe y la confianza en Jesucristo, para seguirlo fielmente, con caridad sincera.

La noticia sobre la hermana de Antonio, también ella ya anciana, no se refiere a que presidiera un monasterio de monjas, sino que ayudaba a otras

mujeres, vírgenes, que habitaban en ermitas en la cercanía. Pero no es posible recabar mayores detalles al respecto⁶⁹.

54.1. En cierta ocasión los monjes le rogaron que bajara a visitarlos y les observara atentamente durante un tiempo a ellos y los lugares (donde vivían); y emprendió camino con los monjes que habían venido a buscarlo. Un camello transportaba para ellos los panes y el agua.

54.1. En una ocasión, rogado por los monjes para que descendiera hasta ellos, los visitara a ellos y a sus lugares, se levantó y fue con ellos. Un camello les transportaba los panes y el agua.

54.1-4. Ha pasado un largo tiempo después de esto y un hombre de tantas victorias es vencido por las súplicas de los hermanos. En efecto, habiéndole rogado los monjes que se dignara visitarlos, marchó junto con ellos después de cargar en un camello agua y panes.

54.2. Porque todo este desierto es muy seco, y no había en absoluto agua potable, salvo en aquella solitaria montaña, de donde la habían sacado y en la que él se entregaba a la ascesis. En el camino se acabó el agua. Hacía muchísimo calor, y todos estaban en peligro.

54.2. Porque aquel camino era del todo árido, y ningún lugar había en que se pudiera beber, excepto en la montaña en que habitaba Antonio, donde se habían provisto. Por tanto, en el camino, a causa de la extensión del viaje, faltó el agua, y el ardor del calor era muy grande, y ya todos estaban en peligro.

54.4-7. Nunca se hallaba agua potable por el árido camino salvo en el sitio de su morada, de donde la habían sacado. Pero en el medio del viaje se acaban las reservas de bebida. Ardor excesivo, calor insostenible, todo amenaza muerte.

54.3. Recorrieron los alrededores y no encontraron agua, no podían caminar más, entonces se acostaron en el suelo; desesperados, dejaron marchar al camello.

54.3. Recorrieron todos los lugares cercanos, y no encontraron agua, y ya no podían caminar, sino que yacían en tierra. Desesperados, dejaron ir al camello.

69 Cf. SCh 400, p. 281, nota 1; Vita, p. 240, 29-30.

54.7-10. Dan rodeos, buscan una laguna acumulada casualmente por las lluvias. Absolutamente ningún remedio, absolutamente nada sale al paso para la salvación. El camello mismo, como moribundo, es liberado; su pecho ardiente se reseca, hierve con la desesperación de la sed.

54.4. El anciano viendo que todos estaban en peligro, profundamente afligido y gimiendo, se alejó un poco de ellos, se arrodilló y extendiendo sus manos, rezó. Al momento el Señor hizo (brotar) agua en el lugar en que él estaba orando.

54.4. Pero el anciano, viendo a todos en peligro y muy triste, gimiendo, se apartó un poco de ellos, se arrodilló y, extendiendo las manos, oró; y de inmediato el Señor hizo aparecer agua en el lugar donde rezaba.

54.11-15. Conmovió al anciano el peligro común a sus hermanos y a él, y gimió profundamente afligido. Entonces, refugiándose en el habitual auxilio de los rezos, se apartó un poco de ellos e, hincando allí sus rodillas, tendió las manos suplicantes al Señor. Sin demora, a las primeras lágrimas del suplicante irrumpió una fuente burbujeante en el lugar de la oración.

54.5. Y así todos bebieron y todos se recuperaron. Tras llenar los odres, buscaron al camello y lo encontraron. Porque se habían enredado las cuerdas en una piedra y allí estaba retenido. Lo agarraron, le dieron de beber, cargaron en él los odres y siguieron el camino sin daño⁷⁰.

54.5. Así, todos bebieron, respiraron, llenaron los odres, buscaron el camello y lo encontraron. Porque sucedió que su cuerda se había agarrado en una piedra; y después de dar de beber al camello, le cargaron los odres y caminaron ilesos.

54.15-17. Allí se apagó la sed y fueron reanimados los miembros resecos; una vez llenos los odres, dan de beber al camello, al cual habían hallado. En efecto, sucedió que la soga, enrollada en una piedra, lo retenía.

54.6. Cuando llegó a los monasterios exteriores⁷¹, todos, viéndolo como un padre, lo abrazaron. Y él, como si hubiera traído de la montaña las provisiones, los nutría con palabras y les repartía un beneficio espiritual.

70 O también, pero menos literalmente: sanos y salvos.

71 O: ermitas exteriores.

54.6. Cuando llegó al lugar de los monasterios, todos lo veían como un padre y lo saludaron con gran alegría, y él como si hubiera traído de la montaña un viático para el servicio de Dios, los alimentaba con palabras deíficas, y les comunicaba la ganancia que había encontrado.

54.17-22. Finalmente, acabado el viaje, llega a los monjes que lo habían invitado. Entonces todos corren a su encuentro como al de un padre y con un saludo honorífico se lanzan en carrera a sus besos y abrazos. Se alegra Antonio por su ferviente propósito. Y, regocijándose todos por su llegada, reparte alimentos espirituales como quien trae regalos del monte.

54.7. Y de nuevo en las montañas (había) alegría, el celo por progresar, y el consuelo por medio de la confianza mutua⁷².

54.7. Y en las montañas de nuevo había alegría, el celo y la progresión en el bien, y la exhortación por la fe que compartían.

54.8. Él también se alegraba viendo el fervor de los monjes y a su hermana que había envejecido en la virginidad, y guiaba a otras vírgenes.

54.8. Él también se alegraba viendo la pronta voluntad de los monjes; y a su hermana que había envejecido en la virginidad. Porque ella también presidía a otras vírgenes.

54.22-25. Alaba los esfuerzos de los antiguos, exhorta los de los nuevos. Al ver también a su hermana, ya anciana, como virgen y maestra de otras muchachas, es arrebatado por una maravillosa exaltación.

Antonio exhortaba a sus visitantes

Antes de presentar otros milagros de Antonio, Atanasio intercala este discurso, pronunciado en la montaña interior.

Las enseñanzas que imparte están dirigidas a los monjes que allí lo visitaban. La síntesis inicial, que oficia de introducción, propone tres fundamentos para una vida monástica auténticamente cristiana:

72 Cf. Rm 1,12.

1. creer en Cristo;
2. amarlo;
3. evitar los malos pensamientos y los placeres carnales que nos apartan del seguimiento del Señor.

Las dos primeras afirmaciones, netamente evangélicas, subrayan la importancia de las virtudes teologales en la vida monástica. En su testamento, en el lecho de muerte, Antonio insistirá sobre la absoluta necesidad de fe en el Señor Jesús: “Respiren siempre a Cristo” (VA § 91,3).

Pero al mismo tiempo una vida en Cristo exige evitar todo aquello que nos aleja de Él. El texto del libro de los *Proverbios*, en la versión de los *Setenta*, resalta esta enseñanza.

Luego, en el desarrollo de esa síntesis, aparece delineada una *regla de vida monástica*:

- abrazar la humildad (huir de la vanagloria);
- orar continuamente, recurriendo a la salmodia como medio privilegiado para cumplir este mandato;
- practicar la *lectio divina*: aprender por corazón, recitar de memoria la Sagrada Escritura⁷³;
- tener presente los ejemplos de vida de los santos padres;
- evitar la cólera, aunque sea solo en el pensamiento (cf. Ef 4,26);
- examinarse a sí mismo.

Para la práctica de esta última recomendación se señala un procedimiento concreto: escribir lo que observamos en nosotros. Lo cual es de notable ayuda, dice Antonio, para la superación de las faltas que a menudo pretendemos ocultar. Advertimos aquí la presencia de lo que más tarde se llamará examen de

73 El verbo griego utilizado es: *apostethizo*; cf. Lampe, p. 209.

conciencia⁷⁴; y además el hecho, muy significativo, de que los monjes, al menos algunos de ellos, sabían escribir⁷⁵.

55.1. Algunos días después regresó de nuevo a la montaña. Entonces, en adelante muchos comenzaron a ir junto a él, y otros, enfermos, se atrevieron a acudir.

55.1. Después de unos días de nuevo volvieron a la montaña, y entonces muchos empezaron a visitarlo, y algunos energúmenos osaban acercarse.

55.1-3. Luego, como si estuviese largo tiempo lejos del desierto, se apresuró de nuevo al monte y ya muchos acudían a él pues, atormentados también por los demonios, empujados por el mal de la necesidad se atrevían a penetrar en las soledades.

55.2. A todos los monjes que iban a visitarlo, les daba continuamente estos consejos: «Crear en el Señor⁷⁶, amarlo, guardarse de todo pensamiento impuro y de los placeres de la carne, y como está escrito en los *Proverbios*: “No se dejen seducir por la saciedad del vientre”⁷⁷.

55.2. Y a los monjes que lo visitaban, les daba asiduamente este mandato: «crear en Cristo, amarlo, cuidarse de los pensamientos inmundos y de las voluptuosidades carnales, como está escrito en los *Proverbios*: “No se dejen seducir por la saciedad del vientre”».

55.3-7. Y él, consolando a estos y dando preceptos a los monjes en común, decía: «Crean fielmente en Jesús: mantengan la mente limpia de malos pensamientos, la carne de inmundicias y, de acuerdo con las palabras divinas, “no se dejen seducir por la saciedad del vientre”».

74 Cf. la nota en SCh 400, p. 285, nota 1, donde se indica que este medio se usaba ya en algunas escuelas filosóficas, por ejemplo, entre los pitagóricos. Ver J. B. Bergua, *Pitágoras*, Madrid, Eds. Ibérica, ²1995, pp. 209 ss.

75 Sobre este tema de la educación de los monjes de los primeros siglos, cf. U. Zanetti, *Les apophtegmes et l’histoire*, en *Irénikon* 91 (2018), pp. 12 y 23 ss.

76 Cf. Hch 11,17; 16,31.

77 Pr 24,15 LXX.

55.3. Huir de la vanagloria y orar continuamente⁷⁸, salmodiar antes de dormir y después de dormir, recitar de memoria los preceptos de las Escrituras y recordar las obras de los santos, para que el alma se conforme⁷⁹ a su celo, recordando los mandamientos».

55.3. Y agregaba esto, diciendo: “Huyan de la jactancia y de la fama vacía. Oren continuamente y salmodien antes del sueño y después del sueño.

55.4a. Tengan en la memoria los preceptos que están en la Escritura. Recuerden las acciones de los santos, para que reciban el celo para dirigir sus almas a la presencia de Dios. Pero esto lo podrán cumplir fácilmente si tienen en la memoria los mandamientos de Dios”.

55.7-10. Aborrezcan la vanagloria, oren con mucha frecuencia, canten salmos día y noche y repasen los mandamientos de las Escrituras. Acuérdense de las proezas que hizo cada santo, para que el recuerdo del ejemplo incite al alma hacia la virtud y la mantenga apartada de los vicios».

55.4. Sobre todo, les aconsejaba meditar continuamente la palabra del Apóstol: “Que el sol no se ponga sobre su ira”⁸⁰.

55.4b. También les aconsejaba meditar frecuentemente el dicho del santo Apóstol que dice: “El sol no se ponga sobre la iracundia de ustedes”.

55.10-12. También recomendaba retener en constante meditación el pasaje del Apóstol que dice: “No se ponga el sol sobre la ira de ustedes”.

55.5. Y piensen que esto se dice en general sobre todo mandamiento, de manera que el sol no solo no se oculte sobre la ira, sino sobre ningún otro pecado nuestro. Porque es bueno y necesario que el sol no nos condene por una mala acción cometida durante el día, ni la luna por nuestro pecado nocturno, ni por un simple pensamiento.

55.5. Decía también: «Como es bueno que el sol no se ponga sobre nuestro pecado, que durante el día podamos cometer, así también que la luna no se ponga sobre nuestro pecado nocturno o un pésimo pensamiento, de modo que seamos reprendidos por Él.

78 Cf. Lc 18,1; 1 Ts 5,17.

79 O: se ordene (*rhythmizesthai*).

80 Ef 4,26.

55.12-15. E interpretaba que el sol no debe ponerse no solamente sobre la ira sino sobre ninguna mala acción de los hombres, para que nunca se oculte de noche la luna o de día el sol como testigo de nuestros pecados.

55.6. Para conservar esto, es bueno escuchar al Apóstol y guardar sus palabras; puesto que ha dicho: “Examínense a ustedes mismos, pónganse a prueba a ustedes mismos”⁸¹.

55.6. Pero para que podamos cumplir esto, es bueno escuchar lo que dice el santo Apóstol, y observar lo que dice: “Examínense a ustedes mismos, pruébense a ustedes mismos”.

55.15-16. También advertía sobre aquel precepto que dice: “Examínense a ustedes mismos y pruébense”.

55.7. Por tanto, cada día, cada uno debe llevar cuenta de sus acciones del día y de la noche. Y si ha pecado, deje (de pecar); pero si no ha pecado, no se gloríe, sino que persevere en el bien y no sea negligente, ni condene a su prójimo, ni se justifique a sí mismo, como dijo el bienaventurado apóstol Pablo: “Hasta que venga el Señor, que examinará las cosas ocultas”⁸².

55.7. Cotidianamente cada uno de nosotros pida cuenta a sí mismo de las acciones diarias, del día y de la noche, y si, recibida la cuenta, alguien viera que ha pecado, desista (de esa falta). Pero si no ha pecado, no desista, sino que permanezca todavía más en el bien sin negligencia; no condene a su prójimo, no se justifique a sí mismo, como dice el santo apóstol Pablo: “Hasta que venga el Señor que escruta las cosas ocultas”.

55.16-24. Para que, tomando registro del día y de la noche, dejaran de pecar si se hubieran sorprendido en una mala acción; pero, si ningún error los hubiese engañado, insistieran en el propósito con perseverancia más que, hinchados de arrogancia, despreciar a otros o reclamar para sí la justicia, de acuerdo con la palabra del ya mencionado Doctor que dice: “No juzguen antes de tiempo”⁸³. Ellos deben estar más atentos al juicio de Cristo, el único para quien son manifiestas las cosas ocultas. Como está escrito, “hay muchos caminos

81 2 Co 13,5.

82 Cf. 1 Co 4,5; Rm 2,16.

83 1 Co 4,5.

*que parecen justos a los hombres, pero sus finales miran hacia las profundidades del infierno*⁸⁴.

55.8. Porque a menudo, no somos conscientes de nuestras acciones. Y nosotros no lo sabemos, pero el Señor conoce todo. Dejándole, entonces, a Él el juicio, compadeciéndonos unos con otros, y llevando las cargas unos de otros⁸⁵; examinémonos a nosotros mismos, y esforcémonos por alcanzar lo que nos falta.

5.8. Porque a menudo lo que hicimos en nuestras acciones nos queda oculto incluso a nosotros. En cambio, el Señor conoce todos nuestros actos. Por tanto, dejando a Él mismo el juicio, compadezcámonos mutuamente, y carguemos los pesos unos de otros. Pero escrutémonos a nosotros mismos constantemente, para que completemos lo que nos falta.

55.24-29. A menudo no podemos darnos cuenta de nuestros pecados, a menudo nos engañamos en el registro de las cosas hechas. Es otro el juicio de Dios, que ve todas las cosas, que no juzgará a partir de la superficie del cuerpo sino de los secretos del alma. También es justo que nos compadezcamos entre nosotros y llevemos mutuamente nuestras cargas, para que, entregado el examen al Salvador, observemos la conciencia propia juzgándonos nosotros mismos.

55.9. Tengamos también esta precaución para estar seguros de no pecar: que cada uno observe⁸⁶ y escriba las acciones y movimientos del alma, como si tuviera que revelárselos a otros.

55.9. Sea también esto para nosotros como una cierta fortaleza, para que no pequemos: observemos y escribamos nuestras acciones y cada uno de los movimientos de nuestro ánimo, como si tuviéramos que revelarlos a nuestro prójimo.

55.30-34. También enseñaba que era un gran camino hacia la virtud si cada uno observaba lo que hacía o transmitía todos los pensamientos de la mente a los hermanos; alguien no podría pecar porque relataría a otro cualquier pecado que hubiese cometido y sufriría la vergüenza de pronunciar cosas deshonrosas en público.

84 Pr 14,12; 16,25.

85 Cf. Ga 6,2.

86 Lit.: señale, marque, haga visible (*semeiometha*).

55.10. Y estén seguros de que, por la vergüenza de que éstos sean conocidos, dejaremos de pecar y en modo alguno (tendremos) pensamientos malvados.

55.10. Porque si tuviéramos ante los ojos que nuestro prójimo se avergonzaría de nosotros, conociendo nuestros pecados por nuestro relato, no cometeríamos pecado, ni pensaríamos nada malo.

55.34-36. Nadie que peca lo hace frente a otro; aun si peca, evita al testigo del pecado, miente más y niega, y aumenta el antiguo pecado con el nuevo pecado de no confesar.

55.11. Porque, ¿quién quiere ser visto mientras peca? ¿Quién, después de pecar, no prefiere mentir para permanecer oculto? Del mismo modo que viéndonos unos a otros no fornicamos, así, si escribimos nuestros pensamientos como si debiéramos revelárnoslos los unos a los otros, mucho nos guardaremos de los pensamientos impuros, por la vergüenza de que sean conocidos.

55.11. Porque, ¿quién quiere ser visto mientras peca? Por tanto, como si otros nos ven fornicar no podemos hacerlo, así, si nos viéramos a nosotros mismos como (debiendo) revelar al prójimo nuestros pensamientos, nos abstendríamos con fuerza de nuestros pensamientos inmundos, para no ser avergonzados ante quienes deberíamos contárselos.

55.36-41. “Así pues”, decía, “si hacemos todas las cosas de modo que las relatemos, nos desconcertamos como bajo nuestros propios ojos en pensamiento y en acto; mucho más si, escribiendo nuestros pecados fielmente, los disponemos en orden; entonces la anotación de las malas acciones será vista por los ojos de los hermanos; temeremos las tablillas conocedoras del pecado.

55.12. Por tanto, que lo que escribimos sea para nosotros como los ojos de nuestros compañeros en la ascesis, para que, enrojeciéndonos de escribir lo mismo que de ser vistos, no tengamos más pensamientos malvados.

55.12. En consecuencia, sean para nosotros las palabras que queremos escribir como los ojos de los que están cerca de nosotros en la ascesis (lit.: esfuerzo deífico), de modo que, si nos avergüenza escribir y revelar nuestros pecados o los malos pensamientos, o ser vistos mientras los cometemos, nunca pensaremos nada (malo), ni lo cometeremos.

55.41-43. *Las mismas comas nos acusarán. Y, así como los que mezclan sus miembros con las meretrices⁸⁷ se desconciertan ante la presencia de otros, así también nosotros nos sonrojamos ante las letras.*

55.13. Formádonos así, podremos esclavizar el cuerpo⁸⁸, y agradar al Señor⁸⁹, y pisar las acechanzas del Enemigo⁹⁰».

55.13. Formádonos así, podremos reducir a servidumbre el cuerpo y agradar al Señor Dios nuestro, pisando al Enemigo, y pisar también sus insidias».

55.43-45. *Hagamos esto, emprendamos este camino de virtud y, subyugando el cuerpo al alma, aplastemos las peligrosas asechanzas del diablo”.*

Antonio y los enfermos

Este párrafo hace las veces de una recapitulación, semejante a las que hallamos, por ejemplo, en los Evangelios sinópticos (cf. Mt 4,23-24), antes de presentar más detalladamente las curaciones que el Señor realizaba por medio de Antonio.

El texto pone de relieve la *compasión* de Antonio, quien, a imitación de Jesucristo, se compadecía ante el sufrimiento humano. Sin embargo, Atanasio no emplea el vocablo que hallamos en los Evangelios aplicado a Jesús (*splagchnizomai: compasión visceral*), sino el término compadecerse, sufrir con (*sympascho*). ¿Se trata de una distinción sin importancia? No lo parece, ya que la *Vita Antonii* insiste en varias ocasiones que no era Antonio quien sanaba a los enfermos, sino el Señor. La curación es claramente identificada como una acción divina, no humana.

La otra actitud llamativa del santo *abba* es que oraba con los enfermos, y de esa forma les enseñaba dos actitudes vitales: a) confiar en y agradecer al Señor

87 Cf. 1 Co 6,15-16.

88 Cf. 1 Co 9,27.

89 Cf. 1 Co 7,32.

90 Cf. Ef 6,11.

por los dones que se reciben; b) tener paciencia en el sufrimiento, sin desanimarse ante la adversidad.

56.1. Estas instrucciones (daba) a los que se le acercaban. Tenía compasión de los enfermos⁹¹ y oraba con ellos. A menudo, en muchas ocasiones, el Señor lo escuchaba; y él no se enorgullecía cuando era escuchado, ni murmuraba cuando no era escuchado, sino que siempre daba gracias al Señor, y exhortaba a los enfermos a tener paciencia y a comprender que la curación no procedía de él ni de ningún hombre, sino solo de Dios, que obra cuando quiere y por quienes quiere⁹².

56.1. Estas (enseñanzas) daba a quienes los visitaban; con los energúmenos se compadecía y oraba por ellos. Y en muchas ocasiones el Señor a menudo lo escuchó; pero cuando era oído no se enorgullecía, ni murmuraba cuando no era escuchado, sino que siempre daba gracias al Señor; a los enfermos (los exhortaba) a soportar pacientemente, y a saber que ninguna curación era obra suya ni de ningún hombre, sino solo del Señor, que obra cuando quiere y con quienes quiere.

56.1-10. Con tales sermones alentadores incitaba al esfuerzo a los monjes que acudían a él y se compadecía de los que sufrían, y a muchos de ellos liberó el Señor por medio de Antonio. Sin embargo, nunca se hinchó de jactancia por la salud de los curados o murmuró entristecido acerca de los cuerpos aún poseídos. En cambio, permaneciendo siempre con el mismo ánimo y rostro daba más gracias a Dios, persuadiendo a los poseídos de que sobrellevaran con más paciencia el ataque por el cual eran atormentados. Que, en efecto, no era esta la medicina de Antonio o de ningún hombre en particular, sino del único Dios que, a quienes quisiera y en el tiempo que quisiera, les daría la salud.

56.2. Los enfermos recibían las palabras del anciano como una medicina⁹³, y aprendían a no desanimarse⁹⁴, sino más bien a tener paciencia. Los que eran curados, aprendían a dar gracias no a Antonio, sino solamente al Señor.

91 Cf. 1 Co 12,26.

92 Cf. Rm 9,15. 18.

93 O: curación (*therapeian*).

94 Lit.: a no menospreciar, o despreciar. (*oligorein*).

56.2. Los enfermos recibían las palabras del anciano como una medicina, y aprendían a soportar pacientemente y no desfallecer. Y los que eran curados aprendían a dar gracias no a Antonio, sino solo al Señor Dios.

56.10-11. *Así, con su consolación, enseñaba a los atormentados a soportar con ecuanimidad la tentación y a los ya liberados a dar gracias no a él sino a Dios.*

La curación de Frontón

El personaje en cuestión nos es conocido solamente por esta noticia de la VA. Puede que haya sido un alto funcionario del prefecto romano en Alejandría; aunque no puede excluirse que *Palatio* sea el nombre de una ciudad llamada *Palatium*⁹⁵. En todo caso, vemos que logró llegar a la Montaña interior, a pesar de la pésima dolencia que lo aquejaba (¿sufría ataques de epilepsia?).

Antonio accede al pedido de oración que le formula el enfermo, y lo envía de regreso. Pero seguramente ello no era suficiente para quien soportaba esa enfermedad: anhelaba ver resultados inmediatos. Y por ello se quedó algunos días en la montaña. Esto no agradó al santo eremita, quien le insistió en que debía partir para sanarse. Lo cual nos demuestra cuánto valoraba la soledad, el estar a solas con Dios; y para ello justamente había elegido el apartamiento y ocultamiento que le brindaba la Montaña interior (cf. VA §§ 49-51). Además, de esa forma aparecía más claro que era el Salvador, no su servidor, quien obraba el milagro. Afirmación que parece tener su apoyo en algunos relatos evangélicos de curación que obraba Jesús (cf. Mt 8,13; Lc 17,7-19), donde la obediencia al mandato de irse coincide con la realización-manifestación de la sanación.

Atanasio insiste, e insistirá, una y otra vez en sostener que Antonio era solamente un ser humano, un hombre de Dios por cuyo intermedio el Señor realizaba notables prodigios.

95 Cf. SCh 400, p. 289, nota 2; aunque debe decirse que es poco probable que se trata de un nombre propio (ver *Vita*, p. 242, 57,1-2; y Lampe, p. 998).

57.1. Un tal llamado Frontón, perteneciente al palacio, tenía una terrible enfermedad: se mordía la lengua y estaba a punto de perder la vista. Se dirigió hacia la montaña, y rogó a Antonio que rezará por él.

57.1. Un tal de nombre Frontón, del palacio, tenía una enfermedad pésima. Porque mordía su lengua y estaba cerca de perder los ojos. Llegado a la montaña, rogaba a Antonio que rezara por él.

57.1-4. Pero un tal Frontón, de los oficiales del palacio, que era atormentado por un demonio muy dañino –pues desgarraba su lengua con los dientes e intentaba enceguecerse– marchó hasta el monte y le rogó al santo Antonio que orara al Señor por él.

57.2. Oró y dijo a Frontón: “Ve, te curarás”. Pero como éste se oponía y (quería) quedarse (varios) días en la montaña interior, Antonio insistió diciendo: “No puedes ser curado si permaneces aquí. Ve y, al llegar a Egipto, verás el signo que se va a producir en ti”.

57.2. Él oró y le dijo: “Ve, te sanarás”. Pero aquel insistía y permaneció algunos días en la montaña. Antonio insistió diciéndole: “No podrás curarte mientras estés aquí. Parte, y cuando llegues a Egipto, verás el signo que se cumplirá en ti”.

57.4-8. Antonio oró y le dijo: “Ve y serás curado”. Al estar aquel incrédulo con él y, contra lo ordenado, quedarse allí en actitud rebelde, Antonio repetía lo mismo: “Aquí no puedes curarte. ¡Vete! Y, tras recorrer Egipto a pie, enseguida te seguirá la misericordia de Cristo”⁹⁶.

57.3. Aquel creyó y marchó; y apenas vio Egipto, cesó su enfermedad y recobró la salud, según la palabra que Antonio, orando, había aprendido del Salvador.

57.3. Y aquel creyendo, partió; y apenas vio Egipto, cesó la enfermedad y se curó, según la palabra que Antonio, orando, había aprendido del Salvador.

57.8-10. Finalmente creyó y se marchó, y tras haber visto Egipto de acuerdo con la profecía del anciano que el Señor le había revelado cuando oraba, cesó el ataque del enemigo.

96 Cf. Sal 31 (32),10.

Curación de una joven de Busiris

Esta curación de una joven, tal vez virgen, tiene varias particularidades que conviene poner de relieve.

El mapa que adjuntamos muestra una localidad denominada Busiris, pero no es en modo alguno seguro que sea aquella mencionada en el párrafo que nos ocupa. El nombre es ciertamente el de diversas ciudades egipcias, pero nada se sabe de una llamada Busiris de Trípoli⁹⁷. Por tanto, no sabemos a ciencia cierta de dónde procedía la enferma.



La dolencia que padecía, además de su desagradable aspecto externo, causado por las secreciones de la joven, manifestaba una tendencia deformante en su cuerpo: parálisis y pérdida de la visión ocular, sin que podamos tener mayor certeza sobre la clase de enfermedad que ella padecía.

Son los padres a quienes corresponde, en primer término, la iniciativa de conducir a la enferma a la presencia de Antonio. Podemos colegir entonces que el santo *abba* ya era bien conocido, tal como lo señalaba el § 56, por sus poderes taumatúrgicos. Pero en coherencia con este texto, se indica que creían “en el Señor que curó a la hemorroísa” (VA § 58.2). De modo que todo el desarrollo de este

97 Cf. Vita, p. 243.

hecho queda iluminado por la presencia del Salvador y lo que sobre Él se nos dice en el Evangelio.

En segundo lugar, son los monjes, discípulos (?) o visitantes de Antonio, quienes se comprometen en la ayuda a la joven. Se avienen a ir con ella y sus padres al lugar donde se encontraba Antonio. Pero no los introducen directamente a la presencia del santo, sino que los dejan al pie de la montaña. ¿De cuál monte se trata de aquel interior o del exterior? Posiblemente sea la que ya era residencia habitual de Antonio, la Montaña interior. Así parece suponerlo el anónimo traductor latino cuando afirma: “*in interiorem montem*”, pero la expresión no señala con claridad suficiente si se trata de la parte más interna de la montaña, o simplemente de la montaña interior. Pero lo que sí es seguro, conforme al relato, es que ni los padres ni la joven vieron a Antonio.

Los “laicos” son confiados al cuidado de un gran personaje: Pafnucio. Rufino de Aquileya en su *Historia Eclesiástica* nos dice lo siguiente:

“Estuvo además presente en aquel concilio [de Nicea] también Pafnucio, hombre de Dios, obispo de las regiones de Egipto, confesor entre aquellos que Maximiano, después de haberle sacado el ojo derecho y haberle cortado el nervio⁹⁸ de la rodilla izquierda, había condenado a (trabajar) en las minas. Pero había en éste un poder de la gracia tan grande, que por él (se realizaban) signos no menores que en los que en otro tiempo hacían los apóstoles. En efecto, solo con la palabra ahuyentaba a los demonios y solo con la oración curaba a los enfermos. Pero también se decía que había devuelto la vista a los ciegos y restituido a los paralíticos la estabilidad del cuerpo. Constantino lo tenía en tanta veneración y afecto, que a menudo lo llamaba a su palacio, lo abrazaba y aquel ojo, que le había sido arrancado por la confesión de la fe, lo acariciaba con ardientes besos”⁹⁹.

Este Pafnucio, «llamado el Grande, es uno de los obispos “confesores” presentes en el concilio de Nicea. Se sabe que fue torturado en la persecución de Maximiano y condenado a trabajos forzados (hacia el 308). Liberado, tal vez

98 *Poples*: corva.

99 Rufino de Aquileya, *Historia Eclesiástica* 10,4; ed. *Rufino di Concordia. Scritti vari*, Roma, Ed. Città Nuova – Società per la conservazione della Basilica di Aquileia, 2000, p. 193 (Col. Scrittori della Chiesa di Aquileia, V/2). Otras referencias en Sch 400, p. 291, nota 1.

hacia 311, abrazó la vida monástica bajo la guía de san Antonio abad. Murió hacia el año 360»¹⁰⁰.

Impresiona el hecho de que siendo Pafnucio reconocido por sus curaciones, no haya sido él sino Antonio quien haya intervenido a favor de la enferma, consiguiendo su sanación. Pero es perfectamente comprensible en el ámbito de un texto que apunta a poner en evidencia la acción de Dios por medio de *abba* Antonio.

Apenas entran los monjes, Antonio se les adelanta y, antes que hablen, les describe todo lo sucedido hasta su llegada. Es más, Atanasio emplea el término *syvodeysen*¹⁰¹ para indicar que les había acompañado en espíritu¹⁰². Es decir, en todo momento estuvo presente junto a ellos y conocía el mal que aquejaba a la joven, y el sufrimiento de sus padres.

Ante el requerimiento para que dejara entrar a la enferma y a sus genitores, la negativa de Antonio es absoluta. Y la motivación es la misma que ya antes se había ofrecido (VA § 56.2): las curaciones solo las puede realizar el Señor, el Salvador misericordioso y *filántropo*, que ama al género humano. Él ha escuchado ya el ruego de la joven, al santo solamente se le ha revelado que será curada al pie de la montaña.

Es significativo que al inicio de sus palabras Antonio haya revelado que la joven estaba sin duda en peligro de muerte: “Vayan y, -dice- si no está muerta, la encontrarán curada”. Con ello no hace sino resaltar una realidad: no es él quien actúa, sino el Salvador.

Finalmente, al salir de la presencia de Antonio, los monjes la encuentran restablecida y a sus padres llenos de alegría.

58.1. Una joven de Busiris de Trípoli padecía una enfermedad terrible y muy lamentable. Porque sus lágrimas, la mucosidad y los humores de sus orejas, cuando caían a tierra, se transformaban de inmediato en gusanos. Su cuerpo estaba paralizado y los ojos no eran según la naturaleza.

100 Noticia tomada de la ed. citada en la nota precedente, p. 193, nota 12.

101 Del verbo *synodeo*: cantar juntamente.

102 Cf. Vita, p. 243, 16.

58.1. Una virgen de una cierta ciudad llamada Busiris de Trípoli tenía graves enfermedades y muy lamentables, porque sus lágrimas, mucosidades y pus que salían de sus orejas, cayendo sobre la tierra, en seguida se convertían en gusanos. Y su cuerpo estaba paralizado, y sus ojos no eran conforme a la naturaleza.

58.1-6. Cierta virgen que era de la ciudad de Busiris en la región de Trípoli sufría de dolencias inauditas y dignas de lamento. En efecto, los flujos de la nariz, las lágrimas de los ojos y un líquido putrefacto de los oídos, al caer en la tierra, se convertían instantáneamente en gusanos. Acrecentaba la calamidad el cuerpo debilitado por la parálisis, que también tenía los ojos contra natura.

58.2. Sus padres, al saber que los monjes iban junto a Antonio, creyendo en el Señor que curó a la hemorroísa¹⁰³, les rogaron poder acompañarlos con su hija.

58.2. Sus padres, viendo a los monjes que (iban) a ver a Antonio, y creyendo en el Señor que curó a la que padecía flujo de sangre, rogaron a los monjes ir con ellos y con su hija a (ver) a Antonio.

58.6-9. Cuando sus padres supieron que unos monjes iban hasta Antonio, creyendo en el Señor que en el Evangelio había mandado detenerse al pertinaz flujo de sangre con el toque de los flecos de su manto, les rogaron que acogieran la desgraciada escolta de su hija.

58.3. Ellos accedieron. Los padres con su hija permanecieron fuera de la montaña junto a Pafnucio, confesor y monje. Pero los monjes entraron. Y como solo querían hablar sobre la joven, él se anticipó y les contó acerca de la enfermedad de la niña y cómo había hecho el camino con ellos.

58.3. Ellos consintieron e hicieron camino juntos hasta la montaña. La joven permaneció con los padres fuera (de la montaña) con Pafnucio, confesor y monje. Los monjes ingresaron adonde (estaba) Antonio, en la montaña interior, y queriendo contar al anciano sobre la virgen, él se les adelantó y les refirió la enfermedad de la joven.

58.9-17. Al resistirse ellos a conducirla hasta Antonio, los padres se quedaron fuera del monte con su hija enferma junto al santo confesor y monje Pafnucio, quien, habiéndosele arrancado un ojo por Cristo bajo la persecución

103 Cf. Mt 9,20.

de Maximiano, se enorgullecía mucho de tal deformidad del cuerpo. Entonces los monjes llegaron hasta Antonio. Y, cuando se disponían a comentar sobre el padecimiento de la joven, la palabra del anciano se anticipó a su relato y expuso todo el asunto de la enfermedad y del viaje hasta el santo Pafnucio, como si él mismo hubiese estado presente.

58.4. Luego ellos le pidieron que permitiera entrar a los otros, él no lo permitió y dijo: “Vayan y, si no está muerta, la encontrarán curada. Porque este restablecimiento¹⁰⁴ no es (obra) mía; además, para qué venir hacia mí, un hombre miserable; sino que la curación es del Salvador, que hace su misericordia en todo lugar sobre quienes lo invocan¹⁰⁵.”

58.4. Así que le rogaron para que ella entrara en la montaña, pero no lo permitió y les dijo: “Vayan, y si no está muerta, la encontrarán sana. Puesto que esa curación no es por mi poder que llega, mísero hombre, sino que esa curación es del Salvador, que en todo lugar obra su misericordia con los que invocan.

58.17-22. Y, al rogarle los monjes que permitiera la entrada a los padres con su hija, no se lo concedió, sino que dijo: “Vayan y, si la joven no está muerta, la encontrarán curada. Nadie debe venir hasta mi humildad, porque la concesión de las curas no es de la misericordia humana sino de Jesucristo, que en todas partes acostumbra prestar auxilio a los que creen en Él.

58.5. Y el Señor, por tanto, ha accedido a la súplica (de ella), y me ha manifestado, por su amor a los hombres, que curaría en ese lugar la enfermedad de la joven”. Entonces, se produjo el milagro y, cuando salieron, encontraron alegres a los padres y a la joven de nuevo con salud.

58.5. El Señor aceptó la oración de ella, y me ha manifestado, por su dilección, que tiene hacia el género humano, que curará la enfermedad de aquella joven”.

58.6. Realizado entonces este milagro, y saliendo los monjes, encontraron a los padres alegres y sana a la joven.

58.22-26. Así pues, aquella por la que piden ha sido liberada por sus propios ruegos y, al orar yo al Señor, me fue otorgado el conocimiento anticipado

104 O: hermosa acción, buen éxito (*katorthoma*).

105 Cf. Jr 24,9; Am 8,3 (todo lugar); Sb 4,15 (gracia y misericordia); Sal 144 (145),18 (los que lo invocan).

de su salud”. Así dijo, y a sus palabras siguió la integridad de la joven, pues al salir hacia el santo Pafnucio encontraron a la hija sana y a los padres contentos.

Antonio ve desde la montaña a dos hermanos en peligro de muerte

Este episodio parece inspirado en un texto del AT: Elías sentado solo en la cumbre de una montaña cuando es llamado por Ocozías (853-852 a. C.), rey de Israel (2 R 1,1 ss.). Pero en el caso presente Antonio actúa sin moverse de su lugar. Y lo hace para salvar la vida de un monje en peligro de muerte. La situación es semejante, el desarrollo de los acontecimientos es diverso.

La expresión “sentado en la montaña” es sinónimo de: habitaba en la Montaña interior solo; es decir, permanecía firme en su vocación de vida eremítica. La *permanencia* es uno de los grandes valores del monacato cristiano.

Antonio tiene la revelación de que dos hermanos que iban a verlo se encontraban al límite de sus fuerzas por falta de agua. Uno de ellos muere, y el otro yacía por tierra esperando su turno. Es aquí donde interviene el santo, que manda a dos monjes a llevarle el vital líquido, y conducirlo junto a él.

El texto nos ofrece dos comprobaciones valiosas: a) Antonio habitualmente vivía solo, pero, por casualidad, cuando tiene la revelación, dos monjes le visitaban. Si sumamos aquellos que venían a verlo y estaban en peligro, ello nos permite comprobar que era visitado con cierta asiduidad. b) Su autoridad moral le permite exigir (“urgió”) de sus casuales visitantes un servicio de cierto riesgo, que entrañaba una dosis notable de disponibilidad (un día de camino).

El planteo que propone Atanasio en torno al por qué el santo monje no salvó a los dos que venían en camino, le permite aclarar que se trata, en su biografía, de un hombre, no de alguien que ocupa el lugar que solo a Dios pertenece. Antonio estaba atento a lo que el Señor le mostraba, tal era su mérito.

59.1. Dos hermanos iban a visitarlo y se quedaron sin agua en el camino. Uno murió y el otro estaba a punto de hacerlo. Entonces, sin la fuerza suficiente para seguir caminando, yacía sobre la tierra esperando la muerte.

59.1. En una ocasión dos monjes iban a visitarlo, les faltó el agua y uno murió. El otro corría peligro de morir. Y como no podía caminar, yacía por tierra, esperando la muerte.

59.1-3. No muchos días después de aquel, cuando a dos hermanos que iban hacia Antonio les faltó el agua en el camino y, muerto uno por la sed, el otro yacía en tierra esperando la muerte.

59.2. Antonio, que estaba sentado en la montaña¹⁰⁶, llamó a dos monjes, que se encontraban allí por casualidad, y los urgió diciendo: “Tomen una vasija con agua y corran por el camino (que lleva) a Egipto.

59.2. Pero Antonio, sentado en la montaña, llamó a dos monjes, que en ese momento se encontraban allí, y les dijo: “Tomen un recipiente con agua y corran por el camino que conduce a Egipto.

59.3-6. Antonio, sentado en la montaña, llama rápidamente ante sí a dos monjes que casualmente se hallaban allí. Apresuradamente mandó que tomaran una botella de agua y entraran en el camino que lleva a Egipto.

59.3. Porque dos monjes venían hacia aquí, uno ha muerto ya, y el otro lo estará si no se apresuran. Esto, en efecto, me ha sido manifestado ahora en la oración”.

59.3. Porque de los dos que venían, uno está muerto, pero el otro morirá si no corren. Esto, en efecto, me ha sido revelado ahora, mientras rezaba”.

59.6-8. Y [Antonio] dijo: “Uno de los hermanos que estaban llegando aquí acaba de irse hacia el Señor. El otro se sumará si no corren. Esto me ha sido revelado mientras oraba”.

59.4. Entonces, los monjes marcharon y encontraron a uno muerto y lo enterraron; al otro lo reanimaron con el agua y lo llevaron junto al anciano; puesto que la distancia era de un día de camino.

59.4. Y los monjes fueron, encontraron muerto a uno, y lo sepultaron, pero al otro lo restablecieron con agua y lo condujeron al anciano. Puesto que había que recorrer casi un día de camino.

106 Cf. 2 R 1,9.

59.8-12. *Así dijo y los monjes, apurándose de acuerdo con su mandato, encontraron el cuerpo muerto y lo cubrieron con tierra; al otro, una vez restablecido, lo unieron a su comitiva. El tiempo de viaje era de un día.*

59.5. Y si alguno pregunta por qué no habló antes de que uno de ellos muriera, no pregunta correctamente hablando así. Porque el juicio de la muerte no pertenece a Antonio, sino a Dios, que decidió sobre uno y sobre el otro mostró y reveló (la situación).

59.5. Pero si alguien todavía hiciera esta pregunta, diciendo: ¿Por qué no dijo esto antes que muriera (el monje)?, pregunta mal; porque no era de Antonio el juicio de la muerte, sino de Dios, que juzgó que aquel muriera; en cambio, al otro lo mostró y reveló a Antonio.

59.12-15. *Tal vez alguien pregunte por qué Antonio no lo dijo antes de que muriera. Con un argumento totalmente incongruente para los cristianos, porque no fue el juicio de Antonio sino el de Dios, quien dictó la sentencia que quiso sobre el que se durmió y se dignó revelar acerca del que estaba sediento.*

59.6. Pero esto era lo admirable de Antonio, que estando sentado solo en la montaña, tenía el corazón vigilante (y) el Señor le mostraba lo que sucedía lejos.

59.6. En cambio, de Antonio esto era lo admirable: que sentado en la montaña tenía sin duda el corazón vigilante, y el Señor le revelaba lo que sucedía lejos.

59.15-18. *Simplemente esto es admirable en Antonio, que sentado en un monte remotísimo con un corazón siempre vigilante llegaba a conocer todas las cosas situadas lejos con la indicación del Señor.*

Antonio ve elevarse el alma de Amún¹⁰⁷ al cielo

De nuevo encontramos a Antonio en la soledad de la Montaña interior. Y otra vez, advertimos que junto a él están, como es factible suponer, algunos discípulos. De modo que no vivía en un absoluto y permanente aislamiento, sino

107 *Amoyn* que translitero Amún.

que, o bien lo visitaban ocasionalmente, o bien tenía junto a sí algunos monjes que lo acompañaban y, tal vez, lo asistían.



En el mapa se puede advertir la ubicación de Nitria y la de Antonio, y la notable distancia que separaba ambos sitios.

Abba Amún “fue el primer monje que se estableció en el desierto de Nitria, hacia 320. Huérfano a muy temprana edad, fue obligado por un tío a casarse, pero vivió con su esposa en total continencia durante dieciocho años. Cuando se hizo monje mantuvo contacto con san Antonio, quien le aconsejó en la implantación de un nuevo centro monástico en el desierto de Las Celdas¹⁰⁸. Las colecciones de apotegmas provenientes de los medios escetiotas tienen pocas piezas concernientes a Amún de Nitria...”¹⁰⁹.

108 Cf. *Apotegma* Antonio 34; PG 65,85 D-88 A.

109 *Les Sentences des Pères du désert. Collection alphabétique. Traduite et présentée par Dom Lucien Regnault, moine de Solesmes, Solesmes, Abbaye Saint-Pierre de Solesmes, 1981, p. 52. Solo tres apotegmas se conservan de este santo abba en la Colección alfabética griega (cf. PG 65,127 B-D).*

Paladio en su *Historia Lausíaca* (cap. 8), Sozomeno en su *Historia eclesiástica* (1,14 y 6,28), como así también Sócrates en su obra homónima (4,23), mencionan al santo monje nitriota.

Nuestro texto también recuerda que la relación entre Antonio y Amún era fluida, y este último visitaba a aquel con cierta asiduidad.

Atanasio relata un milagro del que fue protagonista principal Amún, el cual posiblemente fue narrado por un discípulo (?) de este, Teodoro. Se trata del paso milagroso del río Lykos (o: Lyko; ¿cerca de Licópolis?). Según Paladio, este era un gran afluente del río Nilo, y que una ocasión en que debió vadearlo sintió miedo (*Historia Lausíaca* 8,6).

En el hecho se advierten dos temas que veremos repetidos en diversos textos del monacato egipcio: el pudor y la firme de voluntad de mantener en secreto las maravillas de Dios en la propia vida.

Con todo, la intención primera de este párrafo es poner de relieve el don de conocimiento a distancia que había recibido del Señor san Antonio. Esta clarividencia, por así llamarla, es un lugar común en los relatos hagiográficos¹¹⁰.

60.1. Y de nuevo otra ocasión, sentado en la montaña¹¹¹, alzó la vista, vio en el aire a alguien que se elevaba (y) que se producía gran alegría entre los que salían a su encuentro. Entonces, admirando y proclamando bienaventurado a tal coro, pidió saber qué estaba sucediendo.

60.1. Y de nuevo, sentado en la montaña, mirando el desierto, vio un hombre que era asunto (al cielo), y los que iban alegres a su encuentro tenían gran gozo y se admiraban. Y mientras se asombraba de la bienaventuranza de ese hombre, Antonio rezaba para saber qué era eso, y quién era así asunto.

60.1-5. Después de algún tiempo, cuando estaba sentado en la montaña y dirigió repentinamente los ojos al cielo, vio que cierta alma marchaba hacia el cielo y los ángeles se alegraban a su encuentro. Atónito por la novedad de este espectáculo, llamó dichoso al coro de los santos y oró para que se le revelara el conocimiento del hecho presente.

110 Cf. SCh 400, p. 299, nota 1.

111 Cf. 2 R 1,9.

60.2. Y al momento oyó una voz que le decía que era el alma de Amún, el monje de Nitria. Él había perseverado hasta la vejez en la ascesis.

60.2. Y en seguida vino a él una voz diciendo: “Esta es el alma del monje Amún”; que vivía en la montaña que se llama Nitria. Este Amún desde su juventud hasta la ancianidad perseveró en el estudio deífico.

60.5-8. Y en seguida se dirigió hacia él una voz diciendo que esa era el alma del monje Amón, que moraba en Nitria. Amón¹¹² era un hombre anciano que había vivido de modo perseverante en la santidad desde la juventud hasta la vejez.

60.3. La distancia desde Nitria hasta la montaña donde habitaba Antonio, es de trece días (de camino). Los que estaban con Antonio, viendo al anciano asombrado, quisieron saber el motivo; y oyeron que Amún acababa de morir.

60.3. La distancia entre donde estaba Antonio hasta aquella montaña donde fue asunto aquél, (era) de trece etapas. Por tanto, los que estaban con Antonio, viéndolo admirado, le rogaron saber de qué cosa se asombraba, y les dijo cómo Amún había entregado el alma.

60.9-11. Y el lugar en el que estaba sentado Antonio estaba separado de Nitria por trece días. Entonces unos monjes que habían venido, viéndolo maravillado, le pidieron que les contara la causa de su alegría. Y les dice que acababa de dormirse [en el Señor] Amún.

60.4. Ellos lo conocían, ya que a menudo había ido allí, y por medio de él se habían realizado muchos milagros. Este es uno de ellos.

60.4a. Porque era conocido de él y de ellos, ya que asiduamente lo visitaba, y muchos signos se habían realizado por su intermedio. De los cuales narraremos uno.

60.11-14. Al que conocían muy bien por sus frecuentes visitas a Antonio y por la celebridad de los signos que el Señor le concedió, entre los cuales también está este:

112 Así traduce Evagrio el nombre griego *Amoyn*.

60.5. En cierta ocasión siendo preciso cruzar el río llamado Lico¹¹³ -en ese momento era la crecida de las aguas-, pidió a Teodoro, que lo acompañaba, que se alejara un poco para no verse desnudos al cruzar el agua.

60.4b. En cierta ocasión tenía necesidad de atravesar el río que se llama Lico, pero entonces estaba lleno de agua.

60.5. Y rogó al que estaba con él, de nombre Teodoro, que se alejara, para no verse desnudos mientras nadaban.

60.14-18. Una vez tuvo necesidad de cruzar un río llamado Lico, desbordado por una inundación repentina, y pidió a Teodoro, que estaba con él, que se separase un poco de su vista para que ninguno de los dos viera la desnudez del cuerpo del otro.

60.6. Y después que Teodoro se marchara, él mismo se avergonzó de verse desnudo. Mientras estaba avergonzado y preocupado, súbitamente fue transportado a la otra orilla.

60.6. Y después que Teodoro se fue, nuevamente se avergonzó de verse a sí mismo desnudo. Cuando, entonces, tenía esta vergüenza por la desnudez, de inmediato fue llevado y colocado del otro lado del río.

60.18-22. Teodoro se apartó; aún así, cuando él quiso desvestirse, le dio vergüenza. Mientras pensaba, la fuerza divina lo traspuso a la otra orilla y Teodoro, hombre también devoto de Dios, cruzando en dirección al anciano empezó a admirarse de que hubiera atravesado el río tan rápidamente.

60.7. Entonces, Teodoro, hombre piadoso, se acercó y vio que Amún lo había adelantado y que no estaba mojado, pidió saber cómo había cruzado.

60.7. Teodoro, hombre también él mismo temeroso, después que nadó, vio a aquel que lo había precedido, y no estaba para nada mojado. Rogó saber en qué forma había cruzado.

60.22-24. Y, al no ver nada de líquido en los pies, ninguna señal del agua en sus vestidos, le pidió que le explicara tan increíble traslado como un padre a un hijo.

113 Había muchos ríos con este nombre.

60.8. Viendo que no se lo quería decir, le sujetó con fuerza los pies y le dijo que no lo iba a soltar hasta que se lo dijera.

60.8. Cuando vio que el otro no quería decirle, lo tenía fuertemente de sus pies diciendo: “No te soltaré si no me lo dices”.

60.24-26. Como aquel no quería decir lo que había sucedido, se abrazó a sus pies y juró que no lo soltaría hasta que no le contara lo que ocultaba.

60.9. Amún, por tanto, viendo la obstinación¹¹⁴ de Teodoro, y sobre todo a causa de lo que le había dicho, le exigió la promesa de que no lo contaría a nadie antes de su muerte. Y le contó que fue elevado y colocado en la otra orilla, pero que no había caminado sobre el agua, pues esto es imposible para los hombres, solo para el Señor y para aquellos a quienes Él se lo concede, como hizo con el gran apóstol Pedro¹¹⁵.

60.9. Amún viendo la obstinación de Teodoro, y sabiendo que inicialmente se había negado a hablar, le exigió la declaración de que a nadie se lo diría antes de su muerte; y así le narró aquello, diciendo: “Fui elevado sobre el río y puesto en la otra orilla. Mis pies no tocaron el agua, ni caminé sobre ella, porque esta es una cosa por completo imposible para los hombres; pero todas las cosas son posibles para el Señor, y a quienes Él se las concede, como hizo con el gran apóstol Pedro”.

60.26-32. Entonces el anciano, viendo que el hermano quería vencer tenazmente, le exigió a su vez que no lo revelara a nadie antes de su muerte y, así, confesó que fue traspuesto súbitamente a la otra orilla y que verdaderamente no hundió sus pies en el agua, afirmando que este es un privilegio exclusivo del cuerpo del Señor y de aquellos a quienes él mismo les había concedido, como al apóstol Pedro, que el cuerpo humano se mantuviera de pie sobre la levedad de las aguas.

60.10. Tras la muerte de Amún, Teodoro contó esto. Los monjes a quienes Antonio había narrado la muerte de Amún, anotaron el día. Y cuando tras treinta días llegaron los hermanos de Nitria, les preguntaron y supieron que Amún había dormido en aquel mismo día y hora en que el anciano había visto su alma elevada.

114 Lit.: que disputaba, o argüía.

115 Cf. Mt 14,28-29.

60.10. Teodoro, por tanto, después de la muerte de Amún contó esto. Y los monjes a quienes Antonio les habló sobre la muerte de Amún, anotaron el día; y cuando vinieron los hermanos de Nitria a ver al anciano, después de treinta días, los interrogaron y supieron que Amún se había dormido en aquel día y aquella hora en Antonio había visto su alma llevada (al cielo).

60.32-37. Y Teodoro contó esto en el tiempo prometido, después de su muerte. Así pues, los monjes a los que Antonio había informado de la muerte de Amún anotaron el día y, cuando después de treinta días vinieron los hermanos de Nitria, les preguntaron y hallaron que Amún se durmió en aquel día y hora en la que el anciano había visto subir su alma.

60.11. Unos y otros se admiraron totalmente por la pureza del alma de Antonio: cómo a una distancia de trece jornadas había sabido al instante lo sucedido, y vio que el alma había sido elevada.

60.11. Unos y otros, en consecuencia, se admiraron por su pureza de alma, cómo había visto lo sucedido en un lugar que distaba trece jornadas de allí, y cómo en un instante vio el alma llevada (al cielo).

60.37-39. Entonces unos y otros se admiraron de la pureza de alma en Antonio, de cómo le fue transmitido inmediatamente el conocimiento de un hecho ocurrido tan lejos.

Curación de la virgen Polycratia

Nuevo milagro de Antonio, esta vez curando a una virgen consagrada desde una gran distancia.

En la acción del santo *Abba* se pueden advertir las huellas de los relatos evangélicos en los que Jesús sana sin ir a ver el enfermo (cf. Mt 8,5-13; Lc 7,1-10; Jn 4,47-53; Mt 7,24-30). Además, otra vez aparece la insistencia en que no es Antonio quien realiza la curación, sino la bondad del Salvador a quien el santo invoca en su oración.

61.1. Y en cierta ocasión, también el *comes* Arquelao, encontrando a Antonio en la montaña exterior le rogó tan solo que pidiera por Policracia de Laodicea, virgen admirable y portadora de Cristo¹¹⁶.

61.1. Un cierto Arquelao, que era *comes*, fue a verlo, y lo encontró afuera de esa montaña, cerca del río; y solo le rogó que rezara por una joven, que era de Laodicea, llamada Polycratia, que era admirable en su virtud religiosa (*virtute Dei*), y en la cual habitaba Cristo.

61.1-3. También el conde Arquelao, habiéndolo encontrado en el monte exterior, le rogó que orara por Policracia, virgen admirable y entregada a Cristo, que estaba en Laodicea¹¹⁷.

61.2. Porque ella padecía terriblemente en el estómago y en la pleura, a causa de una ascesis excesiva, y todo su cuerpo estaba débil.

61.2a. Tenía un vehemente dolor de estómago y de un lado (de su cuerpo) a causa de la gran abstinencia, y tenía todo el cuerpo enfermo.

61.3-5. En efecto, sufría crueles dolores del estómago y del tronco que había contraído por excesivos ayunos y vigiliás, y tenía todo el cuerpo muy débil.

61.3. Antonio, entonces, oró. Y el *comes* anotó el día en que había orado. Y al llegar a Laodicea, encontró a la virgen sana. Preguntando cuándo y a qué hora se vio libre de la enfermedad, sacó el papel en el que había anotado el tiempo de la oración. Tras saberlo, mostró inmediatamente lo escrito en el papel. Todos quedaron admirados al saber que el Señor la había liberado de sus males en el mismo momento en que Antonio había orado e implorado para ella la bondad del Salvador.

61.2b. Y Antonio oró.

116 *Christophoroy*.

117 Había varias ciudades con este nombre, de las cuales las más importantes eran capital de Siria y una ciudad frigia. Arquelao sería el conde de Oriente que habría ayudado a san Atanasio en el Concilio de Tiro (335) contra los eusebianos y melecianos. El nombre Policracia es frecuente en las inscripciones, pero no se halla aparentemente entre los hagiógrafos antiguos. Cf. *Cuadernos Monásticos* 33-34, p. 231, n. 57; R. T. Meyer, *Life of Saint Antony*, Westminster, Maryl., The Newman Press, 1950, p. 124, nota 207 (Ancient Christian Writers, n. 10); A. H. M. Jones, J. R. Martindale y J. Morris (Eds.) *The Prosopography of the Later Roman Empire* (= PLRE), Cambridge, University Press, 1971-1992, I, p. 100, s. v. Archelaus I.

61.3. El *comes* anotó en que día rezó, y cuando llegó a Laodicea encontró sana a la virgen, y entonces preguntó sobre la hora y el día, y supo que era el mismo día en que oró Antonio; y sacando el papel lo mostró a todos; los oyentes estaban admirados cómo el Señor la había curado, cuando Antonio había invocado su bondad.

61.5-11. Antonio oró; Arquelao anotó el día en que se hizo la oración y, al volver, encontró a la virgen de Laodicea incólume. Al preguntarle el día de la sanación, halló que el momento de la curación coincidía con lo anotado. Y todos se admiraron reconociendo que había sido liberada de los dolores por el Señor al mismo tiempo que Antonio, orando por ella, había invocado la bondad del Salvador.

Antonio recibe a diversos visitantes

Entre los dones que el Señor concedió al santo monje se cuenta: el conocimiento anticipado de sus visitantes, y las causas por las que llegaban hasta él, incluso desafiando largos y peligrosos traslados.

Asimismo, el texto subraya que atendía enfermos y personas atormentadas por los demonios. Pero siempre Antonio hacía que la atención se dirigiera al Señor, que nos regala la gracia de poder conocerlo por la fe.

Los relatos de liberación de posesos en los capítulos 63 y 64, nos muestran la gran capacidad de discernimiento y la compasión que caracterizaban al hombre de Dios.

62.1. Anunciaba casi siempre varios días antes, e incluso un mes antes, a los visitantes y el motivo por el que venían. Unos acudían solo para verlo, otros por enfermedad y otros atormentados por los demonios. Y nadie consideraba un tormento o un perjuicio la fatiga del camino, pues cada uno regresaba pensando que había sido beneficioso.

62.1. Con frecuencia predecía, días o meses antes, la llegada de quienes iban a verlo, y la causa por la que llegarían. Algunos lo iban a ver, <otros...>¹¹⁸, y nadie tomaba en consideración el sufrimiento y el perjuicio, el gran esfuerzo del camino desierto. Porque todos iban sintiendo que el viaje a verlo los había ayudado.

62.1-6. Con frecuencia también predijo las causas y los momentos de la llegada de contingentes hasta él, con días y meses de anticipación. Pues a algunos los llevaba solo el deseo de verlo, a otros la enfermedad, a algunos los cuerpos poseídos por demonios. Sin embargo, nunca nadie se quejó del sufrimiento o del perjuicio de un viaje fatigoso, todos regresaban plenos de alimento espiritual.

62.2. Pero viendo y hablando sobre estos hechos, deseaba que nadie lo admirara por esto, sino que más bien admirara al Señor que nos ha concedido a nosotros, que somos hombres, la gracia de conocerlo según nuestras fuerzas¹¹⁹.

62.2. Viendo tales hechos y oyendo lo que se decía sobre él mismo, les rogaba a todos diciendo: “No se admiren de mí, sino del Señor, porque nos ha regalado, aunque todavía somos hombres, conocerlo como podemos”.

62.6-8. Pero él enseñaba que no debían aplicar esta admiración a la alabanza de él sino del Señor, que había concedido a los hombres Su conocimiento de acuerdo con la capacidad del género humano.

Curación de un joven endemoniado

63.1. Habiendo descendido de nuevo, en otra ocasión, hacia los monasterios exteriores, fue invitado para que subiera a una barca y orara con los monjes. Solo él sintió un olor fétido y muy penetrante.

118 La laguna en el texto, se puede completar siguiendo el texto griego: “otros por enfermedad y otros atormentados por los demonios”. Cf. Vita, p. 247, 62.4.

119 Cf. Ga 4,9.

63.1. Cuando de nuevo fue a visitar a los monjes que estaban fuera, otros monjes le rogaron que subiera a una nave y atravesara el río, para que orara allí con ellos.

63.2a. Apenas subió a la nave sintió un olor pésimo y amargo.

63.1-4. Cierta vez, habiendo salido hacia la morada exterior y habiéndole pedido los hermanos que orara en cierta nave con unos monjes que se marchaban, subió y fue el único de todos que sintió un olor nauseabundo.

63.2. Los que estaban en la nave decían que había pescado y carne sin sazonar¹²⁰ en la barca y que el olor procedía de estos alimentos. Pero él decía que el olor fétido era de otra cosa.

63.2b. Aquellos que estaban en la nave decían que el olor era de los pescados salados.

63.3a. Pero Antonio decía: “No, ese pésimo olor es otra cosa”

63.4-6. Todos decían que ese era el hedor de los pescados y las salazones cargados en la nave, pero él afirmaba que sentía el mal olor de otra cosa.

63.3. Cuando todavía estaba hablando, un joven que tenía un demonio y que había subido antes a la nave permaneciendo oculto, en seguida comenzó a gritar. Pero el demonio, increpado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, salió. Y aquel hombre quedó sano; y todos supieron que aquel hedor era del demonio.

63.3b. Y mientras decía eso, un cierto joven endemoniado que había subido antes y se había escondido en la nave, inmediatamente empezó a gritar. Pero reprendido el demonio en nombre de nuestro Señor Jesucristo, salió en seguida, y aquel hombre fue curado; entonces todos supieron que el mal olor era del demonio.

63.6-10. Cuando aún estaba hablando, cierto adolescente poseído por el demonio que, adelantándose, se había escondido en el fondo de la nave, lanzó de repente una exclamación. Y curado este al instante por Antonio en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, todos entendieron que aquel era el hedor del diablo.

120 Lit.: salazón (*tarichon*).

Compasión de Antonio por un joven endemoniado

64.1. Otro hombre ilustre, poseído por el demonio, vino hacia él. Este demonio era tan terrible que este endemoniado ignoraba que estaba ante Antonio. Se comía incluso sus propios excrementos.

64.1. Y otro hombre preclaro, teniendo el demonio, fue conducido hacia él. Este demonio era tan pésimo que el hombre en el cual estaba no sabía que era llevado hacia Antonio. Incluso se comía sus dedos.

64.1-3. También se le lleva otro hombre endemoniado, noble entre los suyos, oprimido por una demencia tan grande que no sabía que estaba en casa de Antonio y comía los excrementos de su propio cuerpo.

64.2. Los que lo llevaron, le suplicaban a Antonio que orara por él. Y Antonio, compadecido del joven, oró y estuvo en vela toda la noche con él.

64.2. Y aquellos que lo llevaron hasta Antonio le rogaban que orara por él. Y él tuvo misericordia, oró y pasó toda la noche velando con el joven.

64.3-6. Por esta razón el anciano, una vez que los que lo habían llevado le rogaron que orara al Señor por él, se compadeció tanto de la miseria del joven que trabajó contra la demencia del paciente pasando toda la noche en vela con él.

64.3. El joven, al alba, repentinamente se abalanzó sobre Antonio y lo golpeó. Los que habían venido con él, se indignaron, pero Antonio les dijo: “No se enojen con el joven; porque no es él, sino el demonio que está en él.

64.3. Pero hacia el amanecer el joven súbitamente saltó sobre Antonio y lo golpeó. Los que habían venido con él se enojaron, pero Antonio les decía: “No se enojen contra el joven, sino contra el demonio que está en él.

64.6-10. Pero cuando ya amanecía el joven poseído, lanzando un golpe contra Antonio, lo empujó fuertemente y quienes lo habían llevado comenzaron a preguntar enfadados por qué había hecho daño al anciano. Antonio les dijo: “No echen al miserable joven una culpa ajena: este furor es del que atormenta, no del atormentado.

64.4. Pues ha sido conminado y se le ha ordenado ir a un lugar árido¹²¹, ha enloquecido y ha obrado así. Glorifiquen al Señor¹²², porque el hecho de que el joven se abalanzara sobre mí, es para ustedes signo de que el demonio ha salido”.

64.4. Porque ha sido conminado y se le ha ordenado ir al desierto, y enloqueció e hizo esto. Glorifiquen entonces al Señor, pues el que me haya agredido es un signo para ustedes de que el demonio ha salido”.

64.10-13. El enemigo dolido se precipita en tal acto de audacia porque el Señor le ha ordenado ir hacia una región árida y ese golpe contra mí fue indicio de la expulsión de Satanás”.

64.5. Tras estas palabras de Antonio, el joven fue inmediatamente curado¹²³; y, de nuevo en su sano juicio, reconoció dónde estaba y abrazó al anciano dando gracias a Dios¹²⁴.

64.5. Diciendo esto Antonio, en seguida el joven quedó sano, y en adelante recuperó su sano juicio, reconoció dónde estaba y saludó al anciano, dando gracias a Dios.

64.13-15. No pasó un momento después de las palabras y el joven, recuperado el sentido y dando gracias a Dios, reconoció el lugar en donde estaba y abrazando fuertemente a Antonio lo besó con afecto.

Antonio tiene una visión

En los capítulos 65 y 66 se narran dos visiones de san Antonio, concernientes a las dificultades que se le presentan al cristiano para llegar a la meta final de la vida eterna. Y los obstáculos que permanentemente ponen en su sendero los enemigos del bien, los demonios.

121 Cf. Lc 11,24.

122 Cf. 1 Co 6,20.

123 Cf. Jn 5,9.

124 Cf. Hch 27,35; 28,15.

Estas visiones, que él solía callar y solo muy de cuando en cuando compartía con sus discípulos, eran un regalo de la Providencia divina, que instruía de modo peculiar a Antonio.

Encontraremos en otros textos del monacato primitivo, por ejemplo, en la vida de san Pacomio, relatos muy semejantes¹²⁵.

65.1. Numerosos monjes afirmaron a una sola e idéntica voz que muchos otros prodigios, semejantes a éstos, habían sido realizados por intermedio suyo. Pero estos no son tan admirables que otros no puedan parecer aún más admirables.

65.1. También muchos otros (signos) semejantes y correspondientes dijeron los monjes que el Señor había hecho por su intermedio. Pero no son estas cosas tan dignas de admiración como otras todavía más admirables.

65.1-4. Hay innumerables signos, y distintos, que conocemos frecuentemente por el relato concordante de los monjes. Pero no solo a estos se les debe conceder estupor, porque los hechos que siguen exceden mucho más la condición de nuestra fragilidad.

65.2. En cierta ocasión, cuando iba a comer, alrededor de la hora nona, se levantó para orar y sintió que su mente era arrebatada. Y lo más admirable era que, estando en pie, se vio como fuera de sí y como llevado a través del aire por algunos seres.

125 Cf. *Primera Vida Griega de san Pacomio*, § 71: «Cierta día, mientras los hermanos estaban con Pacomio cortando juncos, y cuando los transportaban hasta el barco, él repentinamente cayó en éxtasis. Vio algunos hermanos rodeados por un ardiente círculo de fuego, y cuyas llamas les impedían salir; otros estaban con los pies descalzos sobre espinosos trozos de madera, adheridos a ellos por las espinas y sin posibilidad de liberarse; otros estaban a mitad camino de un elevado precipicio, sin poder ascender ni tirarse al río, porque abajo los cocodrilos los acechaban y saltaban. Pacomio permanecía de pie, absorto en su visión, los hermanos pasaban y lo veían; y dejando sus cargas, se pusieron a orar junto a él. Después de más de una hora, volvió en sí mismo, y ordenó dar de comer a los hermanos, porque ya caía la tarde. Luego los invitó a reunirse en torno suyo. Y mientras les contaba su visión, todos lloraban llenos de un gran temor. Cuando le preguntaron qué podía significar (la visión), les dijo: “Tengo conciencia de que después de mi muerte, eso les sucederá a los hermanos: no encontrarán alguien que pueda consolarlos como necesitan, en el Señor, de sus tribulaciones”» (trad. en *Cuadernos Monásticos* n. 173, [2010], pp. 264-265).

65.2. Porque una vez cuando estaba por comer, cerca de la hora nona, se levantó para rezar y sintió que su mente era arrebatada. Y lo que era admirable, estando de pie se veía fuera de sí, y como conducido en el aire por algunos.

65.4-6. Cerca de la hora nona, como hubiera empezado a rezar antes de la comida, sintió que era arrebatado en espíritu y que era llevado por los ángeles hacia lo alto.

65.3. Después, (vio) parados en el aire unos seres terribles y crueles que querían impedirle pasar. Pero como los que lo llevaban lo defendían, aquellos seres preguntaron si no estaba sometido a ellos.

65.3a. Y vio que en el aire estaban otros seres amargos y pésimos, queriendo evitar que él pasara. Los que lo conducían les resistían, pero aquellos preguntaban si no era culpable.

65.6-8. Como los demonios impedían el tránsito por el aire los ángeles, oponiéndose, empezaron a preguntar cuál era la causa para retenerlos, no habiendo ningún delito en Antonio.

65.4. Como querían hacerle rendir cuentas desde su nacimiento, los que llevaban a Antonio, se opusieron diciéndoles: “El Señor ha suprimido lo que concierne a su nacimiento; está permitido examinarlo desde el día en que se hizo monje y se consagró a Dios”¹²⁶.

65.3b. Y queriendo disputar sobre esto, los adversarios comenzaron desde su nacimiento.

65.4. Pero los que conducían a Antonio se lo prohibieron diciendo: “El Señor borró las culpas (cometidas) desde su nacimiento. Es lícito pedirle cuenta desde cuando se hizo monje y se consagró a Dios”.

65.8-12. Y al comenzar aquellos a desplegar los pecados desde el inicio, desde el nacimiento, los ángeles cerraron las difamantes bocas diciendo que no debían relatar sus delitos desde el nacimiento, pues ya habían sido aniquilados por la bondad de Cristo; mas que si sabían algo desde el tiempo en que se hizo monje y se consagró a Dios, les estaba permitido referirlo.

126 Aparece aquí el tema de la vida monástica como segundo bautismo (cf. SCh 400, p. 307, nota 1).

65.5. Entonces, ya que ellos acusaban sin pruebas, el camino quedó para él libre y sin obstáculos. Y al momento se vio como venir a sí mismo y estar de pie junto a sí mismo, y de nuevo Antonio fue una persona entera¹²⁷.

65.5. Entonces puesto que los que lo acusaban no aportaban pruebas, la vía quedó libre para él y sin obstáculos. Y en seguida se vio volviendo, estando firme en sí mismo¹²⁸, y de nuevo Antonio era una persona entera

65.12-16. Los demonios acusaban diciendo procazmente muchas falsedades y, al faltar pruebas para las mentiras, se abre el libre ascenso para Antonio; al instante, volviendo en sí en aquel lugar en el que había comenzado a erguirse, vio que este era de nuevo lo que había sido.

65.6. Luego, se olvidó de comer y permaneció gimiendo y orando el resto del día y toda la noche. Pues se admiraba de ver contra cuántos tenemos que luchar y por medio de qué fatigas tenemos que atravesar el aire.

65.6. Se había olvidado de comer y permaneció aquella noche y el día siguiente gimiendo y orando. Se admiraba viendo contra cuántos tenemos que luchar, y por medio de cuantos trabajos debemos atravesar el aire

65.16-19. Entonces, olvidado de la comida, desde aquella hora pasó la noche en gemido y lamento, repasando consigo mismo la multitud de enemigos humanos, la lucha con un ejército tan grande y el arduo camino hacia el cielo a través del aire.

65.7. Y recordó que esto era lo que decía el Apóstol: “Según el príncipe del imperio del aire”¹²⁹. Puesto que el poder del enemigo está en esto: en luchar, e intentar poner obstáculos a los que cruzan.

65.7. Y recordó que esto era lo que dice el santo Apóstol: “Según el príncipe que tiene la potestad del aire”. Porque en esto está el poder del enemigo: luchar, tentar y obstaculizar a los que atraviesan el aire.

65.19-22. Y que esto fue dicho por el Apóstol donde afirma: “Contra el príncipe del poder de este aire”, porque sabiendo que los poderes del aire

127 Lit.: estaba íntegro (*en olos*).

128 El texto latino dice: “*Et continuo vidit se venientem, ad se stantem...*”.

129 Ef 2,2; cf. 6,12.

siempre intentan luchar, combatir para que no nos sea libre el tránsito hacia el cielo.

65.8. Por eso también sobre todo exhortaba: “Tomen las armas de Dios, para que puedan resistir en el día malo”¹³⁰, para que el Enemigo, “no pudiendo decir nada malo de nosotros”¹³¹, sea confundido. Habiendo aprendido esto, nos acordamos de las palabras del Apóstol: “Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe”¹³².

65.8. Por eso: “Tomen las armas de Dios, para poder resistir en el día malo, para que el enemigo no teniendo nada malo que decir sobre nosotros, sea confundido por nosotros”. Cuando sabemos que esto le sucedía a Antonio, nos acordamos de lo que decía el santo Apóstol, afirmando: “Si en el cuerpo, o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe”.

65.22-26. Y exhortaba advirtiéndolo: “Tomen las armas de Dios para que puedan resistir en el día malo”, de modo que el enemigo, “no teniendo nada malo que pueda decir de nosotros”, sea confundido. Mas nosotros acordémonos de la palabra del Apóstol que dice: “No sé si dentro del cuerpo, no sé si fuera de él, Dios lo sabe”.

65.9. Pero Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo y oyó palabras inefables¹³³ y descendió; en cambio, Antonio se vio a sí mismo subir hasta el aire y luchar hasta que se vio¹³⁴ libre.

65.9. Pero san Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo, oyó palabras inenarrables y descendió; en cambio, Antonio se vio llegar hasta el aire, allí sostuvo una lucha, hasta que apareció libre.

Y, ciertamente, “Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo” y, tras oír allí palabras inefables, descendió; Antonio, elevado hasta el aire, apareció libre después del combate.

130 Ef 6,13; cf. 6,11.

131 Tt 2,8.

132 2 Co 12,2; cf. 12,3.

133 Cf. 2 Co 12,2-4.

134 Lit.: pareciese; o: para aparecer (*phane*).

Antonio contempla el tránsito de las almas

66.1. Poseía también este carisma: sentado solo en la montaña¹³⁵, si acaso tenía una duda sobre algo que buscaba, esto le era revelado por la Providencia en la oración.

66.1. Tenía también este don: cuando estaba sentada solo en la montaña, si buscaba comprender algo en su interior, e incierto hesitaba cuál fuera la verdad, esta le era revelado por Dios.

66.1-3. Tenía también este tipo de don: si, sentado en el monte, era ignorante de alguna cosa e indagaba consigo mismo el concepto, le era revelado por Dios cuando oraba.

66.2. Como dice la Escritura¹³⁶, aquel bienaventurado era instruido por Dios¹³⁷. Después de este suceso, tuvo una conversación con los que le habían ido a visitar, sobre el ascenso del alma y cuál sería el lugar de ésta después. A la noche siguiente le llamó alguien desde lo alto diciendo: “Antonio, levántate, sal y mira”.

66.2. Y era, conforme a las Escrituras, Dios quien instruía a este beatísimo hombre. Después, cuando le hicieron una pregunta los que habían ido a visitarlo, sobre la conducta del alma en este mundo, y cuál sería su lugar en el futuro. La noche siguiente alguien lo llamó desde lo alto diciendo: “Antonio, levántate y sal”.

66.3-8. Y era “instruido por Dios”, de acuerdo con lo que está escrito. Por último, una vez que los hermanos tenían este debate y él les preguntaba con atención cómo el alma se comportaría después de liberarse de la carga del cuerpo y qué lugar se le concedería después de la muerte, a la noche siguiente dijo una voz, gritando su nombre desde lo alto: “Antonio, levántate, sal y mira”.

66.3. Y al salir -pues él sabía a quién hay que obedecer- levantó los ojos y vio a un gigante, deforme y temible, que estaba de pie y tocaba las nubes, y también vio subir a otros seres que parecían alados. Aquel extendía

135 Cf. 2 R 1,9.

136 Lit.: según está escrito.

137 Cf. Is 54,13; Jr 31,33-34; Jn 6,45; 1 Ts 4,9.

sus manos e impedía pasar a unos, pero otros sobrevolaban y subían sin dificultad¹³⁸.

66.3. Saliendo, porque sabía que debía responder a quien lo llamaba, y mirando, vio un hombre deforme, terrible y que tocaba las nubes, y seres alados ascendiendo.

66.4a. Éste, extendiendo las manos les impedía el paso a algunos. Pero a los que no podía prohibírsele, volaban sobre él y ascendían seguros.

66.8-13. Al salir –en efecto, sabía a quiénes debía responder– y elevar los ojos al cielo vio a alguien alto y aterrador, que elevaba su cabeza hasta las nubes. Vio también que algunos seres alados querían elevarse y que él, con las manos extendidas, les impedía el paso y de estos a algunos los echaba a la tierra; intentando en vano retener a otros.

66.4. El gigante rechinaba sus dientes¹³⁹ **contra los últimos y se alegraba por los que caían.**

66.4b. El hombre alto rechinaba los dientes contra esos, y se alegraba por los que caían.

66.13-15. Sufría porque estos pasaban volando sobre él hacia las regiones celestiales, y tanto vencedores como vencidos mostraban el mayor gozo mezclado con tristeza.

66.5. Y en seguida llegó junto a Antonio una voz: “Comprende lo que ves”¹⁴⁰. **El espíritu le fue abierto**¹⁴¹ **y comprendió que era el tránsito de las almas y el gigante de pie era el Enemigo, envidioso de los creyentes, que**

138 Cf. HL 21: «Durante un año entero, dijo Antonio, supliqué al Señor que me fuese revelado el lugar de los justos y de los pecadores. Vi a un gigante que se elevaba hasta las nubes, negro, con ambas manos extendidas al cielo. A sus pies se abría un lago inmenso dilatado como el mar; al mismo tiempo veía a las almas remontar el vuelo como los pájaros. Las que volaban por encima de sus manos y cabeza se salvaban; en cambio, las que recibían un golpe de sus manos caían al lago. Entonces oí una voz que decía: “Las almas que ves volando arriba son las almas de los justos, que van al paraíso; las otras son arrojadas al infierno porque siguieron las inspiraciones de la carne y del rencor”». Ver Sch 400, p. 309, nota 1.

139 Cf. Mc 9,18.

140 Dn 9,23.

141 Cf. Lc 24,31.

retiene y no deja pasar a los que le están sometidos, pero no podía retener a los que no se dejaban persuadir por él, sino que subían por encima suyo.

66.5. De inmediato le llegó una voz a Antonio, diciendo: “Comprende lo que ves”. Y abriéndose su mente entendió que se trataba del tránsito de las almas y conoció que aquel hombre alto era el enemigo que suele envidiar a los fieles; a los que tenía cautivos los retenía y les prohibía pasar; pero a aquellos que no consentían y le desobedecían los dejaba pasar; y pasando, ascendían.

66.15-19. Enseguida se dirigió hacia él una voz que decía: “Interpreta lo que ves”. Y entonces, con el corazón iluminado¹⁴², comenzó a entender que era el ascenso de las almas y el diablo que lo impedía, que por una parte retenía a los sometidos a él y por otra era atormentado por el vuelo de los santos a los cuales no podía engañar.

66.6. Como advertido por esta nueva visión, luchó todavía más por progresar cada día hacia aquello que (está) por delante¹⁴³.

66.6. Cuando vio esto de nuevo, como una conmemoración, aumentó su lucha, apresurándose cada día a progresar hacia esas realidades que estaban ante él.

66.19-20. Estimulado por los ejemplos de estas visiones, cada día crecía con miras a lo mejor.

66.7. No solía contar voluntariamente estas cosas, pero como pasaba mucho tiempo en oración y se admiraba en su interior¹⁴⁴, los que estaban con él le preguntaban e insistían, y él se veía obligado a hablar como un padre que no puede esconder nada a sus hijos.

66.7a. No narraba estas cosas por sí mismo, sino que, prolongando su oración y la admiración interior, cuando los que estaban con él lo interrogaban presionándolo, obligado hablaba como un padre a sus hijos que nada puede esconderles.

142 Cf. Si 2,9 (Vulgata).

143 Cf. Flp 3,13.

144 Lit.: en sí mismo.

66.20-22. *Pero no revelaba por jactancia lo que le había sido revelado a los monjes, sino que, alabando el auxilio de Dios al orar constantemente, era obligado a decirlo por quienes le preguntaban.*

66.8. Además, consideraba¹⁴⁵ que su conciencia era pura¹⁴⁶, y que la narración de estos sucesos era útil para que aquellos¹⁴⁷ aprendieran que el fruto de la ascesis es bueno y que las visiones son muchas veces consuelo de las fatigas.

66.7b. Estimaba que su conciencia estaba pura de (cualquier) jactancia.

66.8. Pero para aquellos el relato era útil, aprendiendo que el fruto del esfuerzo deífico es bueno, y que las visiones son el consuelo de las fatigas.

66.22 -25. *Y con un alma pura en Cristo¹⁴⁸ no quería ocultar nada a sus hijos espirituales. Especialmente porque la narración de este tipo de signos proporcionaba amor al propósito y mostraba el fruto del esfuerzo.*

Respeto de Antonio por la jerarquía de la Iglesia

Atanasio pone de relieve algunas de las características que llamaban la atención en Antonio: su estima por la jerarquía de la Iglesia, su capacidad de escuchar a cualquier persona que pronunciara palabras provechosas para la vida de fe.

La santidad de su vida se advertía incluso en su aspecto físico:

- rostro que irradiaba;
- brillo de sus ojos;
- firmeza de carácter;
- pureza de alma;

145 Cf. Sb 12,15 (*egoymenos*).

146 Cf. 1 Tm 3,9; 2 Tm 1,3.

147 Los monjes que habitaban con él, o a los que visitaba.

148 Cf. 1 Tm 3,9; 2 Tm 1,3.

- serenidad interior y exterior;
- semblante alegre.

En todo ello se reflejaba el espíritu de algunos justos del Antiguo Testamento: Jacob, Samuel, David.

La descripción que se nos ofrece combina así temas provenientes de la filosofía, de la Escritura y de las inquietudes del biógrafo (el respeto a la jerarquía).

67.1. ¡Cuán paciente era (su) conducta y cuán humilde (su) alma! A pesar de sus cualidades, tenía en gran estima la jerarquía¹⁴⁹ de la Iglesia, y quería que todos los clérigos lo aventajaran en honor¹⁵⁰.

67.1. Cuáles eran las costumbres que tenía sin malicia y con humildad de ánimo, infinitas personas lo sabían por experiencia. Honraba mucho el canon eclesiástico, quería que todos los clérigos lo precedieran en el honor.

67.1-3. Él nunca quebró su paciencia agitado por una furia repentina ni exaltó la humildad hasta la jactancia. Pero exigía que todos los clérigos hasta el último grado oraran antes que él.

67.2. No se avergonzaba de inclinar su cabeza ante obispos y presbíteros. Si alguna vez lo visitaba un diácono para ser edificado por él,

149 Lit.: los cánones (*kanona*). La traducción francesa, que seguimos, propone: la jerarquía. Lampe (p. 702) considera que tal es la acepción que tiene en este pasaje de la VA. Cf. HM 1,14-15: «(Juan de Licópolis) nos pregunto si no había algún clérigo entre nosotros. Aunque todos le dijimos que no, tras escudriñar atentamente a todos, reconoció que había uno que se mantenía oculto. En efecto, había uno de entre nosotros digno de la diaconía y otro hermano era su cómplice en esto, al que ordenó además que no se lo comentara a nadie, por humildad y porque se consideraba a sí mismo poco digno de contarse entre tales santos, de llevar el nombre de cristiano y, menos aún, de [tener] este honor. No obstante, Juan le señaló con el dedo y nos replicó: “Éste es el diácono”. Aunque aquél lo negaba una y otra vez e intentaba ocultarse, el santo, tomándole de la mano a través de la pequeña ventana, se la besó y, amonestándole, le pidió: “No niegues el regalo de Dios, hijo, ni mientas al negar [que tienes] el don de Cristo. Pues la mentira es ajena a nosotros, ya sea en un asunto pequeño o en uno grande. La mentira es cosa del Malo (cf. Mt 5,37; Jn 8,44)”. El diácono, puesto en evidencia, se quedó en silencio, aceptando mansamente el reproche de Juan» (trad. de D. Romero González e I. Muñoz Gallarte, Córdoba (España), Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades – Diputación de Córdoba, 2010, pp. 52-53).

150 Cf. Rm 12,10.

Antonio le hablaba de aquello que consideraba útil, pero en lo referente a la oración le cedía el puesto sin avergonzarse de aprender de él.

67.2. No se avergonzaba de inclinar su cabeza ante obispos y presbíteros. Si alguna vez un diácono iba a verlo por motivo de su (propio) provecho, le decía lo que consideraba podía ser para su utilidad, pero le concedía hacer la oración, no avergonzándose, ni confundiéndose por aprender de él.

67.3-7. También inclinaba su cabeza como discípulo de humildad ante obispos y presbíteros para ser bendecido. Y a los diáconos que llegaban hasta él para edificarse, aunque disertaba ante ellos para su provecho, los anteponeía a sí mismo para orar al Señor sin ruborizarse por aprender.

67.3. Muchas veces preguntaba y pedía escuchar a los que estaban presentes. Si alguno decía algo útil, reconocía haber obtenido un beneficio.

67.3. A menudo preguntaba para escuchar algo de ellos, pues aprovechaba recibir un beneficio si alguno le decía algo de utilidad.

67.7-9. Pues a menudo interrogaba a aquellos con quienes estaba y, si oía algo útil de ellos, afirmaba que lo habían ayudado.

67.4. Su rostro irradiaba mucha gracia. Había recibido este admirable carisma del Salvador; pues si estaba con una multitud de monjes, y alguien que no lo conocía anteriormente deseaba verlo, éste al instante dejaba a un lado a los demás monjes y corría hacia Antonio, como atraído por sus ojos.

67.4. Su rostro tenía una gran gracia. <Tuvo> también este preclaro don del Salvador: porque si estaba con una multitud de monjes y alguien que no conocía quería verlo, en seguida dejaba a los demás y corría hacia él, atraído por su rostro y su figura.

67.9-12. También tenía una gran gracia en el rostro. Y había recibido también este don del Salvador: en efecto, si alguien que no lo conocía deseaba verlo entre la multitud de monjes, corría hasta Antonio sin que nadie se lo señalara, dejando de lado a los demás.

67.5. No se distinguía de los otros monjes por ser más alto o más fuerte¹⁵¹, sino por la firmeza de sus costumbres y la pureza de su alma.

151 Cf. 1 S 16,7.

67.5. No que él fuera más alto o más robusto que los demás, sino que se señalaba por la gravedad de costumbres, la estabilidad y la pureza de su ánimo.

67.12-15. Y reconocía la pureza de alma en el rostro y observaba a través del espejo del cuerpo la gracia de un alma santa.

67.6. Su alma estaba sin turbación, se mantenía sereno también en su aspecto exterior; de manera que el gozo de su alma aparecía en su rostro sonriente, y los movimientos de su cuerpo dejaban sentir y comprender la firmeza de su alma como está escrito: “Cuando el corazón se alegra, el rostro florece; pero en el dolor, está abatido”¹⁵².

67.6. Porque teniendo el alma quieta, su aspecto visible se mantenía sin turbación; de modo que la alegría y el gozo de su ánimo aparecían en su rostro, y el movimiento de su cuerpo permitía sentir y comprender la estabilidad de su ánimo, como está escrito: “Corazón feliz, rostro gozoso. Pero constituido en la tristeza, el rostro afligido”.

67.15-17. Pues, portando siempre un rostro alegre, mostraba claramente que meditaba sobre asuntos celestiales, como dice la Escritura: “Cuando el corazón se alegra el rostro está en flor, cuando se afianza en un pesar se entristece”.

67.7. Así Jacob supo que Labán estaba planeando insidias, y dijo a sus mujeres: “El rostro de su padre no me mira como ayer y como anteayer”¹⁵³.

67.7. Así, en efecto, conoció Jacob que Labán tramaba insidias, y dijo a sus mujeres: “El rostro del padre de ustedes hacia mí no es el de ayer o de anteayer”.

67.17-19. Así también reconoció Jacob que Labán, su suegro, planeaba asechanzas contra él, diciendo a las hijas de aquel: “La cara de su padre no es como la de ayer ni la de antes de ayer”.

67.8. Así Samuel reconoció a David por sus ojos de mirada resplandeciente¹⁵⁴ y sus dientes blancos como la leche¹⁵⁵. Así también se podía

152 Pr 15,13.

153 Gn 31,5.

154 Cf. 1 S 16,12; 17,42.

155 Cf. Gn 49,12 (sobre Judá).

reconocer a Antonio. ¿Acaso podría estar turbado, permaneciendo serena su alma? ¿O cómo podría estar triste, si su espíritu estaba alegre?

67.8. Así conoció Samuel a David. Porque tenía los ojos graciosos y cándidos los dientes. Y así se podía reconocer a Antonio. ¿Cómo podría turbarse cuando tenía el ánimo siempre tranquilo y sereno? ¿O cómo podría estar triste cuando su mente estaba siempre gozosa?

67.19-24. Así reconoció Samuel a David: en efecto, tenía ojos que transmitían alegría y dientes blancos como la leche. De modo similar era reconocido Antonio, porque teniendo siempre la misma cara en situaciones favorables y adversas, no se exaltaba por la prosperidad ni era doblegado por las contrariedades.

Antonio nunca tuvo trato con los herejes

Los capítulos 68 y 69 traslucen una preocupación de san Atanasio: poner claramente de manifiesto que su biografiado condenaba y evitaba el trato tanto con los cismáticos (melecianos o milicianos)¹⁵⁶, como sobre todo con los herejes arrianos. Respecto de estos últimos, las afirmaciones no solo son rotundas en su contra, sino que incluso se refiere que, a pedido de los obispos -sin duda los antiarrianos-, se presentó en Alejandría para sostener la recta fe y condenarlos.

Esa condena del arrianismo por parte de Antonio va acompañada de una profesión de fe acorde con el Credo de Nicea.

68.1. Poseía una fe absolutamente admirable y piadosa. Nunca tuvo trato con los melecianos cismáticos¹⁵⁷, conociendo bien desde el principio su

¹⁵⁶ Los melicianos toman su nombre de Melicio (esta forma es preferible a Melecio; Vita, pp. 251-252, 68.2).

¹⁵⁷ Durante la persecución de Diocleciano en el 306, el obispo Melicio de Licópolis habría ocupado ilegítimamente el lugar del obispo Pedro en Alejandría, luego martirizado en 311. Al terminar la persecución de Diocleciano este ofreció el perdón a quienes apostataron durante la persecución, mientras aquel adoptó una actitud severa. El cisma se prolongó en el tiempo e incluso se habría extendido a los monjes. Cf. *Cuadernos Monásticos* n. 33-34, p. 232, nota 67; W.

maldad y su apostasía; no tuvo relación amical con los maniqueos¹⁵⁸ u otros herejes, a no ser para persuadirlos a volver a la piedad. Pensaba y declaraba que la amistad y el trato frecuente con éstos destruyen el alma y la llevan a la perdición.

68.1. También en la fe era muy admirable. Porque nunca tuvo comunicación con los cismáticos melicianos, conociendo su maldad y apostasía; ni habló como amigo con los maniqueos ni con otros herejes, excepto para persuadirlos para que volvieran a la Iglesia y no permanecieran en la impiedad.

68.1-6. Era admirable en el respeto a la fe. En efecto, nunca se mezcló en la compañía de los cismáticos porque conocía su antigua maldad y su transgresión. Ni una sola vez dirigió palabras amistosas a maniqueos o a otros herejes, a no ser las que podían hacerlos volver del error de iniquidad, denunciando que las amistades y conversaciones con los de su clase eran la perdición del alma.

68.2. Del mismo modo aborrecía la herejía de los arrianos, y exhortaba a todos a no acercarse a ellos y a no seguir su perversa fe.

68.2. Pero también enseñaba huir de la amistad de ellos. Porque decía que hablar con ellos era el exterminio del alma. Así también abominaba la herejía de los arrianos y ordenaba a todos no acercarse a ellos ni tener la perversa fe de ellos.

68.6-8. Así también detestaba a los arrianos, hasta el punto de que a todos les decía que ni siquiera había que acercarse a ellos.

68.3. En una ocasión fueron a verlo unos seguidores insensatos de Arrio¹⁵⁹. Los interrogó, y tras saber que eran impíos, los expulsó de la montaña, diciendo que sus palabras eran peores que las serpientes.

Harmless, sj, *Desert Christians. An Introduction to the Literature of Early Monasticism*, New York, Oxford University Press, 2004, pp. 11-12 (citado en adelante como Harmless).

158 Herejía gnóstica fundada por Mani (216-277), con elementos de cristianismo, budismo y otras religiones. Proclamaba, entre otras cosas, una dualidad cósmica. En Egipto se hallaron testimonios de su actividad. Cf. *Cuadernos monásticos* n. 33-34, p. 232, nota 68; Harmless, pp. 431-436.

159 La herejía iniciada por Arrio, sacerdote libio residente en Alejandría, puede resumirse en cuatro proposiciones: solamente Dios Padre es Dios, el Hijo fue creado, el Hijo fue de la nada, hubo un tiempo en el que el Hijo no era. Fueron rebatidas por el Concilio de Nicea (325): Cristo es verdadero Dios, procedente del Padre que es verdadero Dios; Cristo fue engendrado (es Hijo), no creado (no es criatura); Cristo fue engendrado de la misma naturaleza del Padre, es consustancial con el Padre; no hubo un tiempo en el que el Hijo no era. Antonio condena las proposiciones

68.3. Cuando en una ocasión se llegaron hasta él los arrianos en la montaña, los escrutó, percibió sus palabras y después que supo que eran arrianos, los echó de la montaña con vehemencia. Pues decía que sus palabras eran peores que las serpientes.

68.8-10. Pues, al llegar ciertos discípulos de Arrio, tras descubrir después de un examen su infidelísima secta, los expulsó del monte diciendo que sus conversaciones eran mucho peores que las serpientes.

Antonio condena públicamente en Alejandría a los arrianos

69.1. En una ocasión los arrianos mintieron y (dijeron) que Antonio pensaba como ellos. Al oír esto, se indignó y se asombró.

69.1. En una ocasión los arrianos mintieron, y decían: “Así piensa Antonio, igual que nosotros”. Oyendo esto se indignó y se admiró.

69.1-2. Mas cuando alguna vez los arrianos dijeron falsamente que Antonio tenía la misma creencia que ellos, admirado él de su audacia y conmovido por una ira de justo dolor.

69.2. Después, llamado por los obispos y por todos los hermanos, bajó de la montaña y fue a Alejandría¹⁶⁰, y condenó públicamente a los arrianos, diciendo que su herejía es la última y precursora del Anticristo.

arrianas en el párrafo siguiente (§ 69). Cf. *Cuadernos Monásticos* n. 33-34, p. 232, nota 68; Harmless, pp. 23-30.

160 Posiblemente, este episodio deba colocarse en julio 338 (¿o en 337?). La postura claramente antiarriana de Antonio es recordada por *abba* Sisoos: «Unos arrianos fueron a ver a *abba* Sisoos en la montaña de *abba* Antonio, y comenzaron a hablar contra los ortodoxos. El anciano no les respondió, pero llamando a su discípulo le dijo: “Abraham, trae el libro del bienaventurado Atanasio, y léelo”. Y ellos se callaron, y fue conocida su herejía. Él los despidió en paz» (Sisoos 25; *Apotegma de la Colección alfabética griega*). Sisoos habitó primero en Escete, dejando este desierto después del 356, en el momento en que comenzaba a poblarse. Se instaló entonces en el *mons Antonii* donde pudo encontrar, en cierta medida, la soledad que tuvo Escete en sus inicios. Vivía con Abraham, su discípulo. Después, siempre en compañía de Abraham, fue a instalarse en Clysmá. Era ya anciano, y sin duda fue allí que murió. Aunque nunca vio a Antonio en vida, sin embargo, trató de vivir conforme a su ejemplo. A punto de morir, vio en una visión a Antonio que venía a buscarlo (cf. Sisoos 14); ver SCh 387, pp. 49-50; y SCh 400, p. 317, nota 1.

69.2. Y después de esto, llamado por los obispos y todos los hermanos, descendió de la montaña y fue a Alejandría; y desaprobó a los arrianos diciendo que eran los últimos herejes, precursores del Anticristo.

69.2-5. Y por pedido de los obispos y todos los hermanos, descendió a Alejandría. Allí condenó a los discípulos de Arrio en un sermón público, afirmando que esta era la última herejía, precursora del Anticristo.

69.3. Enseñaba al pueblo que el Hijo de Dios no era una criatura ni había sido creado de la nada, sino que era eterno, Verbo y Sabiduría de la sustancia del Padre.

69.3. Enseñaba al pueblo que el Hijo de Dios no había sido creado de la nada, como ellos decían, sino que propiamente era el Hijo del Padre, nacido de la sustancia del Padre, y que era la Sabiduría.

69.6-7. Predicaba en el pueblo que el Hijo de Dios no era una criatura, no a partir de la nada inexistente, sino que era propio del Padre y de una sola sustancia con Él.

69.4. «Por eso, decía, es una impiedad decir que hubo un momento en que no existía, pues el Verbo siempre ha existido junto al Padre¹⁶¹. Por tanto, no tengan trato alguno con los impíos arrianos.

69.4. “Por lo cual es una impiedad decir que hubo un tiempo en que no existía. Porque siempre estaba el Verbo (*Sermo*) con el Padre. Por eso no deben tener ninguna comunicación con esos impíos arrianos.

69.7-11. De modo que no parecía una criatura ni tampoco una adopción o un llamado, diciendo que era impío incluso concebir con la mente “hubo un tiempo en el que no era”, pues el Verbo, que es siempre Dios, es coeterno con el Padre porque procede del Padre que siempre es. Por esto decía: “No tengan ningún vínculo con los arrianos.

69.5. “Porque no hay unión entre la luz y las tinieblas”¹⁶². Porque ustedes ciertamente son cristianos piadosos. Pero ellos, que, afirman que el

161 Cf. Jn 1,1.

162 2 Co 6,14.

Hijo nacido del Padre, el Verbo de Dios, es una criatura, en nada se diferencian de los paganos, adorando a la criatura en lugar de a Dios Creador¹⁶³.

69.5. Pues no hay ninguna comunicación de la luz con las tinieblas. Y ustedes sean siempre piadosos cristianos. Aquellos, en cambio, que dicen que es criatura el que ha nacido del Padre y es el Verbo de Dios, en nada se diferencian de los paganos que sirven a las criaturas postergando al Dios creador.

69.11-15. *“¿Pues qué unión hay entre la luz y las tinieblas?”. Ustedes son cristianos fielmente creyentes. Ellos, al decir que el Verbo Hijo, que procede de Dios Padre, es una criatura, no se separan en ningún punto de los paganos, que “sirvieron a la criatura más que al Creador, el cual es bendito por los siglos”.*

69.6. Crean que también toda la creación se indigna contra ellos, que enumeran entre las cosas creadas al Creador y Señor del universo y en el que todas las cosas han sido hechas».

69.6. Crean, en cambio, que también toda criatura se indigna y se aíra contra ellos, puesto que enumeran entre los seres creados al Señor que creó todo y por quien todas las cosas han sido hechas”.

69.15-19. *Créanme, los mismos elementos se inflaman contra la locura arriana y toda criatura gime, según la palabra del Apóstol¹⁶⁴, porque ve que su Señor, por quien y en quien todas las cosas fueron hechas¹⁶⁵, es añadido a ellas.*

Todos admiraban a Antonio

Esa fascinación que provocaba el santo *Abba* no procedía únicamente del ámbito de los cristianos, que comulgaban con él respecto de la fe en la divinidad del Hijo de Dios, sino también de los paganos. Estos lo consideraban “un hombre de Dios”

163 Cf. Rm 1,25.

164 Cf. Rm 8,22.

165 Cf. Rm 11,35.

Y durante su permanencia en Alejandría fueron muchos los que pasaron del paganismo a la fe cristiana. Acercándose a Antonio para tocarlo y recibir una gracia de él.

“La revolución religiosa de la antigüedad tardía (siglos III y IV) fue encendida por el hombre santo, en tanto que éste significaba el paso del poder espiritual de la comunidad tradicional y sus instituciones a agentes humanos individuales”¹⁶⁶.

Antes de la aparición del hombre santo (pagano o cristiano) en escena el acceso a lo divino estaba abierto. En cambio, después se produce un cambio notable: el acceso a lo sobrenatural era posible solo a un selecto grupo de pocos, en quienes la santidad personal era demostrable y visible. Una posible casual intimidad con lo divino ya no era posible, porque el poder espiritual quedaba ahora confinado al elegido. El hombre santo se convirtió así en el camino que une el cielo con la tierra: “El hombre santo es una revelación divina”¹⁶⁷.

La disponibilidad de san Antonio a los requerimientos que se le hacían recuerda la actitud de Jesús ante las multitudes que se acercaban a Él (cf. Mt 4,25; 9,36; Mc 1,32-34; 3,7-10; Lc 6,17-18).

70.1. Todo el pueblo se alegraba al oír que la herejía que combate a Cristo era anatematizada por un hombre como él, y toda la ciudad corría para ver a Antonio.

70.1. Y todos los pueblos se alegraban oyendo que un hombre tal anatematizaba la herejía de los arrianos. Y todos los habitantes de la ciudad corrían a ver a Antonio.

70.1-4. No puede decirse cuánto fortaleció en la fe la prédica de este hombre tan grande a las multitudes. En verdad se alegraban de que la herejía enemiga y hostil a Cristo fuera anatematizada por una columna de la Iglesia. En aquella ocasión ninguna edad, ningún sexo permaneció en su casa.

166 Robert Kirschner, *The vocation of holiness in Late Antiquity*, en *Vigiliae Christianae* 38 (1984), p. 105.

167 *Ibid.*, p. 120.

70.2. También los paganos y sus pretendidos sacerdotes, acudían a la Casa del Señor diciendo: “Queremos ver al hombre de Dios”. Pues así lo llamaban todos. Y allí también el Señor purificó de los demonios por medio de él a muchos y curó a los que estaban enfermos en la mente.

70.2. También los paganos que se decían sacerdotes, iban a la iglesia, rogando y diciendo: “Queremos ver al hombre de Dios”. Pues así lo llamaban todos. Y también en esa misma ciudad el Señor curó a muchos, por su intermedio, que estaban atormentados en su mente por los demonios.

70.4-10. Callo sobre los cristianos. Los paganos y los mismos sacerdotes de los ídolos acudían volando al templo diciendo: “Rogamos ver al hombre de Dios”, porque este era el sobrenombre de Antonio entre todos. Y pedían insistentemente tocar una vez los flecos de su vestido¹⁶⁸, creyendo que incluso el tocarlo les aprovecharía mucho. ¡Cuántos fueron liberados entonces de la posesión diabólica y de varias enfermedades! ¡A cuántas estatuas se les arrebataron los trofeos!

70.3. Muchos, incluso paganos, pedían solo tocar al anciano, creyendo recibir un beneficio. En esos pocos días ciertamente muchos se hicieron cristianos, más de los que uno ve que se convierten en un año.

70.3. Muchos, incluso los paganos, pedían poder tocarlo, creyendo recibir provecho; y así muchos en esos pocos días se hicieron cristianos, tantos cuantos alguien pueda estimar se harían (cristianos) en un año.

70.10-13. ¡Cuántos gentiles también, arrepentidos de su error, se unieron a nuestro rebaño! Tantos, en verdad, que la conversión desde la superstición de los ídolos de unos pocos días fue superior a la multitud de creyentes en todo el año.

70.4. Cuando algunos pensaban que era molestado por la multitud y por esto lo alejaban de todos, él tranquilo decía: “No son más numerosos que aquellos contra los que lucho en la montaña, los demonios”.

70.4. Cuando alguno trataba de alejar a la multitud de él, y decía que la multitud lo turbaba, él con ánimo tranquilo decía: “¿Acaso estos muchos podrán ser más numerosos que los demonios contra los que lucho en la montaña?”.

168 Cf. Mt 14,36.

70.13-18. *Además, como los acompañantes de Antonio rechazaban a la multitud que irrumpía pensando que el amontonamiento de gente sería cansador para él, este mismo decía con ánimo tranquilo: “¿Acaso esta reunión es más grande que las multitudes de demonios? ¿Acaso la muchedumbre de seguidores es más numerosa que de nuestros enemigos en el monte?”*

Curación de una endemoniada

El final del capítulo precedente es ahora ilustrado luminosamente con la curación que realiza el “hombre de Dios”.

Se trata de una niña atormentada por el demonio, que san Antonio accede a sanar, en camino ya de regreso a su amada montaña interior.

De nuevo, es un milagro que se realiza invocando el nombre de Cristo y en estrecha sintonía con los relatos evangélicos en que el Señor Jesús libera a quienes son víctimas del Maligno (cf. Mt 9, 32-33; 12,22; Mc 9,18-20; Lc 11,14).

71.1. Cuando partió y nosotros lo acompañamos¹⁶⁹, al llegar a la puerta de la ciudad, una mujer detrás de nosotros gritaba: “Hombre de Dios, espera, mi hija es terriblemente atormentada por un demonio. Espera, te ruego, para que yo corriendo no me haga daño”.

71.1. Cuando caminaba para irse de allí, lo conducíamos hasta la puerta de la ciudad, y una mujer detrás nuestro clamaba diciendo: “Espera, hombre de Dios, porque mi hija está gravemente atormentada por un demonio. Espera, te ruego, no sea que corriendo también yo esté en peligro”.

71.1-4. También sucedió que, al seguirlo nosotros hasta la puerta cuando regresaba, cierta mujer gritaba a su espalda diciendo: “Espera, hombre de Dios. Mi hija es atormentada por un demonio terrible. Espera, te lo suplico. Espera, no sea que yo también muera por correr”.

169 Este plural y el que se lee en el párrafo siguiente (71.2) plantean el problema de saber de quién Atanasio recibió esta información. ¿Pudo haber sido Serapión el personaje en cuestión? Cf. SCh 400, p. 319, nota 2.

71.2. Al oír la el anciano y rogado por nosotros, accedió a esperar. Cuando la mujer se acercó, la niña cayó a tierra. Entonces Antonio rogó e invocó a Cristo, y la niña se levantó sana, pues el demonio inmundo fue expulsado.

71.2. El anciano al oír la y rogado por nosotros, aceptó esperarla. Cuando la mujer se aproximó, la madre arrojó por tierra a la niña. Antonio oró e invocó a Cristo, y la niña se levantó sana, (habiendo sido) expulsado el espíritu inmundo.

71.4-9. Al oír esto, el admirable anciano, advertido por nosotros, pero queriéndolo también él mismo, se detuvo por un momento. Como, cuando la mujer se acercaba, la joven yacía derribada, él oró en silencio a Jesús y ante su nombre el espíritu impuro salió en seguida¹⁷⁰. La joven quedó sana, el pueblo se iba en alabanzas a Dios, la madre en gozo.

71.3. La madre bendecía a Dios, y todos daban gracias. Y él regresaba gozoso a la montaña como a su propia casa¹⁷¹.

71.3. La madre bendecía al Señor Dios y todos daban gracias. Y él, sin embargo, yendo hacia la montaña, se alegraba como si fuera a su propia casa.

71.9-10. Mas él se alegraba porque regresaba a la ansiada soledad.

Discusión con dos filósofos paganos

Comienza en este capítulo una extensa sección dedicada a poner de manifiesto la peculiar sabiduría de san Antonio.

La sección que aquí se inicia, y que se extiende hasta el capítulo 80, es, a mi parecer, la menos antoniana de la VA. Lo cual, en cierto modo, ya fue puesto de relieve por G. J. M. Bartelink¹⁷².

El encuentro con los sabios griegos está impregnado de los argumentos tratados por Atanasio en sus dos obras apologéticas: *Contra los paganos*; *Sobre*

170 Cf. Mt 15,22-28.

171 Lit.: Y él partía de viaje hacia la montaña, como hacia la propia casa.

172 SCh 400, pp. 36-37.

la encarnación del Verbo. Motivo por cual el desarrollo ya no está centrado ni en la figura del santo, ni en sus enseñanzas sobre la vida monástica, ni tampoco en su tenaz lucha contra el Maligno.

Toda la escena pasa a ser ocupada por el desarrollo de argumentos que hoy podríamos calificar como de teología fundamental.

Asistiremos a tres encuentros con filósofos paganos/griegos. Los dos primeros son bastante breves, un capítulo cada uno (caps. 72 y 73). En cambio, el tercero es llamativamente extenso: capítulos 74-80.

En este último diálogo se advierte de un modo muy significativo la impronta de Atanasio.

El capítulo presente señala lo siguiente:

- Antonio poseía gran sabiduría, a pesar de no haber realizado lo que hoy llamaríamos estudios superiores;
- los visitantes son recibidos en la montaña exterior;
- sus interlocutores son invitados a convertirse al cristianismo, a abrazar la necesidad de Cristo crucificado (cf. 1 Co 1,23. 27);
- los demonios temían al santo monje.

72.1. Tenía una gran sabiduría; y, lo que es admirable, sin haber aprendido las letras; era sagaz e inteligente.

72.1. Era singularmente sabio, y, lo que es admirable, no conocía las letras, pero comprendía y sabía como ningún otro hombre de esa nación.

72.1-2. Era muy sabio y tenía esto de admirable en sí mismo, que, aunque no hubiese aprendido las letras, era un hombre inmutable y manso.

72.2. En una ocasión fueron a él dos filósofos paganos creyendo poder poner a prueba a Antonio¹⁷³. Él estaba en la montaña exterior.

173 Cf. Evagrio Pónico, *Tratado práctico* 92: «Uno de los sabios de aquel tiempo fue a ver al justo Antonio y le preguntó: “¿Cómo puedes vivir, ¡oh padre!, privado del consuelo de los libros?”. Antonio le respondió: “Mi libro, ¡oh filósofo!, es la naturaleza de los seres, y está presente cuando quiero leer las palabras de Dios”». Ver también la *Colección sistemática de Pelagio y Juan*, 21,16

72.2. En una ocasión, en efecto, fueron a verlo dos filósofos paganos, que creyeron poder poner a prueba a Antonio. Él estaba en la montaña exterior, junto al río.

72.3-4. En efecto, una vez fueron hasta Antonio dos filósofos gentiles creyendo que podían engañarlo. Estaba en el monte exterior.

72.3. Entendiendo por sus rostros quiénes eran esos hombres, salió a su encuentro y les dijo por medio de un intérprete: “Filósofos, ¿por qué se fatigan viniendo a un hombre necio?”.

72.3a. Pero por sus rostros comprendió qué hombres (eran), y, saliendo, por medio de un intérprete les dijo: “¿Por qué tanta molestia, oh filósofos, para venir a ver un hombre necio?”.

72.5-7. Cuando los vio, se dio cuenta de que eran paganos por su rostro y, avanzando hacia ellos, empezó a hablar así por medio de un intérprete: “¿Por qué unos sabios quisieron molestarse en venir tan lejos hasta un hombre tonto?”.

72.4. Ellos respondieron que no era necio, sino muy sabio. Les dijo: “Si vienen junto a un necio, es vana la fatiga de ustedes; pero si piensan que soy sabio, háganse como yo¹⁷⁴. Porque es necesario imitar lo bueno¹⁷⁵.”

72.3b. Pero ellos respondieron que no era necio, sino sabio.

72.4. Él les dijo: “Entonces, si, como dije, han venido a verme como a un necio, el esfuerzo de ustedes es superfluo y vano. Pero si han venido a ver a un sabio, como creen, imítenme. Porque es necesario imitar las cosas buenas.

72.7-11. Al decir ellos que él no era tonto sino sabio por demás, respondió con lucidez: “Si ustedes han venido hasta un tonto, vana es su fatiga. Pero si creen que soy sabio y la sabiduría es un bien, imiten lo que aprueban, porque es conveniente imitar las cosas buenas.

72.5. Si yo hubiera ido hacia ustedes, los habría imitado. Pero ya que han venido a mí, háganse como yo¹⁷⁶: puesto que yo soy cristiano”. Y

(4,16 en PL 73,1018 B-C).

174 Cf. Ga 4,12.

175 Cf. 3 Jn 11.

176 Cf. Ga 4,12.

se marcharon admirados, pues veían que incluso los demonios temían a Antonio.

72.5. Pues si yo fuera hacia ustedes, tal vez los imitaría a ustedes. Pero como ustedes vinieron a mí, sean como yo: puesto que yo soy cristiano”. Aquellos oyendo esto se retiraron admirados. Pues vieron que también los demonios le temían.

72.11-14. Si yo hubiese acudido a ustedes, los imitaría, pero como ustedes han venido a mí como ante un sabio, sean como yo soy, cristianos”. Los filósofos se retiraron admirando tanto la agudeza de ingenio como las expulsiones de demonios.

Sabiduría de Antonio

El segundo encuentro con otros filósofos que fueron a visitarlo, empieza con la propuesta de un acertijo, que asombra y sorprende a los especialistas que pensaban burlarse del monje.

Este diálogo también tiene lugar en la montaña exterior. Y la impresión que causa Antonio en sus visitantes es de admiración. Además, dice la VA, impresionan su amabilidad, sociabilidad y su “palabra salerosa”.

La forma de ser de Antonio a nadie le causaba algún mal, todo lo contrario, todos se alegraban.

73.1. De nuevo, otros semejantes a éstos fueron a verlo en la montaña exterior, y pensaron burlarse de él porque no había aprendido las letras. Pero Antonio les dijo:

73.1.Y de nuevo unos filósofos semejantes a aquellos fueron a verlo cuando estaba fuera (de la montaña), y casi se burlaban de él porque desconocía las letras.

73.1-2. De modo semejante, también a otros sabios del mundo que querían reírse de él porque ignoraba las letras.

73.2. “¿Qué dicen? ¿Qué es anterior, la mente o las letras? ¿O, quién (es) causa del otro, la mente de las letras o las letras de la mente?”

73.2a. Pero Antonio les dijo: “Ustedes, ¿qué dicen? ¿Qué es antes, la mente o las letras? ¿O cuál es el autor o el inventor, la mente de las letras, o las letras de la mente?”

73.2-4. Y los enredó en esta disputa diciendo: “Respóndanme qué está primero, ¿el sentido o las letras? ¿Y cuál de los dos es principio del otro: el sentido de las letras, o las letras nacen del sentido?”

73.3. Ellos dijeron que la mente es anterior a las letras, y ella las ha inventado. Antonio dijo: “El que tiene la mente sana, no necesita las letras”. Esta respuesta dejó estupefactos a los presentes y a éstos. Se marcharon entonces admirados de tan gran inteligencia en un hombre iletrado¹⁷⁷.

73.2b. Ellos dijeron que la mente está primero que las letras, y que la misma mente también las ha inventado.

73.3. Y Antonio dijo: “Por tanto, mientras la mente está sana y constituida según su naturaleza, no necesita las letras”. Oyendo esto, empezaron a admirarse los mismos que habían ido a verlo y los circunstantes, porque veían tal entendimiento en un hombre iletrado que llamaban (en griego) *idiota*.

73.4-9. Al afirmar ellos que el sentido es el que inspira y hace hallar las letras, dijo: “Entonces aquel para quien el sentido está intacto no necesita las letras”. Después de esta lección, ¿quién de los presentes, quedando estupefactos hasta los mismos que fueron vencidos, no lanzó una exclamación admirando tanta sagacidad de mente en el dominio de las letras?

73.4. Porque no tenía los modales toscos de un hombre que se ha criado en la montaña y que ha envejecido en ella, sino que era amable y sociable, y su palabra estaba sazónada con sal divina¹⁷⁸, de manera que nadie le tenía envidia, sino que todos los que lo visitaban se alegraban por él.

73.4. Pues no tenía costumbres feroces (este) hombre que había vivido hasta la senectud en la montaña, sino que era muy agradable e ingenioso, y su

177 Cf. Hch 4,13.

178 Cf. Col 4,6.

palabra esta condimentada con la sal divina. A nadie envidiaba, sino que se alegraba mucho por todos los que lo visitaban. Que regresaban con alegría.

73.9-13. Y, en efecto, no era salvaje y rígido como quien se ha movido en la soledad y en los montes y ha pasado allí mismo toda la vida, sino que, agradable y afable, daba una conversación sazonada con divina sal, siguiendo el precepto del Apóstol, de modo que estaba libre de antipatía y se ganaba el afecto de todos.

La Mente suprema y el Alma

El tercer encuentro es el más extenso y está centrado sobre en el tema de la fe de los cristianos.

El punto de partida es la solicitud que le hacen a Antonio respecto de la motivación de “nuestra fe en Cristo”.

Antonio les deja hablar, comunicándose con sus interlocutores por medio de un intérprete. Luego, comienza a presentarles sus argumentos: la cruz de Cristo, la Encarnación del Verbo de Dios, la salvación que Él nos trajo, nuestra participación en la naturaleza divina. Estos son los temas brevemente tratados en este capítulo 74.

74.1. Sin duda, después de esos hechos, de nuevo fueron otros a visitarlo -ellos eran de los que entre los griegos eran considerados sabios- y le pidieron la razón de nuestra fe en Cristo.

74.1. Después de eso en cierta ocasión de nuevo fueron a verlo dos hombres que eran considerados famosos en filosofía entre los griegos. Exigían de él la razón de nuestra fe, que está en Cristo.

74.1-45. Entre estos sucesos, como si fuese poco que la gentilidad hubiera sido superada dos veces, en tercer lugar, vinieron también unos hombres cegados por la nube de toda la prudencia secular y muy instruidos en todas las artes de la filosofía según la valoración de los suyos. Ellos le exigieron razón de la fe que tenemos en Cristo.

74.2. Intentaban emplear silogismos a propósito del *kerygma* de la divina cruz y querían burlarse de él. Primeramente, Antonio se retuvo un poco, compadeciéndose por su ignorancia, y después, por medio de un intérprete, que traducía fielmente sus palabras, dijo:

74.2. Intentaban sorprenderlo con silogismos. Él por un cierto tiempo calló y experimentó compasión por la miseria de la ignorancia de ellos; y después les dijo por medio de un intérprete, que sabía interpretar muy bien sus palabras:

74.5-9. Con un astuto interrogatorio de sofismas, intentaron burlarse de él a causa de la divina cruz, él primero se compadeció de su error en silencio conteniendo un poco la voz, luego comenzó un discurso por medio del intérprete que solía transmitir eficientemente sus palabras en griego, diciendo:

74.3. “¿Qué es más bello, confesar la cruz o atribuir adulterios y corrupciones de niños a aquellos que llaman dioses? Porque entre nosotros hablar (de la cruz), es signo de valor y prueba de desprecio a la muerte; en cambio, sus relatos están llenos de pasiones vergonzosas.

74.3. “¿Qué es mejor, creer en la cruz, o aplicar adulterios y corrupciones de niños a los que se dicen dioses entre ustedes?” Puesto lo que entre nosotros se dice sobre la cruz, es indicio de la virtud, y ejemplo para el desprecio de la muerte. En cambios, los relatos de ustedes están llenos de lascivia.

74.9-12. “¿Qué es más bello o qué más honorable: rendir culto a la cruz o a los adulterios, atribuir el parricidio o el incesto a quienes ustedes rinden culto, pues en uno el desprecio de la muerte es insignia de las virtudes, en el otro una religión indecente es maestra de obscenidad?

74.4. Luego, ¿qué es mejor, decir que el Verbo de Dios no erró, sino que permaneciendo el mismo, tomó un cuerpo humano para la salvación y el bien del género humano, para que, participando de un nacimiento humano, hiciera partícipes a los hombres de la naturaleza divina y espiritual¹⁷⁹,

74.4. Pero el Verbo de Dios, que siempre es Verbo, sin experimentar mutación, sino permaneciendo (siempre) el mismo, para salvación y beneficio del género humano, asumió un cuerpo humano para que, por medio de la comunicación con la humana natividad nos hiciera compartir la propiedad divina e inteligible de aquella.

179 Cf. 2 P 1,4. Ver Atanasio de Alejandría, *De incarnatione* 54,3.

74.12-15. *¿Qué es mejor: decir que el Verbo de Dios, permaneciendo como era, tomó sobre sí un cuerpo humano por nuestra salvación, de modo que compartiendo la mortalidad nos llevara al cielo y nos hiciera partícipes de la naturaleza celestial?*

74.5. o bien, hacer a Dios semejante a los seres privados de razón¹⁸⁰, y dar culto a animales cuadrúpedos, reptiles y figuras humanas¹⁸¹? Pues estos son los objetos que adoran ustedes, los sabios.

74.5. *¿O se debe representar al Señor como irracional, para adorar cuadrúpedos, reptiles e imágenes humanas? Pues estos son los objetos del culto de ustedes, que dicen ser sabios.*

74.15-17. *¿O, como ustedes mismos afirman, someter el soplo de mente divina a la veneración de bienes terrenales y encerrar el nombre celestial en formas de bestias y serpientes?*

74.6. ¿Cómo se atreven a reírse de nosotros, porque afirmamos que Cristo se ha manifestado como un hombre, cuando ustedes separan de la Mente suprema el Alma y dicen que ha errado y ha caído de la bóveda de los cielos en un cuerpo?

74.6. *¿Cómo se atreven a reírse de nosotros, que decimos que Cristo apareció como un hombre, cuando ustedes separan aquella Mente suprema del Alma, y dicen que por eso el Alma andaba errante, y caída del ábside celestial vino a un cuerpo?*

74.18-21. *¿Con qué descaro se atreven a burlarse de la creencia de los cristianos que decimos que Cristo es Hijo de Dios sin detrimento de sí mismo, y comenzó a ser lo que no era y permaneció en lo que había sido, cuando ustedes mismos, haciendo descender el alma desde las moradas celestiales,*

74.7. ¡Ojalá con estas afirmaciones tan solo digan que cambió y cayó en hombres y no en animales cuadrúpedos y en reptiles¹⁸²! Nuestra fe afirma

180 Cf. Hch 17,29.

181 Cf. Rm 1,23. Antonio alude a la creencia antigua en la preexistencia del alma y en la metempsicosis o reencarnación, representadas en el mundo griego por el pitagorismo, el orfismo, Platón, el gnosticismo y el neoplatonismo. Antonio parece responder a argumentos del neoplatónico Plotino. Cf. Meyer, *op. cit.*, p. 130, n. 251.

182 Cf. Rm 1,23.

que Cristo ha venido para salvar a los hombres, ustedes, en cambio, narran el extravío del alma increada.

74.7. Y ojalá que diciendo esto solo afirmaran que cayendo aquella alma entrara en el cuerpo de los hombres, y no en el de los cuadrúpedos y reptiles. Porque nuestra fe sostiene que la venida de Cristo se realiza por la salvación del género humano.

74.8a. Pero ustedes narran las peregrinaciones del Alma increada.

74.21-24. suelen envolverla en cuerpos no solo de hombres sino tanto de serpientes como de bestias? La creencia cristiana da testimonio de que su Dios vino para salvación del mundo, mas ustedes predicando el alma increada¹⁸³ la transportan de aquí para allí.

74.8. Nosotros pensamos en el poder y en el amor de la Providencia por el hombre; porque esto no es imposible a Dios¹⁸⁴.

74.8b. Nosotros creemos en la fuerza y el amor que ha mostrado al género humano la divinidad. Porque esto no era imposible para Dios.

74.24-27. La fe cristiana, que venera la omnipotencia y la clemencia de Dios, dice consecuentemente que la encarnación de Dios fue posible, sin embargo, de modo tal que el dignarse no debilitó la dignidad.

74.9. Pero, ustedes, afirmando que el Alma es imagen de la Mente suprema, le atribuyen caídas, y en sus mitos se encuentra sujeta a cambios y además también introducen, por (el extravío) del Alma, el cambio en la Mente suprema.

74.9. En cambio, ustedes aseverando que el Alma es imagen de aquella Mente suma, le atribuyen errores y caídas, y cuando la consideran mudable en sus fábulas, también dicen que la misma suma Mente es mutable.

74.27-31. Ustedes, que proclaman que un alma permanente cayó vergonzosamente de la esplendísimas fuente de Dios, que osan afirmar que es mutable y convertible después de su disminución, ya aventuran con lengua impía

183 Es el “Alma del mundo”, tercer elemento de la tríada de Plotino. Cf. Meyer, p. 131, n. 253.

184 Cf. Mc 10,27; Lc 18,27.

que aquella naturaleza es también señora de los siglos a través de las injurias del alma.

74.10. Si tal es la imagen, tal es necesariamente aquel del que es imagen. Y cuando consideran tales cosas sobre la Mente suprema, piensan que blasfeman contra el Padre de la Mente suprema.

74.10. Pues como dicen que es la imagen, que afirman increada, necesariamente también así es el ser, del cual el Alma es imagen. Y cuando estiman tales cosas sobre la Mente, consideren que blasfeman del mismo Padre de la Mente.

74.31-36. En efecto, la imagen¹⁸⁵ que según ustedes retiene una semejanza natural con su autor, la que tiene una misma sustancia con aquel desde el cual proviene, remite en consecuencia sus propias bajezas e injurias a su origen. Así pues, adviertan que por medio de la blasfemia de ustedes las injurias de las almas recaen sobre su padre, como lo llaman¹⁸⁶.

La gloria de la cruz

Mediante el recurso a un argumento que ya encontramos entre los Apologistas del siglo II, se pone de relieve la diferencia que hay entre las Escrituras divinamente inspiradas y las fábulas y mitos paganos.

El misterio pascual, con alusión incluso a la resurrección, y las acciones portentosas realizadas por Jesús, pone de manifiesto que Él era el Hijo de Dios, que se encarnó para salvar a la entera humanidad.

La injusticia del paganismo reside en su incapacidad de hacer una sincera autocrítica, y advertir lo absurdo de la mitología, que ni siquiera puede considerarse sabiduría humana.

185 Es el “Noys” o Inteligencia, segundo elemento de la tríada de Plotino (*Enéadas* 5,1,3. 7). Cf. Meyer, p. 131, n. 255.

186 El padre de la inteligencia es el “Uno”, primer elemento de la tríada de Plotino. Cf. Meyer, p. 131, n. 256.

75.1. Sobre la cruz, ¿qué se puede decir mejor: sufrir la cruz a causa de las insidias de los malvados y no temer la muerte, fuera cual fuera,

75.1. ¿Sobre la cruz que se puede decir mejor, sino que, cuando hombres malvadísimos atacaron a Cristo, Él soportó la cruz y no temió la muerte, cualquiera que ella fuera, que le causaban los hombres?

75.1-3. Se nos reprocha la cruz de Cristo, nuestro Señor. Pregunto, ¿cuál es aquí la obscenidad de la religión? ¿Acaso no es preferible soportar pacientemente la cruz o la muerte de cualquier clase traída por hombres injustos,

75.2. o (contar) los mitos de los descarríos de Osiris y de Isis¹⁸⁷, las insidias de Tifón, y la fuga de Cronos, los hijos devorados y los parricidios¹⁸⁸? Esta es la sabiduría de ustedes.

75.2. En cambio, ustedes cuentan, como si eso fuera una gloria, en sus fábulas, las peregrinaciones de Isis y Osiris, las insidias de Tifón contra ellos; la huida de Saturno, cómo devoró a sus hijos y mató al padre. Porque esta es la sabiduría de ustedes.

75.4-15. antes que lamentarse por las errantes e inciertas correrías de Isis tras Osiris? Por favor, ¿a ustedes les darían vergüenza las insidias de Tifón, les daría vergüenza la huida de Saturno y el muy cruel acto de devorar a sus hijos? ¡Avergüéncense del parricidio y del incesto de Júpiter! ¡Avergüéncense de su rapto y de su unión con mujeres y con muchachos! Él, como inventan los poetas, dio en el amor blandos suspiros para complacer el furor de un apetito inagotable: él se derramó en el seno de Dánae¹⁸⁹, siendo él mismo amante y

187 Según creencias egipcias adoptadas por los griegos, el dios Osiris fue asesinado por su hermano Tifón, quien arrojó el cuerpo al Nilo. Isis, esposa del primero, halló el cuerpo, pero Tifón lo desmembró en catorce partes y las esparció. Isis logró reunir trece partes y las enterró. Cf. Meyer, p. 232, n. 159.

188 En la mitología griega, el dios Saturno o Cronos destronó a su padre Urano. Se le profetizó que un hijo lo destronaría a su vez. Saturno devoró a casi todos sus hijos excepto a Júpiter o Zeus, quien fue salvado por su madre Rea y finalmente cumplió la profecía derrocando a su padre. Júpiter destronó a su padre y lo encerró en el Tártaro, el abismo más profundo de los infiernos. Se casó con su hermana Juno o Hera, a quien le fue infiel en incontables ocasiones. Para las referencias a mitología griega remitimos a Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1989.

189 Según un oráculo, el hijo de Dánae mataría a su propio abuelo. Por esto Acrisio, padre de Dánae, la encerró en una torre. Pero Júpiter se filtró en forma de lluvia de oro y la dejó embarazada. Acrisio puso a Dánae y al recién nacido en una canasta en el mar; los dos sobrevivieron y con el

paga, él cantando como un ave solicitó los abrazos de Leda¹⁹⁰, él, enardeciéndose contra su propio sexo, se apoderó de un muchacho de estirpe real sirviéndose de aves¹⁹¹. Estas cosas creen ustedes, a estas les rinden culto, estos son los adornos de sus templos. Por su propia salvación ruego que sopesen con juicio justo nuestras palabras, ¿debe creerse todo o nada a los libros cristianos?

75.3. Pero, ¿cómo, burlándose de la cruz, no admiran la resurrección¹⁹²? Pues quienes han hablado de una, también han escrito de la otra. ¿O por qué, recordando la cruz, nada dicen de los muertos resucitados, de los ciegos que recobraron la vista, de los paralíticos curados y de los leprosos purificados, del andar sobre el mar, y de todos los demás milagros y prodigios que demuestran que Cristo no era solo un hombre sino Dios?

75.3. ¿Cómo burlándose de la cruz, no admiran la resurrección? En efecto, ¿quién ha hablado de la cruz, quién ha escrito sobre la resurrección? ¿O por qué haciendo memoria de la cruz, callan sobre los muertos que Cristo resucitó, los ciegos a los que les devolvió la vista, los paralíticos que sanó, los leprosos que curó? ¿Y cómo caminó sobre el mar y sobre la tierra, y los demás signos y portentos que, para quien conserva su mente sin pasión, demostrarán que Cristo no era hombre sino Dios?

75.15-21. Si nada, ni siquiera reconocen el nombre de la cruz que desprecian; si deben creerse todas las cosas, ¿por qué, ya que la resurrección es unida a la cruz por los mismos libros, ofenden ustedes la pasión divina con obtuso discurso y no unen enseguida la vista de los ciegos, el oído de los sordos, la marcha de los paralíticos, la purificación de la lepra, el mar que sirve a su Dios que camina, las huidas de los demonios, la resurrección de los muertos y el regreso de los difuntos desde los infiernos?

transcurso del tiempo el oráculo se cumplió.

190 Júpiter se transformó en cisne y, fingiendo huir de un águila, se posó sobre el cuerpo de Leda. Fecundó a la mujer, la cual esa misma noche se unió también a su marido Tindáreo. A raíz de la doble unión Leda puso dos huevos, de cada uno de los cuales salieron dos niños: Pólux y Helena (hijos de Zeus), y Cástor y Clitemnestra (hijos de Tindáreo).

191 Ganimedes, hijo del primer rey de Troya, fue raptado por un águila enviada por Júpiter y fue recibido en el Olimpo como copero de los dioses.

192 Cf. Hch 17,32.

75.4. Me parecen muy injustos, y no han leído sinceramente nuestra Escritura. Léanla y vean que las obras de Cristo demuestran que Él es Dios, que ha venido a salvar a los hombres.

75.4. Me parecen que son muy injustos. O las han leído, pero no han querido considerar que las acciones que realizó Cristo mismo manifiestan que era Dios, que vino para salvar a los hombres.

75.21-25. Todas estas cosas están incluidas en las Escrituras que ustedes dividen y son contenidas por estos mismos volúmenes como testimonio de la majestad y de la muerte. Por esto, desechando el odio del que están empapados, al instante hallarán que, por un lado, Jesús es el Dios verdadero y que, por otro, tomó sobre sí una naturaleza frágil para la salvación humana.

Los paganos atribuyen a la creación el honor del Creador

En continuidad con la argumentación presentada en el capítulo anterior, se insiste en las características indignas de las diosas y los dioses paganos, y en la irracionalidad de las fábulas que defienden los detractores del cristianismo.

Antonio concluye su argumentación preguntando a sus interlocutores si realmente tienen algún motivo de peso para burlarse de la Cruz.

76.1. Pero expóngannos su doctrina. ¿Qué pueden decir sobre los seres privados de razón, sino cosas irracionales y salvajes?

76.1. Hablemos también de sus creencias. ¿Qué tienen para contarnos, o qué tienen para enseñarnos, o qué ganancia obtendremos de esa doctrina de ustedes? ¿Tal vez, quieran hacer de nosotros animales irracionales, como los que ustedes adoran? ¿Acaso quieran darnos una parte de la ferocidad de las bestias?

76.1-3. Sin embargo, cuéntennos sobre su religión si no les da vergüenza. ¿Pero qué cultos podría referir de tanta ferocidad y locura de hechos el error infeliz?

76.2. Pero si, como he oído, quieren decir que hablan de forma mítica y hacen alegorías diciendo que el robo de Cora representa la tierra, la cojera de Hefesto el fuego, Hera el aire, Apolo el sol, Artemisa la luna, y Poseidón el mar, en absoluto dan culto a Dios, sino que adoran a la creación, en lugar de a Dios que ha creado todas las cosas¹⁹³.

76.2. Si, en cambio, como oigo, con sus fábulas quieren alegorizar y decir que Ceres es la tierra, Vulcano rengo el fuego, Juno el aire, Apolo el sol, Diana la luna y Neptuno el mar, y dicen estas cosas con gran soberbia, en modo alguno adoran a Dios, sino a la criatura, olvidando que Él ha creado todas esas realidades.

76.3-9. *A no ser que, como escucho, unan las fabulosas obscenidades, crueldades y muertes de sus dioses a velos alegóricos, considerando ‘tierra’ al rapto de Proserpina, ‘fuego’ al débil cojitrancó Vulcano, ‘aire’ a Juno, ‘sol’ a Apolo, ‘luna’ a Diana, ‘mares’ a Neptuno y ‘éter’ al príncipe de los apetitos, Júpiter¹⁹⁴. Ni después del descaro de esta excusa admiten a Dios sino a las creaturas, despreciado el Creador.*

76.3. Puesto que, si han compuesto tales alegorías porque la creación es bella, entonces deben tan solo admirarla y no divinizar las cosas creadas, para no atribuir a lo que ha sido hecho el honor del Demiurgo.

193 Cf. Rm 1,25.

194 Los elementos representan algún atributo de cada dios. Proserpina fue raptada por Plutón, dios del inframundo. Vivía con él seis meses (otoño e invierno) y regresaba al Olimpo con su madre otros seis meses (primavera y verano). Vulcano trabajaba en la fragua. Juno se asociaba con el arco iris. Apolo era dios del sol y de la profecía, su hermana Diana era diosa de la caza y de la luna. Neptuno era dios del mar. Júpiter era dios del cielo, gobernaba el rayo y el trueno. Esta interpretación alegórica fue aplicada a la mitología especialmente por los estoicos. En ámbito cristiano ver la crítica, entre otros, de Taciano en su *Discurso contra los griegos*, § 21: “Créanme ahora a mí, oh helenos, y dejen de explicar alegóricamente sus mitos y sus dioses. Porque si tratan de hacer eso, sus dioses son destruidos no sólo por nosotros, sino también por ustedes. Porque o los demonios son como ustedes los describen, y entonces son de condición perversa; o, trasladados a un plano más natural, ya no son seres sobrehumanos, como ustedes los presentan; y adorar la sustancia de elementos materiales, ni yo me persuadiría jamás a ello, ni trataría jamás de persuadir a mi prójimo. Metrodoró de Lámpsaco, en su libro sobre Homero, discute con harta necesidad, reduciéndolo todo a alegoría”; ed. M. Whittaker en *Tatian. Oratio ad Graecos and Fragments*, Oxford, Clarendon Press, 2003 (reimpr.), pp. 42-45 (Col. Oxford Early Christian Texts). Cf. Vita, p. 257, 6.

76.3. Pues si compusieron tales alegorías, porque la creación es buena, habrían debido solo admirarla y no llamarla dios o dioses, dando honor solo al Creador de las criaturas.

76.9-12. *Porque si la belleza de los elementos los atrae hacia su veneración, era lícito nada más custodiarlos y convenía solamente admirarlos, pero no rendirles culto, para que la veneración de la obra no fuese ofensa del Creador.*

76.4. Pues de lo contrario, traspasan el honor del arquitecto a la casa que él ha construido¹⁹⁵, y el del general al soldado. ¿Qué dicen a esto, para que sepamos si la cruz merece sus burlas?”.

76.4. Porque si esto fuera así, deberíamos honrar a la casa construida y no a su arquitecto; y el honor lo recibiría el soldado, no su comandante. Por tanto, ¿qué tienen que decir contra esto? Para que sepamos si hay algún motivo de burla contra la cruz”.

76.12-17. *Pues por este razonamiento invertido que siguen pasará el honor del arquitecto a la casa, se atribuirá el conocimiento del médico a los remedios y también se trasladarán los méritos o alabanzas de todos los artífices a sus obras. ¿Qué dicen a estas cosas para que reconozcamos cuál es la ignominiosa confesión de la cruz ridícula para ustedes?*

La fe operante

La argumentación que expone san Antonio se centra en la oposición entre conocimiento por la fe y conocimiento por medio de razonamientos acompañados de silogismos sofísticos. Casiano se hará eco de esta oposición en sus *Instituciones cenobíticas* (12,19):

“Ésta es la auténtica fe de los Padres antiguos, que permanece intacta en poder de los mismos sucesores hasta nuestros tiempos. De esta fe rinden un testimonio indiscutible las virtudes apostólicas que son frecuentemente manifestadas por ellos, no solo ante nosotros, sino también ante los

195 Cf. Hb 3,3-4.

infeles e incrédulos. Ellos, guardando con corazón simple la fe simple de los pescadores, no la concibieron por los silogismos de la dialéctica y la elocuencia ciceroniana, con un espíritu mundano, sino por la experiencia de una vida recta, de una práctica purísima y por la enmienda de los vicios”¹⁹⁶.

77.1. Aquellos hombres, perplejos, se giraban de un lado al otro. Antonio sonrió, y les habló de nuevo por medio de un intérprete: “A simple vista estas ideas pueden ser refutadas.

77.1. Aquellos, oyendo, hesitaban y se daban vuelta hacia uno y otro lado. Viendo lo cual, Antonio sonrió y dijo de nuevo por medio del intérprete: “Estas cosas que he dicho tienen manifiesta demostración.

77.1-4. Como por esta discusión los filósofos cruzaran miradas entre sí y a la vez murmuraran, Antonio sonriendo dijo nuevamente por medio del intérprete: “Ciertamente los elementos, como he recordado, prueban su servidumbre por su mismo aspecto.

77.2. Pero, ya que ustedes se apoyan especialmente en palabras demostradas por la razón¹⁹⁷ y, siendo (expertos) en este arte, no quieren que nosotros adoremos a Dios, sin demostrarlo por medio de razonamientos, díganme primero:

77.2. Pero ya que ustedes prefieren apoyarse sobre un razonamiento con palabras que ofrezca una prueba, y teniendo este arte sostienen que también nosotros no podemos adorar a Dios sin antes haber probado nuestra religión con una demostración de palabras, díganme en primer lugar:

77.4-7. Pero puesto que ustedes deducen todas las cosas necesarias, como lo creen, por la observación dialéctica, nos obligan a afirmar nuestra religión también con este artificio. Respóndanme:

77.3. ¿Las realidades y sobre todo el conocimiento de Dios, cómo se discernen con exactitud, por medio de razonamientos demostrativos

196 Trad. en: *Juan Casiano. Instituciones cenobíticas*, Zamora, Eds. Monte Casino/ECUAM, 2000, pp. 270-271 (Col. de Espiritualidad Monástica, 50). Cf. Vita, p. 258, 23.

197 Lit.: palabras (o razonamientos) apodícticos (o demostrativos).

o por medio de una fe operante¹⁹⁸? ¿Y qué es primero, la fe operante o la demostración por razonamientos?”.

77.3. Las cosas y, sobre todo, el conocimiento mismo de Dios; ¿de qué modo se nos manifiestan, por la prueba verbal, o por un acto de fe? ¿Y qué es primero, la fe que se realiza por una acción, o la prueba que se efectúa por las palabras?”.

77.7-10. ¿Cómo se consiente de forma más evidente el conocimiento de Dios, por la lectura de palabras o por operación de la fe? ¿Y qué es más antiguo, la operación de la fe o la discusión que procede por argumentos?”.

77.4. Y contestaron que primero es la fe operante¹⁹⁹, y que ésta es el conocimiento exacto. Y Antonio les dijo: “Dicen bien²⁰⁰, porque la fe nace de una disposición del alma, y la dialéctica del arte de los que la han compuesto.

77.4. Y ellos dijeron que primero es el acto de fe, y que esta es la verdadera ciencia. Y Antonio les dijo: “Han dicho bien. Por tanto, la fe procede del interior del ánimo. En cambio, la dialéctica tiene su inicio en el arte de quienes la compusieron.

77.10-14. Al responder ellos que la operación es más firme que las palabras y que aquella es un conocimiento claro de Dios, él mismo consintió que habían hablado bien, porque la operación que descende de la fe genera afectos del alma, pero la dialéctica toma inicio de la oposición a partir del artificio de quienes la han compuesto.

77.5. Por consiguiente, para aquellos en que está presente la fe operante, no les es necesaria, o seguramente superflua, la demostración mediante razonamientos.

77.5. En consecuencia, a quienes llevan en sí la fe, que es un acto, a estos no les es necesaria, incluso es superflua, la demostración que se hace por las palabras.

77.14-15. “Por lo tanto”, dijo, “al tener alguien la operación de la fe situada en su alma, será superflua la combinación de palabras.

198 Cf. Ga 5,6; Col 2,12.

199 *Ibid.*

200 Cf. Lc 20,39; Jn 13,13.

77.6. Pues lo que nosotros conocemos por la fe, esto ustedes intentan demostrarlo por medio de palabras²⁰¹, y muchas veces ustedes no pueden expresar lo que conocemos. Por tanto, la fe operante es mejor y más firme que sus silogismos sofisticados.

77.6. Pues lo que comprendemos por la fe, esto ustedes intentan disputarlo con palabras, haciendo algo imposible. Porque a menudo no podemos exponer lo que comprendemos, por donde aparece que es mejor y más firme la fe que tenemos por medio de un acto, que sus silogismos sofisticados.

77.16-19. Por la cual ustedes intentan desarraigar la creencia concebida por nuestro sentido y, sin embargo, a menudo no son capaces de explicar nuestras ideas. Así son más sólidas las obras del alma que la fraudulenta conclusión de los sofismas.

La fuerza de la fe

Misterio (*mysterium; sacramentum*) se refiere aquí al contenido doctrinal de la fe cristiana²⁰².

Nuevamente se insiste en que se trata de un conocimiento de fe, que procede de Dios por medio de Jesucristo. Esto se manifiesta en la Providencia divina omnipresente, y se hace evidente, a los ojos del creyente, especialmente en las obras del Creador.

Se vuelve a resaltar el poder de la Cruz, del Crucificado. Y la virtud de la señal de la cruz, que acaba con toda clase supersticiones y creencias mágicas.

78.1. Nosotros, los cristianos, no hemos recibido el misterio a través de²⁰³ la sabiduría de los razonamientos paganos²⁰⁴, sino por el poder de la

201 O: razonamientos (*logon*).

202 Vita, p. 258, 78,2.

203 Lit.: en la sabiduría...

204 Cf. 1 Co 1,17.

fe²⁰⁵ que nos viene dada de Dios por medio de Jesucristo. Y he aquí la prueba de que decimos la verdad: nosotros, siendo iletrados, creemos en Dios y reconocemos por medio de sus obras²⁰⁶ su providencia en todas las cosas²⁰⁷.

78.1. Nosotros, los cristianos, tenemos el misterio no por la sabiduría de la palabra, sino por el poder de la fe que nos es suministrado por el Señor por medio de Cristo. Y que es verdadera esta palabra que ahora pronunciamos, he aquí que nosotros la aprendimos no en las letras, sino que creemos en el Señor y sabemos, por su creación, que su providencia está presente en todas las cosas.

78.1-6. Nosotros, los cristianos, no tenemos depositado el misterio de nuestra vida en la sabiduría del mundo sino en la fuerza de la fe que nos ha sido otorgada por Dios a través de Cristo²⁰⁸. El orden de los hechos que se producen cada día recomienda la verdad de este mi discurso. A nosotros, inexpertos e ignorantes de las letras de ustedes, nos bastan solo las palabras de Dios para el conocimiento de Él.

78.2. Y que nuestra fe es operante, he aquí la prueba: nosotros nos apoyamos sobre la fe en Cristo, pero ustedes en discursos sofísticos. Y las imágenes de sus ídolos son reducidas a nada, en cambio, nuestra fe se propaga por todas partes.

78.2. Y puesto que nuestra fe es una acción, he aquí que nos sostenemos en la fe en Cristo, pero ustedes confían en los discursos sofísticos y las disputas (que nacen) de ellos. Y ciertamente en la fantasía vacía de los ídolos, que entre ustedes es fe; en cambio, nuestra fe en todas partes se eleva.

78.6-10. He aquí que nosotros, apartados de tantas comunidades de paganismo, nos propagamos cada día por todo el mundo. En cambio, a ustedes, después de la llegada del Señor, les fallaron las intrincadas picardías de los sofismas. He aquí que nosotros derrotamos la idolatría enseñando la fe simple de Cristo y, por la predicación de la ignominiosa cruz, han caído dorados templos.

78.3. Ustedes, con sus silogismos y sofismas, no convencen a nadie a pasar del cristianismo al paganismo; nosotros, en cambio, enseñando la fe en

205 Cf. Rm 4,20; 1 Co 2,5.

206 Cf. Rm 1,20.

207 O: su providencia en todo; o: su providencia universal.

208 Cf. 1 Co 2,7.

Cristo, debilitamos la superstición de ustedes²⁰⁹, porque todos reconocen que Cristo es Dios y el Hijo de Dios.

78.3. Ustedes con sus silogismos sofísticos a nadie persuaden para que pase del cristianismo al paganismo. Pero nosotros enseñando la fe en Cristo, debilitamos la superstición de ustedes y el servicio a los demonios. Porque todos los que nos oyen reconocen que Cristo es el Señor, el Hijo de Dios.

78.10-13. Si pueden, muestren ustedes a quiénes convencerían con una red de palabras de poner el paganismo por delante de Cristo. Ya por todas las tierras ha sido reconocido Cristo, el verdadero Hijo de Dios.

78.4. Ustedes también, con su bello hablar, no impiden la enseñanza de Cristo; pero nosotros, por el nombre de Cristo crucificado, expulsamos a todos los demonios que ustedes temen como a dioses²¹⁰.

78.4. Ustedes, de nuevo, con su elocuencia y discursos artísticos, no impiden la doctrina de Cristo, pero nosotros al nombrar a Cristo expulsamos a los demonios que ustedes tienen por dioses.

78.13-15. En nada la elocuencia de los sofismas, en nada la discusión de la filosofía pueden ser obstáculo para la multitud de creyentes. Nombramos al Crucificado y todos los demonios a los que ustedes rinden culto como dioses rugen.

78.5. Allí donde se hace la señal de la cruz, la magia pierde fuerza, y los sortilegios no tienen eficacia.

78.5. Donde estuviere el signo de la cruz, se debilita la magia de ustedes y los maleficios ya no tienen eficacia.

78.15-17. Y ante la primera señal de la cruz del Señor son ahuyentados de los cuerpos poseídos.

209 Lit.: no dejamos crecer (*psiloymen* del verbo *psiloo*, cortar el pelo) el temor a los dioses (*deisidaimonian*) de ustedes.

210 Cf. VA § 37.3.

Los cristianos son perseguidos, pero el cristianismo llena la tierra

Argumento a favor de la verdad de la fe de los cristianos es que han superado toda clase de persecuciones, y el número de los creyentes aumenta de día en día.

Se han derrumbado todas las formas de encantamiento usadas por las religiones paganas.

Es llamativa en la *versio vetustissima* el agregado del término *maleficos*, que retoma el párrafo 78.5²¹¹. La maldad ya no tiene la última palabra en la vida de los seres humanos.

79.1. Digan entonces: ¿dónde están ahora sus oráculos? ¿Dónde los hechizos de los egipcios²¹²? ¿Dónde las fantasías de los magos?

79.1. Díganme entonces: ¿Dónde están sus maleficos? ¿Dónde están sus adivinaciones? ¿Dónde están las fórmulas mágicas de los egipcios²¹³? ¿Dónde están las fantasías de los magos?

79.1-2. ¿Dónde están aquellos fabulosos oráculos, en dónde los encantamientos de los egipcios? ¿A dónde se marcharon los poemas de los magos?

79.2. ¿Cuándo terminaron o han sido debilitados, sino desde que existió la cruz de Cristo? ¿Quién es, por tanto, digno de burla, no serán más bien las cosas que (la cruz) ha hecho caer en la nada y ha mostrado débiles?

79.2. ¿Cuándo se terminaron y se debilitaron esas prácticas? ¿No es acaso desde que existe la cruz de Cristo? ¿Quién es, entonces, digno de irrisión, la cruz o esas prácticas que han sido vaciadas por ella y se han mostrado débiles?

211 Vita, p. 259, 79,1.

212 Cf. Ex 7,11. 22.

213 Lit.: *precaiones Aegyptiorum*.

79.2-5. Ciertamente todas las cosas fueron devastadas entonces, cuando Cristo clamó desde su Cruz para el mundo. Aun así, ustedes, pasadas por alto las catervas de ídolos debilitados, intentan mofarse de la gloriosa muerte de Jesús.

79.3. Porque también es admirable que (la religión) de ustedes nunca haya sido perseguida, sino que es honrada por los hombres en cada ciudad; en cambio, los que siguen a Cristo²¹⁴ son perseguidos y nuestra religión, sin embargo, florece y crece más que la de ustedes.

79.3. Pero también es admirable esto: que la religión de ustedes nunca ha sufrido persecución, siendo honrada por los hombres de varias ciudades. En cambio, los hombres de Cristo han padecido persecuciones, especialmente de parte de ustedes. Sin embargo, florecen y abundan más que ustedes.

79.5-8. ¿Pero cómo es eso, que la paganidad nunca sacudida por la ofensiva de reyes, incluso querida por el siglo y apoyada por las defensas de los hombres, ya se derrumba; los siervos de Cristo, cuanto más somos oprimidos, tanto más nos levantamos y florecemos?

79.4. La religión de ustedes, elogiada y protegida, se desmorona, pero la fe y la enseñanza de Cristo, que es objeto de su burla y a menudo perseguida por los emperadores, ha llenado la tierra.

79.4. Y su religión, bien recibida entre ustedes, constituida bajo protección, se corrompe y se destruye. En cambio, la fe y la enseñanza de Cristo, habiendo padecido persecución a menudo de parte de los reyes, y soportando sus burlas, ha llenado el orbe de la tierra.

79.8-13. Las estatuas de ustedes, otrora encerradas entre paredes adornadas, se han desplomado por la vetustez, pero la doctrina de Cristo que les parece una estupidez y una broma, aunque ha soportado las tiránicas tentaciones de los príncipes que la persiguen, aunque ha sido atacada por varios terrores, no es encerrada por ningún círculo de tierras, no es impedida por ningún límite de pueblos bárbaros.

79.5. En efecto, ¿cuándo el conocimiento de Dios ha tenido tanto esplendor? ¿Cuándo la templanza y la virtud de la virginidad se han manifestado de tal manera? ¿Cuándo la muerte ha sido despreciada así, sino cuando apareció la cruz de Cristo?

214 Lit.: los de Cristo.

79.5. ¿Cuándo, en efecto, el conocimiento de Dios tuvo tanto esplendor, o cuándo ha sido así despreciada la muerte y tenida por nada, sino cuando la cruz de Cristo se ha hecho presente?

79.13-15. *¿Cuándo, pues, ha brillado tanto esplendor de conocimiento divino? ¿Cuándo se han congregado al mismo tiempo tantas virtudes, la continencia en el matrimonio, la virginidad en la Iglesia?*

79.6. Nadie puede dudar de esto, viendo a los mártires despreciar la muerte por Cristo y viendo que las vírgenes de la Iglesia custodian por Cristo sus cuerpos puros e incontaminados.

79.6. Sobre esto, por consiguiente, nadie puede dudar, viendo a los mártires despreciar la muerte por Cristo, viendo a las vírgenes de la Iglesia custodiar incontaminados y puros sus cuerpos por Cristo.

79.15-17. *Florece la gloriosa perseverancia de los mártires en favor de su Señor y la cruz de Cristo es el principio de todas estas cosas.*

Los milagros en nombre de Cristo prueban la verdad de la fe

La fe precede, según antes se había establecido, a los razonamientos. Para probar esto con mayor fuerza aún, Antonio opone a los silogismos la acción poderosa, curativa, de la cruz de Cristo.

La señal de la cruz sana a los enfermos y suscita la admiración de los filósofos.

Se concluye esta sección de encuentros con los sabios paganos mediante una exhortación vibrante a abrazar la fe cristiana. Solo ella es verdaderamente “suficiente” (*aytarke*) para alcanzar la vida plena. La vida en Cristo confiere al creyente una verdadera *autarquía*.

80.1. Estas son pruebas suficientes para mostrar que solo la fe en Cristo lleva verdaderamente a la piedad. Pero si todavía ustedes no creen, buscando silogismos (que nacen) de los razonamientos, nosotros como ha dicho nuestro

maestro²¹⁵, no demostramos por medio de las palabras persuasivas de la sabiduría pagana²¹⁶, sino que persuadimos claramente mediante la fe, que precede a los razonamientos artificiosos.

80.1. Estas realidades son idóneas señales para poner de manifiesto que la religión de Dios, fundada sobre la fe en Cristo, es verdadera. Pero si ustedes todavía no creen, buscando silogismos fundados sobre palabras, nosotros, ciertamente no con la persuasión de la sabiduría de los paganos, como dijo nuestro maestro, presentamos pruebas. Persuadimos manifiestamente con la fe, que antecede a los artificios de las palabras.

80.1.-5. Entretanto, cuando ustedes tienden redes de silogismos entre tantos coros de virtudes e intentan envolver la luz de los hechos con argumentaciones tenebrosas, he aquí que nosotros aconsejamos abiertamente, como dijo nuestro Doctor, no en la persuasión pagana sino en la fe, la cual suele anteceder a la seguridad de las palabras.

80.2. He aquí a algunos que padecen por los demonios²¹⁷ -pues estaban los que habían venido a él atormentados por los demonios-.

80.2. Pues he aquí que están presentes algunos que sufren por causa de los demonios”. Estaban, en efecto, aquellos que habían ido a verlo, y que eran atormentados por los demonios.

80.5-7. Ciertamente, hay aquí pacientes atacados por demonios” – y cuando los hizo salir a la vista, repitió las palabras diciendo:

80.3. Colocándolos en medio, dijo: “Invoquen a sus ídolos con sus silogismos, o con el arte o la magia que quieran, y purifíquenlos; y si no pueden, dejen de luchar contra nosotros y verán el poder de la cruz de Cristo”.

80.3. Los hizo ponerse en medio y dijo a los filósofos: “Ustedes con sus silogismos, o por cualquier otro arte, o por su magia, invoquen a sus ídolos, y sanen a estos, o si no pueden, depongan el desprecio que tienen contra nosotros y vean la fuerza de la cruz de Cristo”.

215 Se refiere a san Pablo.

216 Cf. 1 Co 2,4.

217 Aquí finaliza la respuesta de Antonio a los filósofos, iniciada en el cap. 74.3.

80.7-11. *“Ahora ustedes expulsen a los que creen sus dioses con sus argumentaciones y con el encantamiento maléfico que quieran. Mas si no pueden, entreguen las manos vencidas, refúgiense en los trofeos de Cristo y en seguida el poder de la majestad seguirá a la creencia en el Crucificado”.*

80.4. Y tras estas palabras, invocó a Cristo, hizo la señal de la cruz dos o tres veces sobre los enfermos, y al instante esos hombres se pusieron de pie sanos, de nuevo en su sano juicio y dando gracias al Señor.

80.4. Y cuando dijo esto, invocó a Cristo y signó a los que padecían con el signo de la cruz dos y tres veces, y de inmediato aquellos hombres quedaron sanos y volvieron en sí; después, dieron gracias al Señor.

80.11-14. *Así dijo e, invocado el nombre de Jesús, al hacer el signo vital por el sagrado número de la Trinidad presionando sobre las frentes²¹⁸, junto con los demonios expulsados fue rebatida la vana sabiduría de los filósofos presentes.*

80.5. Los pretendidos filósofos quedaron admirados y verdaderamente impresionados ante la inteligencia del hombre y ante el prodigio que había sucedido.

80.5. Hecho esto, los que se decían filósofos estaban admirados y realmente se aspaentaron por la inteligencia de tan gran hombre, y por el milagro que había hecho.

80.14-15. *En efecto, se asustaron, atónitos ante un hombre para el cual, después de tanto ingenio, aflúa la divina concesión de los signos.*

80.6. Antonio les dijo: “¿Por qué se admiran ante este prodigio? No somos nosotros quienes lo hacemos, sino Cristo quien lo hace por medio de los que creen en Él. Crean, por tanto, también ustedes, háganse como nosotros²¹⁹, y verán que entre nosotros no tiene valor el arte de las palabras, sino la fe que obra por amor a Cristo²²⁰. Si también ustedes la tienen, no busquen demostraciones por medio de palabras, sino consideren que la fe en Cristo es suficiente”.

218 Es decir, al hacer la señal de la cruz tres veces sobre la frente.

219 Cf. Ga 4,12.

220 Cf. Ga 5,6.

80.6. Pero Antonio dijo: “¿Por qué se admiran por este signo? No somos nosotros quienes lo hacemos, sino Cristo es quien lo realiza por intermedio de quienes creen en Él. Crean también ustedes, sean como nosotros y verán que entre nosotros no tiene valor el arte de las palabras, sino la fe fundada en el amor a Cristo²²¹.”

80.15-22. Pero él, que atribuía todo a Cristo que había curado, los trató en recíproca conversación diciendo: “No crean que a estos les di yo la salud, sino que es Cristo quien hace estos milagros por intermedio de sus siervos. Crean ustedes también y verán que la devota fe en Dios merece tales signos, no la vana ampulosidad de la elocuencia. Refúgiense en la ley del Crucificado, imítennos a sus sirvientes y, contentos en el límite del conocimiento, no busquen en adelante argumentos de la imprudencia del siglo”.

80.7. Tales fueron las palabras de Antonio. Aquellos, admirados por esto, se marcharon, abrazándolo y confesando haber recibido de él un beneficio.

80.7. Diciendo estas palabras Antonio, aquellos estaban admirados. Y se fueron saludándolo, diciendo y confesando haber recibido una ganancia de él.

80.22-24. Hablando Antonio hasta aquí, los filósofos, sacudidos por un admirable estupor y alejándose de él con un saludo honorífico, confesaban que les fue de mucho provecho haberlo visto.

Los emperadores escriben a Antonio

Acertadamente se ha puesto de relieve que este contacto del “hombre de Dios” con los poderosos del mundo, que lo tratan con reverencia, es un lugar común de la literatura hagiográfica²²².

Rufino, por su parte, testimonia en su *Historia Eclesiástica* este hecho de la vida de Antonio:

“Constantino... también a Antonio, primer habitante del desierto, le envió cartas en tono de súplica como a uno de los profetas, para que suplicara al

221 La omisión de la última parte del texto griego es posible que haya sido querida por el traductor, porque le parecía una repetición innecesaria (cf. Vita, p. 260, 25).

222 Vita, p. 260, 81,1.

Señor por él y por sus hijos²²³. Así buscaba hacerse grato a Dios no sólo por sus méritos y la religiosidad de su madre, sino también por la intercesión de los santos²²⁴.

Dos hechos significativos: la utilización del título Cristo Rey, ciertamente con trasfondo bíblico, pero adoptado sobre todo luego que cesaron las persecuciones contra la Iglesia²²⁵.

Y, en segundo lugar, la petición que Antonio hace a los poderosos de turno: amar a los seres humanos, favorecer la justicia y atender a los pobres, la actualidad de esta solicitud no necesita mayores comentarios.

81.1. La fama de Antonio llegó hasta los emperadores. En cuanto Constantino Augusto y sus hijos, los Augustos Constancio y Constante, tuvieron noticia de estos hechos, le escribían como a un padre, y le expresaron el deseo de que les respondiera²²⁶.

81.1. La fama de Antonio llegó hasta los emperadores. Pues en seguida que Constantino Augusto y sus hijos, los Augustos Constancio y Constante, conocieron estos hechos le escribieron como a un padre y le rogaron que les respondiera.

81.1-5. Esto es admirable en él, que a un hombre asentado en el último límite del mundo lo contactara el favor de los príncipes y todo el palacio imperial,

223 «Recibió *abba* Antonio una carta del emperador Constancio, invitándolo a ir a Constantinopla, y reflexionaba acerca de lo que debía hacer. Le preguntó a *abba* Pablo, su discípulo: “¿Debo ir?”. Y le respondió: “Si vas, te llamarás Antonio; si no vas, te llamarás *abba* Antonio”», este texto de la *Colección alfabético-anónima griega de los Apotegmas* (n. 31; PG 65,85 B), recuerda un hecho semejante, pero referido a Constancio, no a Constantino. La datación de estas cartas debería ubicarse entre 333-337 (cf. A. de Vogüé, *Histoire littéraire du mouvement monastique dans l'antiquité*, 3. *Première partie: le monachisme latin. Jérôme, Augustin et Rufin au tournant du siècle [391-405]*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1996, pp. 303-304).

224 10,19; ed.: *Rufino di Concordia. Scritti vari*, Roma, Ed. Città Nuova - Società per la conservazione della Basilica di Aquileia, 2000, pp. 230-233 (Col. Scrittori della Chiesa di Aquileia, V/2).

225 Cf. Vita, p. 261, 20.

226 Ver SCh 400, pp. 340-341, nota 2, en que se afirma que este capítulo “no presenta ninguna relación con una situación concreta”.

pues tanto Constantino Augusto como sus hijos, Constante y Constancio²²⁷, al conocer estas cosas, frecuentemente le pedían como a un padre, enviándole cartas, que los alegrara con escritos recíprocos.

81.2. Pero Antonio no tuvo en cuenta sus cartas ni se alegró por esas epístolas, sino que permaneció como antes de que los emperadores le escribieran.

81.2. Pero no tuvo sus cartas como algo grande, ni se alegró de recibirlas, sino que permaneció tal cual era antes que los emperadores le escribieran.

81.5-7. Pero él, permaneciendo tal como había sido antes de que las cartas le llegaran, no se conmovía por el saludo de los príncipes.

81.3. Cuando le eran llevadas las cartas, llamaba a los monjes y les decía: “¿Por qué se admiran de que un emperador nos escriba, pues es un hombre? Admírense más de que Dios haya escrito la Ley para los hombres, y nos haya hablado por medio de su propio Hijo”²²⁸.

81.3. Cuando le fueron llevadas las cartas, convocó a los monjes y les dijo: “¿Por qué se admiran si los emperadores nos escriben? Ellos son hombres. Más bien asómbrense de que Dios haya escrito su Ley para los hombres y que nos haya hablado por medio de su Hijo”.

81.7-13. Y, convocando a los monjes, les decía como si no hubiese recibido las misivas: “Los reyes del siglo nos han enviado cartas. ¿Qué deben admirar aquí los cristianos? En efecto, aunque la dignidad sea diferente, la condición de nacer y morir es la misma. Esto debe ser honrado con toda veneración, esto debe ser retenido con todo afecto del alma, el hecho de que Dios ha escrito la Ley para los hombres, de que por medio de Su Hijo enriqueció a las Iglesias con sus propias palabras.

227 Constantino el Grande (272-337), emperador romano, pasó a la historia como el primero que permitió el cristianismo en las fronteras del Imperio. Constancio (317-361) era el segundo hijo de Constantino. Tras algunos años de luchas con sus hermanos, ocupó en soledad el trono del Imperio desde 350. En 356 ordenó el tercer exilio de san Atanasio, durante el cual habría escrito la *Vida* de Antonio. Constante (320-350) era el tercer hijo varón de Constantino. Gobernó el Imperio de Occidente hasta su muerte. Dio su apoyo a Atanasio para que volviera al obispado de Alejandría en 346. Cf. Harmless, pp. 32 y 50.

228 Cf. Hb 1,2.

81.4. Antonio no quería recibir las cartas, diciendo que no sabía responder a este tipo de escritos. Pero como todos los monjes lo incitaban, porque eran emperadores cristianos, y para no provocar escándalo por el rechazo, permitía que le fueran leídas.

81.4. Ni siquiera quería recibir las cartas diciendo: “No sé cómo responder a tales (cartas)”. Pero rogado por todos los monjes, que le decían: “Son emperadores cristianos. Si son despreciados se escandalizarán”. Y así permitió, con dificultad, que fueran leídas.

81.14-18. ¿Qué tienen que ver los monjes con las epístolas de los reyes? ¿Por qué recibiría cartas a las que no sabría responder con las fórmulas de saludo habituales?”. Así pues, una vez que todos los hermanos le rogaron que aliviara a los reyes cristianos con sus cartas –no fuera que se exasperaran sin duda por su silencio– escribió respuestas apropiadas a las epístolas recibidas.

81.5. Y les respondía felicitándolos por adorar a Cristo, y les aconsejaba hacer aquello que lleva a la salvación: no dar importancia a las cosas presentes, sino más bien recordar el juicio futuro y considerar que solo Cristo es el Rey verdadero y eterno.

81.5. Y escribió alabándolos porque adoraban a Cristo y aconsejándoles hacer lo que conduce a la salvación. Y les escribió que no dieran gran importancia a las cosas presentes, sino tener más bien en mente el juicio futuro, sabiendo que solo Cristo es el Rey eterno.

81.18-24. Primero elogió que adoraran a Cristo, luego aconsejó preceptos provechosos, que no consideraran grande el poder real, no fuera que, inflamándose con la autoridad de la carne presente, ignoraran que eran hombres y olvidaran que serían juzgados por Cristo. Por último, advirtió acerca de la clemencia sobre los súbditos y el cuidado de la justicia, incluso la de los indigentes, y dio testimonio en las epístolas de que uno solo es el Rey eterno de todos los siglos, Jesucristo.

81.6. Les pedía que amaran a los hombres, y que se preocuparan por la justicia y por los pobres. Ellos se alegraban al recibir su carta. Antonio era amado por todos, y todos pedían tenerlo como padre.

81.6. Y les rogaba que fueran humanos, cuidaran de los pobres y de la justicia. Aquellos, recibiendo sus cartas, se alegraban. Porque Antonio era amable con todos y todos deseaban tenerlo como padre.

81.24-28. Los príncipes estaban muy contentos al recibir estas cartas. La santa reputación de Antonio ardía en todos hasta el punto de que deseaban ser llamados hijos suyos. Y, en efecto, su gran afabilidad con los que acudían había dirigido los afectos de todos hacia él.

Visión de los ataques de los arrianos

En este largo capítulo, hallamos algunas notas importantes sobre la vida de Antonio, en su última etapa en esta tierra.

Ante todo, y en continuación con lo dicho en el párrafo precedente (§ 81.6), se insiste en que era reconocido por todos como padre; y, según el texto griego, era amado por todos.

En esa condición, padre espiritual por todos amado, regresa a su querida soledad y retoma su ascesis habitual. Pero con una novedad de señalada importancia: recibe el don de poder ver por anticipado, en una visión, lo que iba a suceder en las Iglesias.

Testigo privilegiado de sus visiones fue el obispo Serapión de Thmuis²²⁹. Y con él solía compartir lo que el Señor le iba mostrando.

En la visión narrada en este capítulo, Antonio anuncia las graves consecuencias que padecerán las distintas comunidades cristianas a causa de la controversia arriana. Aunque al final transmite un mensaje de esperanza, anunciando que la paz se restablecerá y será superado el peligro de las desviaciones doctrinales impulsadas por los arrianos.

229 Posiblemente nació hacia el año 300. Es muy probable que fuera designado obispo antes de 339; pero ya no estaba en su sede, puesto que no asistió al sínodo de Seleucia, en 359. Tolomeo arriano lo había reemplazado, por lo que es de suponer que Serapión fue exiliado en tiempos del emperador Constancio, hacia el año 359. Pero ni siquiera esto podemos tenerlo por completamente seguro, ya que no tenemos certeza de su exilio, aunque Jerónimo lo señala como confesor de la fe. Su muerte se suele ubicar después del año 362, o un poco más exactamente, en torno al 370.

82.1. Siendo reconocido como tal y respondiendo así a los que acudían a él, regresó de nuevo a la montaña interior.

82.1. Después que muchos fueron a verlo y él les respondía, de nuevo regresó a la montaña interior, manteniendo sus habituales esfuerzos deíficos²³⁰.

82.1-3. Entonces, después que por él los paganos fueron refutados, los reyes advertidos, los hermanos aliviados con el consuelo, regresó al monte interior y al rigor acostumbrado.

82.2. Continuó con su acostumbrada ascesis. A menudo, mientras estaba sentado o caminaba con los que lo visitaban, guardaba silencio, como está escrito en Daniel²³¹. Y unas horas después, proseguía la conversación con los hermanos presentes junto a él.

82.2. Pero a menudo, sentado o caminando con los monjes que iban a visitarlo, quedaba atónito ante ellos, como está escrito en el libro de Daniel. Y después de una hora volvía a hablar con aquellos que estaban con él, retomando lo que estaba diciendo.

82.3-6. Y allí, deambulando con los que entraban y deteniéndose quedaba estupefacto frecuentemente, como está escrito en Daniel, y pasadas algunas horas prometía hechos venideros, de modo que se comprendiera que había visto algunos secretos de revelación.

82.3. Y los que lo acompañaban, comprendían que había tenido una visión. Pues a menudo estando en la montaña y viendo lo que sucedía en Egipto, se lo narraba al obispo Serapión, que estaba en la montaña interior y que veía a Antonio inmerso en las visiones²³².

82.3. Aquellos que estaban con él comprendían que había tenido una visión. Sentado en la montaña y (teniendo) esas visiones, con frecuencia contó lo que sucedía en Egipto al obispo Serapión, que se hallaba con él en la montaña interior y lo veía absorto en las visiones.

230 Lit.: Teniendo la costumbre de los trabajos deíficos.

231 Cf. Dn 4,16 (4,19 LXX).

232 Lit.: visión.

82.6-9. *Pues, ubicado en el monte, viendo anticipadamente lo que se llevaba a cabo en Egipto, lo narró para el obispo Serapión, establecido allí. Sigue una visión lamentable y digna de ser llorada con toda una fuente de lágrimas.*

82.4. En cierta ocasión, mientras estaba sentado trabajando, quedó como extasiado, y en la visión, daba grandes gemidos. Tras una hora, se volvió hacia los que estaban con él, y gimiendo y temblando se levantó, se puso a orar de rodillas y permaneció así largo tiempo.

82.4. En una ocasión, sentado y haciendo su trabajo, cayó como en una especie de pavor, y largo tiempo estuvo gimiendo y lamentándose. Después de una hora se volvió hacia los que estaban con él, gimió y se levantó temblando; oraba, y permaneció largo rato arrodillado.

82.9-13. *En efecto, trabajando con los hermanos sentados a su alrededor, fijó intensamente los ojos en el cielo gimiendo y suspirando; después de algún tiempo se estremeció por el gran dolor de la revelación recibida, cayendo enseguida de rodillas se postró ante el rostro de Dios y oró para que su clemencia apartara un crimen futuro.*

82.5. Y el anciano se levantó llorando. Los que estaban con él, temblaban y, llenos de temor, le rogaron que explicara qué sucedía, y le insistieron hasta que, obligado, respondió.

82.5. Después se levantó. El anciano lloraba. Aquellos que estaban con él temblaban. Estaban atemorizados, rogándole que les explicara por qué hacía esas cosas; lo importunaron mucho hasta que, obligado, habló.

82.13-17. *A la oración siguen las lágrimas, un enorme miedo invade a los presentes, le ruegan que les exponga la visión de tan gran calamidad. Los sollozos toman su voz, la lengua es impedida por los llantos y el habla se interrumpe en su comienzo por el gemido.*

82.6. Lanzando un gran gemido, dijo: “Hijos, prefiero morir antes de que suceda lo que he visto”. Y porque de nuevo le rogaban que hablase, les dijo entre sollozos: «La cólera dominará a la Iglesia, y será entregada a hombres²³³ semejantes a bestias irracionales.

233 Cf. Mt 17,22; Lc 9,44.

82.6. Y así con un gran gemido dijo: “Hijos, mejor morir antes que sucedan las cosas que he visto”. De nuevo le suplicaron, y con lágrimas dijo: «La Iglesia será aferrada por la ira y será entregada a hombres semejantes a los animales.

82.17-22. *No obstante, con una angustiosa emisión dice apenas: “Oh hijitos, era mejor ahorrarse el sacrilegio inminente con una muerte rápida”. Empezando así, de nuevo es vencido por las lágrimas y, finalmente, acomodando la voz a la respiración entre endebles suspiros, dice: «Se aproxima un inmenso sacrilegio, inaudito para todos los siglos. La fe católica será subvertida por un gran torbellino y hombres semejantes a burros despedazarán los santuarios de Cristo.*

82.7. He visto, en efecto, la mesa de la casa del Señor y alrededor de ella, por todas partes, mulas que daban coces a los que estaban dentro, como dan las bestias que no están domesticadas.

82.7. He visto, en efecto, la mesa del Señor, y cerca de ellas estaban unas mulas, por todas partes, y pateaban a quienes estaban dentro, esas patadas que dan las bestias que no han sido amansadas y domesticadas.

82.23-24. *En efecto, he visto el altar del Señor rodeado por una multitud de mulos que con frecuentes coces desparramaban todo.*

82.8. Todos se habrán dado cuenta, dijo, cómo me lamentaba, pues escuché una voz que decía: “Mi altar será corrompido”²³⁴».

82.8. Viendo esto gemí, y creo que ustedes oyeron cuando me lamenté. Y oí una voz diciendo: “Será el altar de las abominaciones”».

82.24-26. *Esta es la causa de los suspiros que oyeron y se ha cumplido la voz del Señor que dice: “Mi altar será maldecido”».*

82.9. Esto vio el anciano. Dos años después, tuvo lugar el actual ataque de los arrianos y el saqueo de las iglesias, cuando con violencia robaron los vasos sagrados y los hicieron llevar por los paganos, cuando obligaron a los paganos a salir de sus lugares de trabajo para unirse a ellos, y delante de ellos hicieron sobre la mesa lo que quisieron²³⁵.

234 Cf. MI 1,7.

235 Cf. Mt 17,12.

82.9. Esto vio el anciano, y después de dos años sucedió que se unieron los arrianos y saquearon las iglesias, al extremo de robar los vasos sagrados, dándoselos a los paganos para que se los llevaran; cuando los arrianos obligaban a los paganos (condenados) a las penas corporales a ir con ellos para que parecieran muchos; y en presencia de ellos hacían lo que querían sobre los altares.

82.26-36. El efecto sigue a la visión sin demora, pues al cabo de dos años irrumpió la locura de los arrianos, y entonces los saqueos de iglesias, entonces la profanación de los vasos sagrados, entonces los servicios sagrados fueron contaminados con las manos contaminadas de los gentiles, entonces escoltas de artesanos paganos preparados contra Cristo levantando palmas –lo cual es signo de idolatría en Alejandría- eran obligados a marchar a la iglesia, para que se los creyera pueblos de arrianos²³⁶. ¡Qué crimen! El alma se estremece al relatar las cosas que se hicieron: el pudor de vírgenes y matronas fue arrebatado, la sangre de ovejas de Cristo derramada en el templo de Cristo bañó los venerables altares, el baptisterio fue contaminado a voluntad de los gentiles.

82.10. Entonces todos nosotros comprendimos que las coces de las mulas preanunciaban a Antonio lo que ahora están haciendo los arrianos, privados de razón como las bestias.

82.10. Entonces todos comprendieron que las patadas de las mulas, que Antonio vio en su momento dando coces, significaban lo que ahora están haciendo los arrianos cual seres privados de razón.

82.36-38. Nada faltó a la verdad de la visión; el efecto mostró que la rebeldía de los mulos que daban coces era la herejía de los arrianos²³⁷.

236 Algunos manuscritos añaden la palabra *Christiani*, con lo cual cambian el sentido del texto diciendo que los cristianos eran forzados a actuar como arrianos. Sin embargo, el editor de nuestra versión desecha la adición como espuria.

237 Los sucesos profetizados ocurrieron en 356, después de un intento de los soldados imperiales por apresar a san Atanasio en Alejandría. El obispo huyó al desierto en su tercer exilio, durante el cual escribió esta biografía. Cf. Harmless, pp. 55 y ss.; Meyer, p. 134, n. 277.

82.11. Apenas tuvo esta visión²³⁸, consoló a los que estaban presentes, diciendo: “Hijos, no se entristezcan²³⁹. Porque como el Señor está airado, así de nuevo sanará²⁴⁰.

82.11. Pero en seguida que tuvo esta visión, Antonio consoló a los que estaban con él diciendo: “Hijos, no estén tristes.

82.38-40. Pero fue consolado de esta tristeza con la prosperidad de la revelación siguiente y dijo: “Hijitos, no se entreguen del todo al dolor.

82.12. Y de vuelta rápidamente la Iglesia recobrará su dignidad y su resplandor habitual. Y verán a los perseguidos regresar, y a la impiedad retirarse nuevamente a sus propias guaridas; pero la fe ortodoxa²⁴¹ se expresará con franqueza y con plena libertad por doquier.

82.12. Pues como el Señor está airado, así de nuevo curará. Y pronto la Iglesia recuperará su belleza y lucirá como suele habitualmente. Verán regresar a los que padecieron persecuciones, porque la impiedad de aquellos se retirará hacia sus moradas. Pero la fe religiosa llena de confianza y la plena libertad estarán por todas partes.

82.40-44. En efecto, así como el Señor está airado, así se compadecerá de nuevo²⁴²; pronto la Iglesia recuperará su ornato y verán a los que en las persecuciones conservaron la fe en el Señor brillar con el esplendor acostumbrado. Las serpientes volverán a sus hoyos y la religión se propagará más lejos.

82.13. Tan solo no se manchen con los arrianos. Porque su enseñanza no es la de los Apóstoles, sino la de los demonios²⁴³ y del diablo, su padre²⁴⁴; o mejor, es irracional, estéril e impropia de una mente recta, como la irracionalidad de las mulas²⁴⁵”.

238 Lit.: Y cuando vio esta visión.

239 Cf. Col 3,21.

240 Cf. Jb 5,18.

241 Lit.: religiosa o piadosa (*eyssebe*).

242 Cf. Jb 5,18.

243 Cf. 1 Tm 4,1.

244 Cf. Jn 8,44.

245 Cf. Sal 31 (32),9.

82.13. Solo no se contaminen con los arrianos. No es esa la doctrina de los apóstoles, sino la de los demonios y de su padre, el diablo. Es más bien producto de una mente sin fruto y sin semilla, como eran las mulas que pude ver”.

82.44-47. Solo procuren que la sinceridad de su fe no se manche con la caída de Arrio. Esta doctrina no es de los Apóstoles sino de los demonios y su padre, el diablo; por eso fue representado por la insensatez de los asnos su ánimo, semejante a estas bestias”.

En Antonio se cumplen las promesas de Cristo

En este párrafo e inicio del siguiente se aclara que Antonio realizaba los milagros conforme a lo que el Señor Jesús había prometido a sus discípulos en el Evangelio.

Además, no curaba con órdenes, sino en nombre del Señor y orando para que tuviera efecto en ellos la curación que solicitaban (§ 84.1).

83.1. Tal era la vida de Antonio. Y no debemos ser incrédulos de que tales prodigios se hayan realizado por medio de un hombre.

83.1. Esas eran las visiones que tenía y las enseñanzas que proclamaba. Y no conviene dudar ni ser incrédulos, si tales maravillas eran realizadas por un hombre.

83.1-2. Hasta aquí Antonio. Pero no es conveniente que desconfiemos de que un milagro tan grande haya podido ser anunciado por un hombre.

83.2. Porque es lo que prometió el Salvador diciendo: “Si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a esta montaña: ‘Desplázate de aquí allá’, y se desplazará, y nada les será imposible”²⁴⁶.

83.2. Porque el Salvador lo había prometido, diciendo: “Si tuvieran fe como un grano de mostaza, y dijieran a esta montaña: ‘Ve de aquí para allí, se movería’, y nada les sería imposible”.

83.2-5. *Es, en efecto, la promesa del Salvador que dice: “Si tuvieran fe como un grano de mostaza, dirían a este monte: ‘Trasládate’ y se trasladaría, y nada sería imposible para ustedes”.*

83.3. Y también: “En verdad, en verdad les digo: cualquier cosa que pidan a mi Padre en mi nombre, se las lo dará. Pidan y recibirán”²⁴⁷. Y es Él quien decía a sus discípulos y a todos los que creían en Él: “Curen enfermos, expulsen demonios. Gratis lo recibieron, denlo gratis”²⁴⁸.

83.3. Y de nuevo: “En verdad, en verdad les digo, cualquier cosa que pidan al Padre en mi nombre, se las dará. Pidan y recibirán”. Y el Salvador mismo decía a sus discípulos que creían en Él: “Curen a los enfermos, expulsen a los demonios. Gratis recibieron, gratis den”.

83.5-9. *Y otra vez: “En verdad, en verdad les digo que todo lo que pidan en mi nombre al Padre se lo dará. Pidan y recibirán”. Él mismo decía a sus discípulos y a toda la grey de creyentes a la que prometía el sometimiento del demonio o la curación de varias enfermedades: “Han recibido gratuitamente, den gratuitamente”.*

Consejos a los jueces

En continuidad con el párrafo precedente, se insiste en que todo lo que Antonio realizaba era obra de Cristo. El santo eremita ponía su coherencia de vida al servicio del Señor. Oración y ascesis eran sus obras. A las cuales se sumó, especialmente en esta etapa final de su vida, el don de la contemplación.

Sin embargo, le costaba tener que dejar su lugar de retiro para ir a la Montaña Exterior, donde debía aceptar el tumulto que se suscitaba en torno suyo. En estos viajes sentía que perdía la alegría de “estar sentado en la montaña”.

247 Jn 16,23-24.

248 Mt 10,8.

La VA nos dice que algunos jueces solicitaban su consejo. Llegaban incluso hasta enviarle a ciertos acusados, bajo custodia, para que pudieran ver al santo cuando llegaba a la Montaña Exterior.

Antonio les daba también instrucciones a esos jueces: que obraran con justicia en su tarea y temieran al Señor, sabiendo que su forma de proceder sería la medida con la cual serían juzgados.

Todo esto lo hacía movido por su caridad fraterna, pero su corazón anhelaba estar en su amado retiro de la Montaña Interior.

84.1. Antonio no curaba con órdenes, sino que con oraciones e invocando el nombre de Cristo, como para que fuera manifiesto a todos que no era él quien lo hacía, sino el Señor que por medio de Antonio mostraba su amor a los hombres y curaba a los que sufrían.

84.1. Cuando Antonio curaba no daba órdenes, sino que oraba invocando a Cristo, para que a todos fuera manifiesto que no era él quien obraba, sino el Señor, que mostraba su dilección por el género humano, y quien sanaba a los que sufrían.

84.1-7. ¿Acaso Antonio curaba por la autoridad de su virtud? ¿Acaso creía que era propio de su capacidad lo que había hecho? Los demonios y las enfermedades se retiraron ante las oraciones, no ante los mandatos, y todas las cosas siempre se realizaron completamente ante la invocación de Cristo. Ninguno de los sabios atribuya la admiración de las sanaciones a Antonio sino al Señor Jesús, el cual, exhibiendo la benevolencia acostumbrada para con las creaturas, ahora indulgentemente la ha ejercido también por medio de su siervo escogido.

84.2. De Antonio era solo la oración y la ascesis, por esto estaba sentado en la montaña²⁴⁹, alegrándose en la contemplación de las realidades divinas. Pero le entristecía el ser turbado por muchos y el ser arrastrado (por ellos) hacia la montaña exterior.

84.2. Antonio solamente oraba y realizaba el trabajo deífico; sentado en la montaña gozaba con este trabajo y con las visiones.

249 Cf. 2 R 1,9.

84.3a. Sin embargo, se entristecía cuando era molestado por muchos y arrastrado por los hombres fuera de esa montaña, hacia aquella que estaba a la orilla del río.

84.7-10. Antonio solamente oraba y, por los méritos de su vida, el Señor concedía todo. A menudo incluso contra su voluntad era conducido al monte exterior por sus hermanos.

84.3. También muchos jueces le rogaban que descendiera de la montaña, porque les era imposible llegar allí²⁵⁰ por la multitud que seguía a los acusados.

84.3b. Muchos jueces le rogaban que descendiera de la montaña, pues para ellos era imposible ir allí a causa de la multitud que los seguía.

84.10-13. Y cuando los jueces que, por la dureza del viaje, por la multitud que los seguía y por la soledad intimidante no podían ir al monasterio interior pedían encarecidamente gozar de su vista.

84.4. Solo le pedían que saliera y (poder) verlo. Pero él lo evitaba y rehusaba hacer el camino hacia ellos. Mas ellos insistían, y todavía más, le enviaban algunos condenados custodiados por soldados, para que al menos por ellos bajara²⁵¹.

84.4. Le rogaban que fuera de cualquier modo. Él se resistía y se negaba ir hacia ellos. Pero ellos perseveraban presentándole aquellos reos bajo custodia de los militares, para que fuera a causa de ellos.

84.13-16. Pero no podían conseguirlo porque soportaba muy mal la molestia del ir y venir, llevaban a los mismos prisioneros, a los que había sujetado o bien el delito o bien la fuerza pública, sabiendo que estos tales no podían ser despreciados por Antonio.

84.5. Entonces, se sometía a esta necesidad y, viéndolos llorar, iba hacia la montaña exterior. Pero su sufrimiento, una vez más, no era inútil, pues su llegada era ventajosa y beneficiosa para muchos.

250 Es claro que se refiere a la montaña interior.

251 O: para que los acusados le dieran una excusa para descender.

84.5. Antonio, sometiéndose a la necesidad, viendo llorar a los condenados, salía fuera de la montaña. Pero su padecimiento no quedaba sin ganancia. Pues para muchos indigentes era un gran auxilio su venida, que les procuraba gran provecho.

84.16-18. Vencido por sus llantos, era llevado por fuerza al monte exterior pues reconocía que su esfuerzo sería útil para los desgraciados.

84.6. Y para estos jueces era útil: les aconsejaba a preferir ante cualquier otra cosa la justicia, a temer al Señor y a saber que serían juzgados con el mismo juicio con el que hubiesen juzgado²⁵². Sin embargo, él amaba sobre todas las cosas su género de vida²⁵³ en la montaña.

84.6. Para los mismos jueces les era de no poca utilidad el verlo. Porque les ofrecía su consejo: anteponer ante todo la justicia, temer al Señor y saber que con el juicio que juzgaban serían juzgados.

84.7. Sin embargo, anteponía a todos los bienes el amor a su morada, que estaba en la montaña interior.

84.18-22. Y aconsejaba a los jueces que lo habían invitado que al emitir sentencia antepusieran al odio y a la clemencia el temor de Dios, y que no debían ignorar lo que está escrito: “Con el criterio con el que juzguen, con ese se los juzgará”. Y, sin embargo, en medio de los sermones recordaba su querida soledad.

Necesidad de la soledad

Este capítulo es una declaración en favor de la necesidad de preservar el ámbito de soledad y retiro de la vida monástica. El ejemplo que Antonio pone para afirmar su propósito indeclinable lo hallamos también en los *Apotegmas*:

“Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera en los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior

252 Cf. Mt 7,2.

253 O: su morada (*diatribe*).

(*hesyquía*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior”²⁵⁴.

Atanasio vuelve a recordar al lector que la sabiduría de este *abba* no es la que se adquiere solo con el estudio ni se reduce a un mero saber humano. Y por eso causaba admiración.

85.1. En una ocasión, padeció la misma presión²⁵⁵ por los que tenían necesidad de él, y un comandante le pedía, por medio de muchos otros, que bajara; yendo y, dialogando brevemente sobre los que llegan a la salvación y sobre los que la imploran, se apresuró a regresar.

85.1. En una ocasión fue obligado por quienes lo importunaban, y el *comes* de los soldados se lo rogaba por medio de muchas personas, para que descendiera de la montaña y se llegara hasta ellos. Consintió y fue.

85.2. Después de haberles hablado unas pocas palabras sobre la salvación, a los que habían ido con el *comes*, y luego de haber rezado por quienes estaban sufriendo, se apresuró a volver hacia la montaña.

85.1-4. Después de una presencia obligada que los ruegos de un duque y –lo que es más cierto– el llanto de los desgraciados había obtenido, después de las sanas advertencias, después de la recomendación y también la absolución de algunos reos.

85.2. Como el *dux*²⁵⁶, que así se le llamaba, le rogaba que se quedara, dijo que no podía (permanecer) con ellos más tiempo, y lo persuadió con este ingenioso ejemplo, diciendo:

85.3. Pero el *comes* -al que también se le llama *dux*- le rogaba que no se apresurara, sino que se quedara entre ellos un poco de tiempo.

254 Antonio 10; PG 65,77 BC.

255 Lit.: violencia (*bian*).

256 Es el comandante militar de una provincia, cargo que fue instituido por Diocleciano (284-305). Cf. Vita, p. 263,7.

85.4a. Antonio dijo que no podía permanecer entre ellos, y les puso un ejemplo ingenioso para persuadirlos:

85.4-6. Cuando el duque le pidió que le concediera su presencia por un poco más de tiempo, él dijo que no podía permanecer más allí, sirviéndose de un bello ejemplo:

85.3. “Como los peces que permanecen durante mucho tiempo en un lugar seco, mueren, así también, los monjes que se demoran con ustedes y pasan el tiempo con ustedes, se debilitan²⁵⁷.”

85.4b. “Los peces son capturados en el mar. Si permanecen mucho tiempo fuera del agua, mueren. Así también los monjes si quedan largo tiempo entre ustedes, se corrompen.

85.6-8. Así como los peces sacados del agua pronto mueren en la tierra seca, así también los monjes que se demoran con los seculares enseguida son distraídos por conversaciones humanas.

85.4. Por tanto, es necesario que, al igual que el pez hacia el mar, así también nosotros nos apresuremos hacia la montaña, para no olvidar con nuestra tardanza las realidades interiores”.

85.4c. Por tanto, es necesario que, así como los peces se apresuran a volver al mar, así también nosotros debemos apresurarnos hacia la montaña, para no olvidarnos, por causa de la tardanza, de las realidades interiores”.

85.8-10. “Entonces”, dijo, “por esto conviene que, como los peces al mar, también nosotros nos apresuremos hacia el monte, no sea que al retrasarnos sobrevenga algún olvido del propósito”.

85.5. Al oír el comandante estas palabras y muchas otras, quedó admirado y declaró que era verdaderamente un siervo de Dios²⁵⁸. ¿De dónde le podía venir tan gran sabiduría a un hombre iletrado²⁵⁹, sino porque era amado por Dios?

257 O: desfallecen, decaen (*eklyontai*).

258 Cf. Mt 27,54; Mc 15,39.

259 Cf. Hch 4,13.

85.5. Oídas estas y otras muchas (palabras) el *comes* estaba admirado y dijo: “Verdaderamente éste es un servidor de Dios. ¿De dónde, en efecto, un hombre iletrado y analfabeto puede sacar una inteligencia tal y tan grande, sino porque es amado por Dios?”.

85.10-14. *El duque, admirado de tanta sabiduría en el hombre, expresó una justa y verdadera opinión sobre él diciendo que aquel verdaderamente era siervo de Dios y que nunca podría hallarse tanta sabiduría en un hombre simple si no fuera dirigida por el amor divino.*

Predicción de la muerte de Balacio

Se ha señalado que existen dos versiones del episodio que se narra en el presente capítulo. La otra la hallamos en *la Historia de los arrianos dirigida a los monjes*²⁶⁰, obra escrita también por Atanasio, seguramente después de la VA, en el año 358. En ella el personaje principal es el obispo arriano Gregorio, quien sería el principal instigador de la persecución contra los cristianos fieles a Nicea. Esta “diferencia se explica por la diversa tendencia de los dos escritos”²⁶¹.

Nuevamente Antonio prevé lo que va a sucederle a quien era brazo armado del obispo arriano y del emperador. Su soberbia desenfrenada le costará la vida, a consecuencia de un trágico accidente.

86.1. Un comandante, de nombre Balacio, nos perseguía violentamente a los cristianos a causa del celo por el funesto nombre de los arrianos.

86.1. Otro *comes*, de nombre Balacio, vehemente y amargamente perseguía a la Iglesia por causa de los innominados arrianos.

260 Cap. 14; PG 25,708 C-709 A.

261 Vita, p. 264, 86,1.

86.1-3. Más adelante, cuando Balacio, hombre que favorecía con mucho empeño la iniquidad arriana, el que fue duque de Egipto bajo Nestorio, prefecto de Alejandría²⁶², perseguía a la Iglesia de Cristo.

86.2. Era tan cruel que golpeaba a las vírgenes, y desnudaba y azotaba a los monjes. Antonio, le mandó y escribió una carta en este sentido²⁶³: “Veo la cólera que viene sobre ti. Deja de perseguir a los cristianos para que la ira no te sorprenda, pues está a punto de llegar”.

86.2. Era tan cruel como para azotar a las vírgenes y flagelar desnudos a los monjes que no querían comulgar con las impiedades de los arrianos. Antonio entonces le escribió una carta que contenía estas palabras: “Veo la ira llegar sobre ti. Desiste de perseguir a los cristianos no sea que la ira te aprisione. Porque comienza a venir”.

86.3-7. Con ánimo insensato azotaba públicamente a las vírgenes y a los monjes desnudos, Antonio le envió una carta cuyo contenido es este: “Veo que la ira de Dios viene sobre ti. Deja de perseguir cristianos, no sea que te alcance la ira, la cual ya te amenaza con muerte cercana”.

86.3. Pero Balacio se burló de la carta y la arrojó a tierra, escupiendo sobre ella; injurió a los que se la habían llevado y les ordenó anunciar esto a Antonio: “Ya que veo que te preocupas tanto de los monjes, ahora iré a buscarte”.

86.3. Pero Balacio se burló e injurió a los mensajeros, y les ordenó decir a Antonio: “Puesto que veo que tienes mucha preocupación por los monjes, ya iré hacia ti”.

86.7-11. El desdichado leyó la misiva y se rio de ella, la escupió y la arrojó a la tierra. E infligiendo también muchas ofensas a los carteros les ordenó responder esto a Antonio: “Ya que tanto te preocupas de los monjes, a ti también te asaltaré la disciplina de mi fuerza”.

262 El prefecto de Alejandría y Egipto tenía el mando civil de la provincia. El duque debía asistirlo. Nestorio (prefecto entre 345 y 352) y Balacio (duque entre 340 y 345) habrían coincidido en el 345. Cf. Meyer, p. 135, notas 284 y 286.

263 O: que tenía este tenor.

86.4. No habían pasado cinco días, cuando la ira le sorprendió. Balacio y Nestorio, prefecto de Egipto, partieron hacia la primera parada de Alejandría, llamada Chaireoy²⁶⁴. Los dos montaban a caballo.

86.4. Pasados cinco días, la ira lo aferró. El mismo Balacio y Nestorio, prefecto de Egipto, partieron hacia la primera estación después de Alejandría, que se llama Chaereu.

86.11-15. Pero rápidamente el castigo cayó sobre quien amenazaba y después de cinco días la venganza divina apaciguó la boca desenfrenada. En efecto, sale con el ya dicho prefecto de Egipto, Nestorio, hacia la primera posada de Alejandría, la cual se llama Quereo.

86.5. Los caballos eran del propio Balacio, los más mansos de todos los que criaba.

86.5. Ambos montaban equinos que eran del mismo Balacio, los más mansos entre todos los caballos que criaba.

86.15-16. Son llevados por los caballos más mansos de todos a los cuales cuidaba Balacio, a quien pertenecían.

86.6. Pero antes de llegar a ese lugar, los caballos empezaron a jugar entre ellos, como suelen hacerlo. De repente, el caballo más manso, que montaba Nestorio, con un mordisco hizo caer a tierra a Balacio, y lo atacó²⁶⁵.

86.6a. Pero antes de llegar a la estación, los caballos comenzaron a jugar como suelen hacerlo, y súbitamente el más manso, que montaba Nestorio, con un mordisco arrojó al suelo a Balacio y se echó sobre él.

86.16-18. Así pues, al jugar los caballos entre sí como es habitual, el más tranquilo, que llevaba a Néstor, con un mordisco repentino tira a Balacio a la tierra.

86.7. Y con sus dientes le destrozó el muslo. Rápidamente fue llevado a la ciudad, y a los tres días murió. Todos quedaron admirados de que en seguida se cumplió lo que Antonio había predicho.

264 Transliteración del vocablo griego. Se trataba de un poblado del bajo Egipto, última parada antes de Alejandría, a unos 30 kms. de esta ciudad, sobre la ruta de Menfis a la capital. En la actualidad: El Kerium (SCh 400, p. 357, nota 4).

265 Lit.: se echó (*epepesen*) sobre él.

86.6b. Y con los mordiscos le quebró el fémur.

86.7. De inmediato fue conducido a Alejandría, y en tres días se murió. Todos se admiraron, pues muy pronto le sucedió lo que predijera Antonio.

86.18-22. Abriendo las fauces contra él desgarrar sus muslos y los roe a tal punto que, llevado en seguida a la ciudad, moriría al tercer día y todos reconocerían que lo alcanzó muy pronto el efecto de las amenazas vaticinadas por Antonio, concluido el final digno de un perseguidor.

Todos los que se acercaban a Antonio, regresaban confortados

La muy significativa imagen de Antonio como “médico de Egipto” es sin duda de inspiración evangélica. Esta imagen tiene asimismo una presencia importante en la tradición patristica. Así, Clemente de Alejandría nos ofrece un texto muy significativo en esta dirección: “El Verbo es llamado Salvador; porque Él ha dispensado a los hombres estos remedios racionales, para que puedan sentir rectamente y alcancen la salvación. Él sabe esperar el momento oportuno, reprender los vicios, hacer patente las causas de las pasiones, cortar la raíz de los apetitos irracionales, señalar aquello de lo que debemos abstenernos, y dispensar a los enfermos todos los antídotos para su salvación. Ésta es la más grande y regia obra de Dios: salvar a la humanidad”²⁶⁶.

También san Agustín recurrirá a la misma simbología en más de una ocasión. En uno de sus sermones afirma: “Si se inventó la medicina fue precisamente para eliminar el daño, devolviendo la salud a la naturaleza. Vino el Salvador al género humano, no halló a nadie sano y por eso vino en condición de gran médico”²⁶⁷. Para san Agustín la acción salvífica de Cristo es central, y la

266 *Pedagogo* 1,100,1 (texto y trad. en FP 5, Madrid 1994, pp. 268-269); ver también *¿Qué rico se salva?* 29,3: Jesús único médico (FP 24, Madrid, 2011, pp. 282-283). Antes de Clemente ya Ignacio de Antioquía presentaba a Cristo como médico: “Solo hay un médico, de la carne y del espíritu, engendrado y no engendrado, Dios en el hombre, verdadera Vida en la muerte, hijo de María e Hijo de Dios, primero pasible y luego impasible: Jesucristo nuestro Señor” (*Epístola a los Efesios* 7,2; texto y trad. en: FP 1, Madrid 1991, pp. 110-111). Ver *Epístola a Diogneto* 9,6 (SCH 33bis, Paris 1965, pp. 74-75: ver en el Salvador al médico); y Orígenes, *Contra Celso* 2,67 (SCH 132, Paris 1967, pp. 444-445: buen médico porque es el Salvador).

267 *Sermón* 155,10; trad. en: <https://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/index2.htm>.

llama *sanatio* en relación con el título de *medicus*: “¿Quién es el médico? Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién es nuestro Señor Jesucristo? El que vieron aun quienes lo crucificaron. El que fue arrestado, abofeteado, azotado, embadurnado de esputos, coronado de espinas, suspendido en una cruz, muerto, herido por la lanza, bajado de la cruz, colocado en un sepulcro, ése es nuestro Señor Jesucristo, simple y llanamente él en persona, y Él mismo es el entero médico de nuestras heridas, el crucificado aquel a quien se insultó, colgado el cual, los perseguidores sacudían la cabeza y decían: *Si es Hijo de Dios, baje de la cruz* (Mt 27,40). Ese mismo es nuestro entero médico, simple y llanamente ése mismo”²⁶⁸.

La RB se hace eco de esta tradición y le recuerda al abad, en el capítulo vigésimo séptimo, que “cuide con la mayor solicitud de los hermanos culpables, *porque no necesitan médico los sanos, sino los enfermos*. Por eso debe usar todos los recursos, como un sabio médico” (RB 27,1-2).

En esta particular y sabia medicina ejercida por san Antonio se incluye también la defensa de los más débiles y la amonestación de los más poderosos.

87.1. Así Antonio amonestaba a los más crueles. A los otros que se acercaban a él, los exhortaba de tal manera que olvidaban al instante el poder de juzgar y proclamaban bienaventurados a cuantos se retiraban de esta vida.

87.1. Así también Antonio, por medio de cartas, persuadía a los jueces más severos; y a los demás que lo visitaban les hablaba de tal modo que olvidaban el poder de juzgar y les inducía a llamar beatos a quienes abandonaban la ciudad terrena.

87.1-2. *A los demás que llegaban a él les recomendaba con admirable modestia que, olvidada la dignidad del mundo, apetecieran la felicidad de una vida más apartada.*

87.2. Defendía de tal manera a los que eran tratados injustamente que se pensaba que no eran ellos, sino él quien padecía. Y además era de gran ayuda para todos, de modo que muchos soldados y personas adineradas abandonaban las cargas de esta vida, y en adelante se hacían monjes.

268 *Sobre el evangelio de san Juan*, 3,3; trad. en: https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm.

87.2. De esa forma intercedía por quienes eran tratados injustamente, como si considerara que iba a padecer lo que aquellos padecían; y buscaba ser útil para todos. De modo que muchos soldados y ricos por causa de sus discursos abandonaban las cargas y pesos de esta vida, y se iban junto a los monjes.

87.3-6. Y si algunos eran oprimidos por un poder mayor y no podían obtener justicia, los defendía con tanto empeño que parecía que él había sufrido el ultraje por ellos. A muchos les fue útil la oración del célebre anciano, muchos, abandonadas grandes riquezas y un elevado grado en el ejército, se unieron a sus carreras.

87.3. En una palabra, Dios le había concedido ser el médico de Egipto. ¿Quién se acercó a él afligido, y no regresó alegre? ¿Quién se acercó a él llorando por sus muertos, y no desapareció al instante el luto? ¿Quién se acercó airado, y no se convirtió en amigo?

87.3. En resumen, como un médico, había sido dado por Dios para la región de Egipto. Porque, ¿cuándo, alguien fue a verlo y no volvió alegre? ¿O quién, llorando a sus muertos, fue a visitarlo y no olvidó de inmediato su luto? ¿O quién fue encolerizado y en seguida no se convirtió a la amistad?

87.6-10. Y para abarcar el infinito en una breve frase²⁶⁹, Cristo había concedido un buen médico a Egipto. ¿Quién, junto a Antonio, no cambió la tristeza en gozo? ¿Quién no convirtió la ira en paz? ¿Quién, ante su vista, no moderó el dolor de una pérdida?

87.4. ¿Quién, deprimido por la pobreza, al oírlo y verlo, no despreció las riquezas y recibió consuelo en su pobreza? ¿Qué monje tibio se acercó a él, y no fue fortalecido?

87.4. ¿O quién, asediado por la pobreza, oyéndolo y viéndolo, no despreció las riquezas y rápidamente recibió el consuelo de su pobreza? ¿Qué monje titubeante fue a verlo y no fue suficientemente fortalecido contra el mal?

87.10-13. ¿Quién, rechazado el pesar de la pobreza que lo afligía, en seguida despreció la opulencia de los ricos y se alegró en su propia pobreza? ¿Qué monje, después del cansancio, no fue fortalecido por su exhortación?

269 Cf. Dn 7,1 (Vulgata).

87.5. ¿Qué joven se acercó a la montaña y al contemplar a Antonio, no renunció²⁷⁰ rápidamente a los placeres y al momento amó la templanza? ¿Quién se acercó a él atormentado por el demonio, y no halló descanso?

87.5. ¿Qué joven yendo hacia él en la montaña, y viendo a Antonio, no sintió que se marchitaban en él las concupiscencias lascivas, y en seguida amó la pureza? ¿Quién atormentado por el demonio fue a verlo y no recuperó la esperanza?

87.13-15. *¿Qué adolescente, inflamado por los ardores de la edad, no se hizo amante del pudor a raíz de su consejo? ¿Quién, atormentado por el diablo, no volvió sin un remedio?*

87.6. ¿Quién se acercó a él turbado por sus pensamientos, y no experimentó la tranquilidad de la mente?

87.6. ¿Quién fue hacia él padeciendo la molestia de los pensamientos y no retornó con la mente serena?

87.15-17. *¿Quién, distraído por los pensamientos del enemigo, no regresó con ánimo sereno una vez aplacada la oscura tempestad?*

Todos lo consideraban un padre

En clara continuidad con lo expuesto en el párrafo precedente, ahora se nos presenta otra gran virtud de Antonio: su paternidad espiritual.

Esa virtud procedía, ante todo, de un carisma que él había recibido: *el discernimiento de espíritus*. Gracias a este don podía ayudar, enseñar, consolar y “ungir” a quienes le visitaban para que triunfaran sobre las tentaciones, trampas y obstáculos que les interponían en su camino los demonios.

La acción misericordiosa de *abba* Antonio hacía asimismo que muchas jóvenes abrazaran la virginidad por Cristo.

270 O: no (sintió) secarse (en él) los placeres (tal vez, más fiel al sentido del texto griego).

Luego de la muerte de tan notable padre espiritual, el mejor modo de recordarlo es llevando a la práctica sus admoniciones y exhortaciones.

88.1. Y esto era lo grande de la ascesis de Antonio, que como ya he dicho, teniendo el don de discernir los espíritus²⁷¹, conocía sus movimientos, la acometida propia de cada uno de ellos y el esfuerzo de sus maquinaciones²⁷². No solo no era burlado por ellos, sino que también enseñaba a aquellos que eran molestados con pensamientos, cómo rechazar sus trampas, mostrando las astucias de sus acciones y sus debilidades.

88.1. Esto, en efecto, tenía de grande su trabajo deífico, que poseía la discreción de espíritus; y teniendo este don, como he dicho, conocía los movimientos, los impulsos y la inminencia de las insidias de cada uno. Y no solo no era burlado por esos espíritus inmundos, sino que, a quienes ellos molestaban con los pensamientos, les enseñaba cómo podían repeler sus insidias, exponiendo las astucias que utilizaban con quienes agitaban, así como sus debilidades.

88.1-4. Sabía, en efecto, de qué molestia padecía cada uno y conociendo por los méritos de su vida el discernimiento de espíritus ofrecía la sanación de las palabras de acuerdo con las heridas. De esto se consiguió que todas las asechanzas del diablo quedaran descubiertas a partir de su enseñanza.

88.2. Cada uno, por consiguiente, como ungido por él, marchaba lleno de coraje contra las intenciones del diablo y de sus demonios. ¡Cuántas jóvenes ya prometidas en matrimonio²⁷³, con tan solo ver a Antonio de lejos, permanecían vírgenes en Cristo²⁷⁴!

88.2. Cada uno de los que lo escuchaban marchaba ungido como un atleta y fortalecido, teniendo fe contra las invenciones del diablo y de sus demonios. ¡Cuántas vírgenes prometidas en matrimonio, solo por haberlo visto desde el otro lado del río, permanecieron vírgenes en Cristo!

271 Cf. 1 Co 12,10.

272 Otra traducción: Conocía los movimientos y las intrigas hacia los cuales se lanzaba con celo cada uno de ellos. La referencia implícita es sin duda a los demonios.

273 Lit.: con novios (*mnesteras*).

274 Cf. 2 Co 11,2.

88.4-6. *También muchas jóvenes prometidas, al verlo, retrocedieron casi desde el mismo tálamo nupcial y establecieron su sede en el vientre de la madre Iglesia. ¿Para qué más?*

88.3. Acudían también a él desde regiones remotas, y ellos también regresaban, al igual que todos los demás, con un gran beneficio, como conducidos por un padre. Ahora, que se ha dormido, todos han quedado huérfanos de padre²⁷⁵, y encuentran consuelo solo con su recuerdo, guardando sus admoniciones y exhortaciones.

88.3. Iban hacia él desde las regiones más remotas de Grecia y retornaban con gran provecho, como habiendo sido educados por un padre.

88.4. Después de su muerte, todos, como huérfanos abandonados, reciben consuelo solo de su memoria, reteniendo sus preceptos y exhortaciones.

88.6-13. *Hombres de todo el mundo acudían a él y la diversidad de todos los pueblos deseaba fervientemente contemplar al hombre más belicoso contra los demonios. Nadie se quejó de haber llegado hasta allí en vano, para todos la recompensa del esfuerzo fue gustosa y agradable. En efecto, la fatiga del camino correspondía al provecho del viaje, como lo probó el efecto del remedio. Pues después de su desaparición cada uno lo lloró como a su propio padre, habiendo recibido una herida común de orfandad.*

275 Cf. Jn 14,18 (SCh 400, p. 363, nota 1).